

DUEÑO DEL MUNDO

LOUIS G. MILK

Dueño del Mundo

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro

CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Gilbert K. Leyland estaba en su aparato, un "F. 187", de motor atómico, haciendo una patrulla de observación a cuarenta y cinco mil metros de altura. Cuarenta y cinco kilómetros mas abajo casi podía ver las dos costas de los Estados Unidos, pero él no se preocupaba del panorama. Lo único en que pensaba era en el momento en que llegase la hora del descenso, terminada su monótona tarea, que compartía con cinco aparatos más, al ser relevados por otra escuadrilla, para irse de paseo con su novia, a orillas del río, espléndido con su césped y sus álamos en aquella época de primavera.

También maldecía del servicio encomendado. Encajonado en una estrecha carlinga, empaquetado con numerosos objetos de su equipo, apenas podía hacer otra cosa que respirar y vigilar los infinitos cuadrantes del tablero de mandos, echando de vez en cuando una indiferente mirada a la pantalla del radar, junto con la de la televisión, conectada con la anterior y que le permitía descubrir cualquier objeto sospechoso. en un radio dé mil kilómetros, en contados segundos.

El aparato, en el que apenas se veía otra cosa que un alargado

fuselaje, con un poco de timón y alas, lo suficiente para apoyarse en la escuálida capa de atmósfera que había a aquella enorme altura, surcaba el espacio a velocidades medias de dos mil quinientos kilómetros a la hora, movido por el potentísimo motor a reacción impulsado por energía nuclear, prácticamente inagotable.

Aquella velocidad era la que usaba la patrulla en la vigilancia. Con un ligero impulso de la palanca de mandos, podían doblarla, acudiendo así en auxilio de alguno de sus compañeros que pudiera ser atacado por algún desaprensivo contrabandista del aire que pululaban por aquella zona fronteriza, los cuales no vacilaban lo mas mínimo en disparar contra los aparatos del Gobierno cuando veían la cosa malparada. Sabían que de ser descubiertos, su única pena la única que se aplicaba a los que tanto entraban como sacaban del país el valioso "zillio", era la cámara de desintegración, en la que desaparecían sin dejar el menor rastro y, puestos en esa tesitura, preferían afrontar el peligro que suponía disparar contra un caza guardafronteras que el de dejarse capturar por éste. Con suerte lo destruían y pasaban adelante.

El "F. 187" llegó al término de su recorrido y el teniente Leyland, enfocando su aparato de radarvisor, pudo apreciar que los restantes aparatos, a quinientos kilómetros de distancia, estaban virando ya, para continuar su monótona tarea. A él le correspondía hacerlo también y se dispuso a ejecutar el amplio viraje, cuidando de que no fuera muy ceñido, dado que con aquella enorme velocidad, los efectos de la fuerza centrífuga, en una rápida curva, hubieran sido desastrosos en su organismo.

Pero apenas habían iniciado el giro, cuando sólo había descrito treinta o treinta y cinco grados de los ciento ochenta que tenía que dibujar en el cielo, cuando algo se le puso delante, algo que hizo que el teniente Gilbert K, Leyland, muy conocido entre sus compañeros por el escogido lenguaje que usaba, comenzase a soltar una retahíla de las maldiciones que le habían hecho famoso.

Una masa circular, aunque aplastada, brillante, de plateados tonos, se dirigía en línea recta hacia él y el reactor atómico dio un salto hacia arriba, al tirar hacía su pecho el teniente Leyland de la palanca de los timones de profundidad. La maniobra fue completamente antiacadémica y Leyland pensó que siglo vigilaban desde abajo, le costaría un severo broncazo de su jefe, puesto que había estado a punto de inutilizar el aparato,

Pero lo que más le extrañó al teniente fue el hecho de que sus detectores no hubieran registrado la presencia de aquel "platillo

volante". No es que hubiera abusado de mirar al radar, pero sí que, de ninguna manera, podía haber escapado a su vigilancia aquel extraño artefacto, de tan extraña construcción, tan peculiar, que Leyland, por más que registró su memoria, no halló ningún otro que pudiera parecérsele, a no ser alguna desatinada. intentona de algún inventor más chiflado que los demás.

Así es que, en tanto que aceleraba la marcha de su aparato y viraba más ceñidamente que de costumbre, se lanzó en pos de aquel misterioso ingenio, que parecía caído del cielo y que seguía una trayectoria ligerisimamente descendente. Y al mismo tiempo llamó a sus compañeros de patrulla;

- ¡Avión número 44, llama a patrulla de vigilancia! -exclamó excitadísimo, repitiendo frenéticamente la llamada, conectando los visores.

- Jefe patrulla contesta a avión 44. ¿Qué ocurre, Leyland? -y en el visor de comunicación apareció el rostro del capitán Market.

- Un aparato extraño, procedente del cielo, se dirige hacia el N. O., señor -contestó.

- ¿Procedente del cielo? ¿Está usted loco o borracho? -le reprendió ásperamente el jefe de la patrulla.

- Nada de eso, Señor. Estoy volando al máximo de velocidad, tratando de alcanzarle ¡Ya me acerco, capitán! -gritó alegremente Leyland.

- Nos aproximaremos a usted, teniente Leyland. Intime a sus ocupantes a que aterricen y, en caso contrario, destrúyalo.

A menos de veinte kilómetros, en la escala graduada del televisor, podía advertirse claramente el raro aparato volador, que sin alas ni ninguna otra clase de protuberancia que una especie de semiesfera en la parte superior, volaba impertérrito, continuando en la misma dirección, Leyland conectó con él y se harto de gritar para que se identificara, pero todos su esfuerzos fueron inútiles. No le contestó nadie, y en vista de ello, volvió a llamar al capitán Market:

-¡No me contesta nadie, señor! Este aparato me parece sospechoso. ¿Qué hago?

-No podemos andarnos con contemplaciones, Leyland, ¡Destrúyalo! -fue la perentoria orden que recibió.

- ¡A la orden, señor! -y el teniente manipuló en los controles, procurando encuadrar en la pequeña retícula verdosa de los aparatos de puntería, el circular artefacto, siempre a la misma distancia, a pesar de la espantosa velocidad de cinco mil kilómetros a la hora que, a cuarenta del suelo, desarrollaban ambos aparatos.

Cuando creyó llegado el momento oportuno, Leyland oprimió el botón del disparador y, dejando tras si una estela luminosa, como una raya de yeso trazada en el obscuro encerado del cielo, una granada atómica de treinta y cinco milímetros de calibre se encaminó en derechura hacia el aparato sospechoso.

En un par de segundos debería haberse recorrido la distancia el proyectil y estallar contra el objetivo. Pero en lugar de ello, y ante el infinito asombro de Leyland, cuando estaba a quinientos metros del "platillo volante", a una décima de segundo del momento de la explosión, la raya luminosa se desvió en un ángulo de cuarenta y cinco grados y, tras recorrer un par de kilómetros mas, reventó en una cegadora llamarada verdosa, de inofensivos efectos para aquel misterioso aparato.

Leyland soltó una maldición de las suyas y a buen seguro que de haberla escuchado los ocupantes de aquel trasto hubieran alzado los brazos inmediatamente en señal de rendición. Pero sólo la oyeron sus camaradas de patrulla y por el calibre de las palabrotas supusieron y acertaron que el teniente se hallaba en un aprieto gordo.

Éste se maravilló una vez mas de que el aparato no se reflejara en el radar y si únicamente en la mira del visor de puntería, que era telescópica, es decir, por visión directa, pero no le quedaron ganas ni tiempo para pensar otras cosas, porque el aparato enemigo, con una facilidad de maniobra y una suavidad desconcertantes, viró, encaminándose hacia el “F. 187", que comenzó a soltar, una tras otra, granadas atómicas, en frenético ritmo.

Todo fue inútil Sin embargo. Las verdosas explosiones se sucedieron unas tras otras, iluminando el espacio con sus lívidos resplandores, sin causar efecto alguno en el "platillo volante", puesto que reventaban a un par de kilómetros de el, y bruscamente un rayo luminoso, cegador, blanquísimo, salió de uno de los costados de aquella que Leyland calificó, surgiéndole en la mente una loca idea, de astronave, de nave interplanetaria.

Éste fue su último pensamiento coordinado. Durante el minuto que siguió no pensó más que en lanzar frenéticos alaridos ante el

micrófono, en tanto realizaba desesperadas maniobras que hacían que el avión crujiera por todas sus soldaduras -no llevaba ni un tornillo-, pero, finalmente, todo fue inútil.

El rayo de luz, que durante aquel tiempo pareció juguetear, divertirse con el "F. 187", lo alcanzó de lleno, como si se hubiera cansado de la diversión.

Ante los asombrados ojos del capitán Market, que habla estado siguiendo todas las incidencias que le ocurrían al desgraciado Leyland, apareció una anaranjada llamarada que llenó durante un segundo la pantalla del televisor. Luego, la obscuridad más absoluta substituyó a la dramática escena y el capitán no tuvo la menor duda de lo que le habla ocurrido a su desgraciado subordinado.

Llamando a sus aparatos, se encaminó velocísimamente, haciendo gemir el motor nuclear, hacia el sitio en que se había desintegrado el de Leyland, apretando los dientes, decidido a vengar la espantosa muerte de su subordinado.

Entretanto llamó a la base y dio cuenta de lo ocurrido. Expresó sus temores de que fuera una nave de alguna potencia enemiga terrestre que quisiera provocar un incidente internacional, pero se calló, porque ni a si mismo se convenció el capitán Market, el que sus pensamientos se encaminaban a sospechar si no serían otros seres ultraterrenos los que ocupaban aquel enigmático aparato. Y varias preguntas acudieron a su mente, sin poder hallar para ninguna una solución satisfactoria.

¿Por qué no "daba" en las pantallas el aparato aquél? ¿Por qué había seguido las trayectorias de las granadas disparadas por el infortunado Leyland se habían desviado éstas reventando luego inofensivamente? ¿Qué terrible misterio, en fin, encerraba la explosión del "F. 187"?

El capitán Market y sus compañeros lo averiguaron a su costa, pero no lo pudieron comunicar a nadie más. Sendos rayos de luz blanquísima fueron salíendo de los costados de la astronave, destruyendo uno tras otro a los restantes cinco aparatos de la patrulla de vigilancia fronteriza, sin que al suelo cayera ni un solo resto, ni un pequeño trozo de metal, volatizados los ocupantes y sus aparatos, sin dejar el menor rastro por la terrible potencia de la desconocida espacionave.

Ésta continuó su camino y se encaminó en derechura hacia Camp Waldon, en donde estaba el grupo de aparatos a reacción de motor atómico.

* * *

José Martínez era de Nuevo Méjico y prestaba sus servicios en Camp Waldon como radarista. Y cuando sus ocupaciones se lo permitían, como no pudiera salir del campo de aviación, se encaramaba en una torreta de observación, provisto de un par de gemelos, con los que se timaba con su novia, la hermosa Conchita Leal, en el vecino pueblo de Waldon, a diez kilómetros de la base.

La guapa Conchita solía subir a unas horas convenidas la su azotea y allí, provista de unos gemelos idénticos a los de su novio, unos prismáticos que prácticamente eran un par de telescopios, pues acercaban las imágenes casi al alcance de la mano, se hacía señales con José, preguntándole la mayor parte de las veces que a que hora iría a esperarla al día siguiente.

Estaba Conchita muy enfadada con José porque no quería regalarle, ni comprar un televisor de pulsera para cada uno y así tenía que soportar las bromas, pesadas algunas de ellas, de sus amigas.

Aquel día José estaba desesperado porque la desdeñosa Conchita se retrasaba mas de lo ordinario, y si el capitán Martin, que era el que estaba de guardia en el campo aquel día, descubría que Martínez había abandonado los radares sin justificación alguna, al pobre José, el retardo de su novia le iba a costar caro. Y para entretener la espera, paseo un momento los prismáticos sobre el cielo.

Se quedó sin respiración al ver un extraño aparato que, calculando a ojo la distancia, estaba a menos de cinco kilómetros sobre la vertical del campo. Un aparato de una especie como José no había visto en su vida y que le hizo obrar de la única manera sensata que podía hacerlo; bajando a grandes saltos la escalera de la torreta, metiéndose en el cuarto de

radar y, sin decir nada a sus compañeros que en largas mesas, manipulando palancas y pequeñas manivelas, continuaban sus observaciones, controlando las patrullas de vigilancia y de instrucción, oprimió el botón de alarma.

Media docena de gemidos simultáneos se elevaron de seis puntos diferentes de Camp Waldon, atronando el aire el sonido de las sirenas y todo el mundo salió de sus rincones dirigiéndose los pilotos a sus puestos en los aviones que se hallaban en el suelo, y los artilleros de la D. C. A. a sus piezas, desenfundándolas con la rapidez adquirida en las

largas horas de entrenamiento y poniéndolas en posición de tiro.

El capitán Martin entró como una tromba, llameante de indignación, en el cuarto de control, aullando:

- ¿Quién ha sido el imbécil que ha tocado la alarma? -tronó.

Martínez se puso firme y contestó serenamente:

- He sido yo, señor.

- ¿Sí? ¿Qué nueva gracia es esa, Martínez? ¿Acaso quiere lucirse delante de su Conchita? ¡Vamos, no esté ahí como un pasmado! ¡Explíquese!

Por toda respuesta, José, antirreglamentariamente, cogió al furibundo capitán de un brazo y lo llevó hasta uno de los amplios ventanales de la torre de mando, indicándole algo con el dedo. Miro el capitán en aquella dirección y lo que vio le hizo respingar.

- ¡Déme unos gemelos! ¡No se esté parado! -vociferó, pero ya José le tendía sus propios prismáticos.

El capitán Martin enfocó los binoculares, acercándose el artefacto hasta la punta de las narices. Lo examinó dubitativamente durante un par de segundos y luego preguntó airado:

- ¿Cómo es que no se me ha avisado de la presencia de ese aparato? ¿Qué diablos hace la patrulla del capitán Market por ahí arriba?

José dio la contestación:

- Ese aparato no se registra en los radares, señor. Si no es por televisión directa no se puede localizar.

El capitán Martin echó una airada mirada a su subordinado, ante lo que le parecía una herejía científica, y por sí mismo, con infinito asombro, comprobó que las verdosas pantallas no señalaban otra cosa que una escuadrilla de aparatos que volaban de entrenamiento.

- ¿Dónde está el capitán Market? -gritó.

- Lo siento, capitán -respondió el jefe de radar-, pero no registramos su presencia por ninguna parte. Los seis aparatos de patrulla se han esfumado, como si nunca hubieran existido.

El capitán Martin iba a contestar, y algo muy gordo, cuando en aquel

momento entró en la estancia el coronel Syers, jefe de la base, inquiriendo detalles de lo que ocurría. Y, como el capitán, se quedó boquiabierto al ver el misterioso aparato que flotaba casi inmóvil, a cinco mil metros de altura.

- ¡Es increíble! -murmuró-. ¡No "da" en el radar!

- Con permiso de mi coronel -dijo José, interviniendo respetuosamente- quiero sugerir la posibilidad de que ese "platillo volante" quizá emita ondas antirradar que hacen resbalar las que nosotros enviamos hacia él, en lugar de rechazarlas para que se reflejen en nuestras pantallas.

- Sí, eso debe ser -dijo el coronel, pensativo, y luego se volvió hacia el jefe del radar:- Llame usted a ese aparato. Póngase en contacto con el y dígale que aterrice inmediatamente. De lo contrario, lo derribaremos nosotros. Póngame también en contacto con el Departamento de Guerra. Esto no me gusta un pelo.

Las llamadas al aparato que continuaba impertérrito su merodeo por encima del campo, como si estuviera observando lo que en él ocurría, fueron infructuosas, y el coronel dio la orden, tras dudar unas instantes:

- ¡Escuadrillas de intercepción! -dijo con el micrófono en su nerviosa mano: - ¡Elévense inmediatamente! ¡Baterías de artillería, listas para...!

El coronel Syers fue interrumpido por algo que hizo estremecer a los presentes, mirándose unos a otros aprensivamente. Una voz que no era de este mundo, una voz que resonó simultáneamente por todos los altavoces del campo, con acentos fantasmagóricos, pero hablando en correctísimo inglés:

- ¡Yo soy el Dueño del Mundo! ¡Vengo a sojuzgaros y a gobernaros! Entregaos a mi y no os ocurrirá nada. Viviréis bajo mi reinado pacíficamente, alcanzando un grado de civilización como nunca pudísteis soñar. De lo contrario, si no accedéis a mis deseos... ¡destruiré la Tierra!.

Un momento de silencio sucedió a las palabras, y todo el mundo, todo el personal de la base, comenzando por el coronel y acabando por el último de los cocineros, se quedó pálido, mirándose unos a otros, con una expresión de pánico que nadie había sentido nunca. Pero el coronel Syers fue el primero en reaccionar.

- ¡Pilotos, cumplan mis órdenes! ¡Disparen las baterías antiaéreas a discreción!

- ¡Un momento! -habló la anterior voz, con su tono extrañamente persuasivo y amenazador:- Vengo en son de paz. Vengo a conquistaros pacíficamente y daros muchísimas mas ventajas que la desventaja que pueda pareceros el someteros a mi poder. Pensadlo bien antes de mover un solo motor ni hacer el primer disparo.

- ¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Cómo se llama? -preguntó el coronel, pálido, resbalándole abundantes gotas de sudor por las mejillas.

- Ya lo he dicho. Yo soy el Dueño del Mundo y os intimo a entregaros a mi -respondió la voz.

El coronel Syers miro a los que se hallaban en la sala de radares. Su vista recorrió uno por uno todos los rostros, en los que se reflejaba la tensión del momento y, suspirando, decidiéndose ya, dio la orden:

- ¡Hagan fuego, artilleros!

Las baterías de la D. C. A. comenzaron a atronar estrepitosamente, disparando frenéticamente, granada tras granada con carga atómica, en mortífera lluvia hacia la espacionave que se había detenido sobre la vertical de Camp Waldon. Pero, como en el caso de los aviadores de la patrulla de vigilancia, los proyectiles parecieron resbalar, desviándose a unos quinientos metros del artefacto, reventando inofensivamente la dos kilómetros de distancia en fulgurantes llamaradas verdosas.

Uno tras otro, los reactores atómicos fuéronse elevando vertiginosamente, ascendiendo perpendicularmente al suelo, adquiriendo en pocos instantes enormes velocidades, disparando sus proyectiles apenas encuadraban el misterioso aparato en sus televisores.

Pero era en vano y ninguno de ellos estalló con efectos que pudieran hacer albergar la menor esperanza. Y el coronel Syers comenzó a pensar si aquello que estaba ocurriendo no sería un sueño, en lugar de una espantosa realidad.

De nuevo sonó la enigmática voz en la sala de controles:

- Estáis viendo que no podéis nada contra mí. Es inútil todo lo que hagáis. En cambio, yo puedo arrasar la Tierra. ¡Mirad!

Dominando el día, una línea recta, como una larguísima barra de hierro al rojo blanco que hubiera aparecido de repente, salió del aparato y se encaminó a tierra. Sin una vacilación, conociendo su dirección desde el primer momento, terminó en la batería D., en la extremidad NO. del campo.

Durante un segundo, tiempo en el que pareció no iba a suceder nada, el coronel, Martin, José y los demás radaristas alargaron el pescuezo instintivamente, mirando en la dirección aquella. Y de repente, una serie de fragorosas detonaciones conmovió el ambiente al estallar los proyectiles por la acción de aquel rayo blanco de desconocida procedencia y terroríficos efectos.

Tembló la torre de mando por la violencia de la onda explosiva, y cuando se disipó la nube de humo y polvo, el coronel, enfocando los prismáticos en aquella dirección, no vio más que un cráter de aterradoras proporciones en el lugar donde un instante antes hablan estado las seis piezas atómicas de la batería D.

Todavía se estaba conmoviendo la torre, cuando nuevas rayas blancas salieron de aquel poderoso aparato, destruyendo asimismo con estrépitos que parecían anunciar el fin del mundo, las cinco restantes materias antiaéreas.

La astronave, durante estos momentos, pareció despreciar los cazas atómicos, que revoloteaban a su alrededor, sin conseguir ningún efecto apreciable. Luego, uno tras otro, deshaciéndose en fogonazos de todos los colores del arco iris, todos los aviones fueron desapareciendo en el cielo, dejando en su lugar unas pequeñas nubecillas de color obscuro, disipadas rápidamente por la brisa que soplaba a cinco mil metros de altura.

El coronel Syers miro consternado a sus compañeros, que le correspondieron. Quiso ponerse frenéticamente en comunicación con Washington, pero no le fue posible. Con el horror pintado en el semblante, vio una serie de blancas rayas destruir las edificaciones del campo, que desaparecían dejando profundos embudos en el sitio en que antes ocupaban, en tanto decía la voz:

- Estas son las consecuencias de vuestra desobediencia, Vuestra destrucción será una sana advertencia para los Gobiernos de vuestro ridículo planeta.

Un rayo se dirigió hacia el edificio inmediato y el coronel se vio arrollado por la huida de los alocados radaristas que creyeron hallar

en la fuga su salvación. Pero todo fue inútil. Un espantoso estruendo los envolvió. La temperatura subió instantáneamente. millones de grados y la torre de mando desapareció volatilizada, dejando un negro hueco en su sitio.

Todavía, en la milésima de segundo que precedió a su muerte, José pudo dedicar un ultimo pensamiento a su Conchita. Después, ya no sintió nada. Y la muchacha, que estaba en su casa aterrorizada contemplando el espantoso espectáculo, se desmayó.

Piadoso desmayo que continuó en la muerte, cuando el misterioso aparato se situó en la vertical de Waldon y lo redujo a cenizas, no dejando vivo a uno de sus habitantes.

Aquel día comenzó una de las peores épocas de la Humanidad. Fue una fecha de la que nadie se olvidaría fácilmente: el 22 de mayo de 1975. Fue la fecha en que la Humanidad entera cayó bajo el dominio de un solo ser: el Dueño del Mundo.

II

Julia Dorker avanzó a 1o largo del enorme corredor, saludando apenas con leves indicaciones de cabeza a las personas con quienes se encontraba. Es decir, no a todo el mundo correspondía: a veces se cruzaba con unos tipos de estatura superior a la normal y volvía la cara con disgusto al pasar por su lado, sin que estos hombres se dieran por aludidos ni mostraran en sus imperturbables facciones la expresión de horror y de odio que aparecía simultáneamente, en el hermoso rostro de la joven.

Dobló una esquina del reluciente y amplio pasillo, camino veinte pasos mas, y al fin se detuvo delante de una puerta en la que se veía la inscripción: "Prof. H. D. Blakely". Llamó con los nudillos y apenas lo había hecho, cuando la puerta se abrió por si sola.

Julia entró en la estancia, sin parar mientes en el hecho de que la puerta se cerrara a su espalda sin que nadie la moviera. Avanzó unos pasos, echando una indiferente mirada por la habitación, una especie de pequeño recibidor, y aguardo un momento.

Una voz masculina, de agradables tonos, llegó hasta ella:

- Pase. No se quede ahí. ¿Quién es?

- Soy la doctora Julia Dorker -replicó ésta, avanzando y penetrando en la estancia inmediata-. Su nueva ayudante, profesor.

Julia vio ante una mesa de laboratorio unas espaldas anchísimas en un cuerpo notable, cubierto con una bata blanca, encima del uniforme-vestido que se usaba, de cuya bata salían unos cabellos obscuros, revueltos, inclinados en aquel momento sobre un microscopio. El profesor habló de nuevo, continuando absorto en su labor, sin volverse:

- ¿Qué es eso de que se me envía una ayudante? Hasta ahora no he necesitado a nadie en mis investigaciones.

- Lo siento, profesor -replicó Julia-. Yo no lo he pedido. Me lo han ordenado.

- ¡Ah, ya! -gruñó Blakely-. Aquí, a lo que parece todo el mundo ordena. Los demás obedecemos. ¿También es usted de esta casta, doctora?

- No sé a que se refiere, profesor. Me he limitado a obedecer.

Blakely se incorporó, enderezándose y se volvió sobre el caballete, sin poder contener una exclamación de asombro. Sus ojos vieron una mujer de más de mediana estatura, de cabellos rublos, cortos, vestida con una túnica azulada, ceñida al talle por un cinturón del mismo color, y que le llegaba a las rodillas. Los pies estaban calzados con unas sandalias asimismo azules. Luego, el profesor sonrió:

- Nunca imaginé que me enviaran una ayudante tan bonita. La ruego me dispense, doctora.

Ella sonrió también al responder:

- No tiene ninguna importancia, profesor. Yo soy quién lamento haberle apartado a usted de su trabajo. Pero no tenía mas remedio.

- Lo comprendo. ¿Cómo es que la designaron como ayudante mío, cuando yo no lo he pedido siquiera?

- En mis cursos sobre longevidad humana, aunque sea inmodestia por mi parte, obtuve uno de los primeros lugares. Creyeron que un

especialista en la materia como es usted, sería un buen profesor para mí, y a su lado completaría mi perfeccionamiento.

- Han sido muy amables conmigo, doctora -dijo el profesor.

- Simple reconocimiento de sus méritos -, dijo ella.

- Gracias -contestó Blakely, sonriendo y Julia sintió instintivamente una viva simpatía hacia aquel hombre joven. fuerte, de agradable aspecto y que antes de cumplir los treinta años había conseguido hacerse famoso y reverenciado en el mundo entero por sus métodos de prolongación de la vida humana. Continuó el profesor-: Suponía que en esta promoción recién salida de la Universidad me enviarían un ayudante, aunque, como ya le he dicho, pero nunca supuse que fuera una muchacha tan bonita como usted. Su aspecto desmiente su profesión, doctora.

- Es usted muy galante, profesor -respondió la joven-. Esperaba usted quizás una muchacha delgada, desgarbada, con gafas y aspecto hombruno?

- Si -rió Blakely-. Todavía no me he podido acostumbrar a la idea de que no es preciso ser fea para ser una lumbrera. Y a lo que parece, aún dándome coba a mí mismo con estas palabras, usted es un ejemplo viviente de todo lo contrario.

Julia desvió hábilmente la conversación:

- He visto su placa en la entrada. ¿Puedo preguntarle, aún a riesgo de que me tache de curiosa, el significado de las iniciales H. D.?

- Todos los investigadores han de ser curiosos, ¿no es así? -repuso de excelente humor, sin saber por qué, el profesor-. Me llamo Henry Díaz Blakely. Mi padre era español, eso le explicara el Díaz incrustado entre el Henry y el Blakely, tan anglosajones.

- Gracias, profesor -respondió Julia-. Ahora quisiera saber cuál va a ser mi tarea en su laboratorio.

Una sombra cruzó por los ojos de Henry al escuchar las palabras de la doctora. Respondió sarcásticamente:

- ¿Mi laboratorio? ¿Cree usted que a esta pocilga se le puede llamar laboratorio? Estoy harto de pedir al Gobierno un lugar mas adecuado, mejores medios y ¿qué me contestan? Nada. Ni siquiera responden. Si me dijeran que no quieren, eso sería alguna respuesta.

- Pero usted es un hombre famoso, considerado... Puede tener derecho a cierta excepción en el trato replicó, asombrada Julia.

- ¿Excepción? -rió amargamente Henry-. ¡Gracias que no me envían a las minas de "zillio” por haber insistido por segunda vez en mis peticiones! ¿Cree usted que se puede vivir así?

- ¡Profesor! -exclamó alarmada Julia-. ¡Cállese, por el amor de Dios...! ¡Le pueden oír...!

- ¡Qué me importa ya que me oigan o que me dejen de oír! -exclamó excitándose Henry-. Que hagan lo que quieran conmigo. Estoy más que harto. Yo, usted, todos estamos hartos de esa tiranía de ese sinvergüenza que se titula Dueño del Mundo y que, con la excusa de mejorar nuestras condiciones de vida, nos la hace insoportable. Hace doscientos años, había mucha más mortalidad, pero nuestros antepasados, aún en medio de las calamidades por que atravesaban, tenían derecho a la vida. Se reían, disfrutaban de ella, hablaban como querían... Ahora todo está supeditado a la omnímoda voluntad de un hombre. ¿Un hombre? -dijo mordazmente Henry-. ¿Sabemos acaso sí lo es? ¿No será una de esas malditas construcciones suyas con aspecto humano? ¿No estaremos gobernados por una maquina?

Julia fue retrocediendo paso la paso, lívida, aterrorizada, oyendo, en cada palabra del enfurecido profesor, una horrible sentencia, que la alcanzaría a ella por igual. Una sentencia que...

Julia sabia lo que estaba ocurriendo en aquel momento. Había una sala gigantesca, altísima, como había millares en toda la redondez del Planeta. Enormes cuadros de control estaban adosados a ambas paredes, ya que la sala era estrecha en comparación con su largura de varios centenares de metros. Y en los cuadros de control parpadeaban millones de lucecitas verdosas.

Por el centro del amplio pasillo patrullaban varias docenas de figuras humanas. Todas vestían idénticamente: pantalones ajustados de una substancia aparentemente de tejido metálico y blusa ceñida del mismo material. El color era rojo vivo y de un cinturón amarillo brillante pendía una funda de una materia similar, aunque de color negro. Un detalle similar caracterizaba a todos aquellos hombres, cuya misión, al parecer era la de vigilancia de los millones de lucecitas que parpadeaban incansablemente en los cuadros de control: la carencia absoluta de todo vello.

Súbitamente un apagado zumbido sonó en uno de los cuadros y uno

de los vigilantes se detuvo, observando atentamente, hasta que sus ojos percibieron dos lucecitas juntas que se apagaban un instante, pasando al momento siguiente a encenderse con un color escarlata, que se apagó y encendió rapidísimamente, en ininterrumpida sucesión. El vigilante se acercó y manipuló en una mesa que había adosada al cuadro de control.

Sonaron suavemente unos resortes y por una ranura de la mesa aparecieron seguidas dos tarjetas, que fueron a parar a la mano del vigilante. Éste leyó los números y letras grabados en ellas, y luego su mano oprimió un botón de la mesa.

Girando sobre su eje horizontal, apareció una pantalla televisora y apenas se había puesto en posición, cuando un rostro apareció en ella. Pareció que no movía apenas los labios al inquirir:

- ¿Qué ocurre, H.552?

- Señor, dos personas han hablado mal de ti. -La voz del vigilante era fría, metálica, sin estridencias, vibraciones ni entonaciones de ninguna clase, como si salieran de una máquina.

- ¿Números?

- 365 H.D.B.-4450 y 1867 J. D.-9950.

- ¿Sus nombres?

- Henry Diaz Blakely y Julia Dorker.

- Esta bien. Da la orden de detención y que se les conduzca al Tribunal número dos para ser juzgados inmediatamente Yo mismo en persona asistiré a su juicio.

- Tú ordenas, Dueño del Mundo -contestó el vigilante, cerrando la comunicación al desvanecerse en la pantalla aquel rostro infrahumano.

Y en el laboratorio, el profesor Blakely luchaba en aquellos momentos con la correa de su televisor de pulsera, permanentemente conectado, como los de todos los habitantes de la Tierra, con su correspondiente cuadro de control. Cuando lo consiguió, lo estrelló furioso contra el suelo y luego lo pisoteó hasta reducirlo a minúsculos fragmentos.

Julia contemplo la escena, espantada, apoyándose contra la pared, tapándose la boca con la mano para no gritar horrorizada. Luego, el

profesor la miró, jadeando y súbitamente éste se pasó la mano por la frente, dándose cuenta de lo sucedido:

- ¡Perdóneme, doctora! -dijo-. Ha sido un arrebato estúpido por mi parte. No me he podido contener. Quizá haya influido en mi el cansancio del trabajo intenso a que he estado sometido últimamente.

- ¡Nos cogerán ahora! -fue lo único que la atemorizada Julia pudo decir, y estas palabras hicieron reaccionar al profesor.

- No tema, doctora -se irguió al hablar-. La culpa ha sido mía. Única y exclusivamente mía. Tomaré toda la responsabilidad sobre mis hombros y...

Se interrumpió Henry al ver abrirse la puerta y advertir que dos hombres, con el uniforme de los vigilantes, entraban en el laboratorio. Uno de ellos habló con aquel tono de voz que les era peculiar a todos y sin que en ninguno de ellos pudiera advertirse la menor diferencia de matiz:

- Números 365 H. D. B.- 4450 y 1867 J. D. -9950, acompáñennos,

- ¿Dónde nos llevan? -inquirió el profesor, dándose cuenta acto seguido de que su pregunta era perfectamente tonta. La doctora no ha hablado.

- Nosotros no discutimos. Obedecemos y hacemos obedecer. Sígannos.

Henry comenzó a quitarse la bata blanca. Sabía de sobra cual iba a ser su fin, su desastroso fin, pero lamentaba infinito que aquella hermosa joven, llena de vida, fuera arrastrada con el a la muerte, sin culpa alguna. Uno de los vigilantes anduvo hacia ella y la puso la mano sobre el hombro.

Julia sintió que la liviana tela era traspasada por la frialdad inhumana de aquella mano. No pudo evitar un respingo de asco, movimiento instintivo, y el vigilante, creyendo que se le resistía, alargó la otra mano, en brusco y violento ademán,

Aquello hizo saltar a Henry. Ya se había quitado la bata y se disponía a acompañar pacíficamente a aquellos dos vigilantes, pero no pudo contenerse. No pensó en las consecuencias de su acción. No pensó que por unas simples palabras pronunciadas en un arrebato de mal humor seria castigado, pero que quizá conservara la vida, si se sometía mansamente. Antes de darse él mismo cuenta de lo que hacia, ya había cogido el hombro al vigilante que trataba de detener a Julia y lo

hizo girar bruscamente, sorprendiéndolo desprevenido.

El derechazo alcanzó al guardián en la mandíbula y lo derribó de espaldas. Pero el otro entró en acción y echó su mano a la funda que pendía de su cinturón.

Una pistola de extraño aspecto, de larguísimo cañón, reforzado en la parte de la boca con una extraña protuberancia en el lugar antaño destinado a la corredera del arma, apareció, brillando siniestramente con plateados destellos, encarándose al cuerpo de Henry.

Julia lanzó un grito, horrorizada, y se tapó los ojos por no ver lo que sucedería a continuación, una vez que el vigilante hubiera oprimido el disparador. La atmósfera chasqueó, como conmovida por un latigazo y Julia abrió los ojos, pensando no hallar rastro del profesor.

En su lugar vio una nubecilla verdosa flotar en el ambiente y un enorme boquete circular en el techo. Julia no pudo ver cómo Henry había asido, con rápido movimiento, la mano del vigilante y la había desviado hacia arriba en el preciso momento en que éste disparaba. Luego, otro puñetazo bien aplicado dejó al hombre fuera de combate.

- ¡Vámonos de aquí, Julia! -dijo Henry, sin darse cuenta de que llamaba a la muchacha por su apelativo.

- ¿Dónde, profesor? -preguntó ésta, angustiadísima-. No tendremos dónde escondernos. Nos encontrarán en seguida.

- Hágame caso a mí, Julia. Déme eso -y cogiendo la muñeca de ella, la soltó el televisor individual que corrió la misma suerte que el anterior, hecho añicos contra el suelo-. Así perderán nuestra pista -explicó, y súbitamente se calló, mirando a espaldas de la muchacha. Luego alzó los brazos lentamente y Julia se volvió, viendo al vigilante que había caído primero empuñar la pistola desintegradora, amenazándolos.

El hombre se levantó del suelo y exclamó, sin ningún acento en su voz, sin que en ella se expresara el menor signo de cólera o rabia por haber sido derribado de un golpe.

- Espero que se esté quieto, profesor. De lo contrario me veré obligado a hacerle desaparecer.

- No hay nada que hacer, Julia -se lamentó Henry amargamente-. Demasiado resistentes ellos, y demasiado estúpido y confiado yo, que no me apodere inmediatamente de un arma. Lo siento por usted, Julia. La he metido en un buen lío.

No contestó ésta. Inclinó apesadumbrada la cabeza, aumentando la amargura del corazón de Henry y ambos, escoltados por la pareja de vigilantes, salieron del laboratorio, en el que quedaban las huellas de la lucha, en forma de algún mueble derribado y un orificio en el techo.

El ascensor los condujo hasta el Cuarto Nivel, doscientos metros más abajo. Las calles de la ciudad estaban divididas en varios niveles, con objeto de facilitar la circulación, enormemente densa, y los niveles estaban alternados en zigzag, dando así entrada a la luz y al sol, orientados de modo que éste penetrara el mayor número de horas posibles.

En los rostros de los espectadores con quienes se cruzaba la pareja sometida, se veía claramente la lástima y la conmiseración. Por más de un par de ojos cruzó un relámpago de odio, pero se apagó inmediatamente, temeroso su poseedor de que alguien hubiera captado aquella mirada.

Henry y Julia salieron a la calle. Instintivamente miraron hacia lo alto, pensando si sería la última vez que disfrutaban de la bondad de los rayos solares, pero dejaron sus pensamiento a un lado, al ver acercarse un vehículo.

No parecía tener ruedas. Simplemente era una caja casi ovalada, sin ángulos, con una cúpula transparente de una sola pieza que era la cabina, con dos filas de asientos, en la primera de las cuales, un hombre de aquellos, impertérrito se sentaba ante los mandos, de los cuales apenas si se veían un par de botones, y dos o tres diminutos círculos graduados.

Se alzó la cúpula., abriéndose una portezuela en uno de los lados del extraño coche, Henry y Julia pasaron al asiento posterior, en tanto que los dos vigilantes se colocaban junto al conductor, y sin mediar ni una sola palabra, sin que se notara absolutamente la menor trepidación, el coche, en tanto la esfera de vidrio volvía a caer, cerrando la cabina, arrancó suavemente, sin ruido, sin estridencia, dejando apenas tras sí, en su velocísima carrera por el suelo del Cuarto Nivel, destinado únicamente a vehículos al servicio del Dueño del Mundo.

Como una mancha grisácea se sucedieron los edificios, altísimos, de similares proporciones, enormes masas cúbicas, sin ventanas, de aspecto extrañamente metálico. en tanto que el vehículo marchaba vertiginosamente por aquel suelo rectilíneo que parecía confundirse con el horizonte, cerrándose con sus bordes y los de los cuadrados rascacielos, en una conjunción de líneas rectas convergiendo todas en

un mismo vértice, al que se creía no alcanzar nunca.

Henry no supo los emotivos, pero se apoderó de una mano de Julia, mirándola con triste sonrisa:

- Hablaré y veré lo que puedo hacer por usted, doctora. Tengo confianza en que se salvará. Usted no tiene la menor culpa de lo sucedido. Han sido mis nervios, incapaces ya de resistir tal estado de cosas.

Julia sonrió extrañamente tranquila:

- Es igual, profesor. Quizá me hubiera ocurrido a mí lo mismo el día menos pensado.

Henry se echó hacia atrás pensativo, murmurando:

- ¿Cómo sería la vida de nuestros antepasados hace cien años? Nosotros no hemos conocido su felicidad. La felicidad de irse de vez en cuando de vacaciones a un lugar en el que corriese un poco de agua en un remanso bordeado de césped, con altos álamos sombreando el lugar, tranquilizándose de los trabajos y padecimientos diarios. Sin tener que estar sometidos a otra cosa que a benévolos gobiernos, que no se metían en la vida de sus ciudadanos, careciendo de estos superrobots que nos espían, que nos vigilan, que nos impiden dar un paso sin que sintamos uno de sus circuitos enfocado directamente hacia nosotros. Dominados por esta raza de humanoides, humanos en su aspecto externo, pero un conjunto de lámparas electrónicas y resortes en su interior solamente.

- Por favor -suplicó Julia-, le van a oír,...

Rió Henry al responder alegremente:

- No sé por qué, pero desde que me he desprendido del televisor registrador me siento otro hombre. Sé que mis minutos están contados, pero son unos minutos durante los cuales me siento libre. Libre de esa tiranía que suponía el estar controlado electrónicamente la distancia, registradas todas las palabras, de tal forma que si no eran conversaciones inocuas no se podía decir nada. Vigilado en todos mis movimientos... ¿qué pueden oír estos infelices humanoides? ¿Infelices? No -dijo el profesor-. ¡Qué más quisieran ellos que ser infelices! Eso demostraría que tenían alma, cerebro, sangre roja y caliente circulando por unas venas y unas arterias contraídas y dilatadas en los movimientos de sístole y diástole de un corazón en marcha. ¿Qué tienen ellos en lugar de corazón? Un diminuto

motorcito atómico, de carga infinita, que hace se muevan también infinitamente, sin conocer la suprema felicidad del descanso, del sueño reparador tras una jornada de trabajo. ¿Qué tienen estos superrobots en lugar de células grises? Unas células fotoeléctricas en un cerebro también electrónico, que registra lo que el Dueño del Mundo quiere que registren. Si uno solo de nosotros. para mí es tarde, lograra descontrolarse y cambiar el sentido de registro de un solo humanoide, el poder de ese infrahombre o superhombre que nos domina, tendría contados sus días.

Calló un momento Henry y luego dijo alegremente también:

- ¿Ve usted, Julia? He echado pestes de su jefe y no han respondido siquiera. Sólo tienen inoculada una idea: llevarnos al Tribunal, sea como sea. Libres de nuestro televisor, sus maravillas eléctricas no registran nuestras palabras. Sólo pueden ver lo que hacemos y como nos portamos tranquilamente, no hacen el menor movimiento.

Continuo su velocísima marcha el vehículo. Salvo un ancho abismo, en el fondo del cual, a quinientos metros de profundidad, se veían numerosos edificios de idéntica construcción, con cuatro niveles también en sus espaciosas calles, pareciendo diminutos insectos en la distancia los innumerables vehículos que circulaban, y al fin, tras recorrer quince o veinte kilómetros más, apareció repentinamente en el horizonte, aumentando rápidamente al acortar distancias, un enorme edificio, una supergigantesca construcción de mas de ochocientos metros de altura, que rebasaba todos los demás edificios que rodeaban aquella altísima torre cúbica, haciéndolos, por contraste, parecer enanos.

El coche recorrió aquella distancia en unos escasos segundos, y luego, sin apenas transición, se detuvo en la gran puerta que daba acceso a aquel rascacielos, que nunca mejor aplicada tuvo la palabra, ya que alguna nube, vagando perezosamente en el espacio, se deshilaba contra las agudas aristas del edificio.

Henry y Julia, seguidos por su pareja de vigilantes, descendieron del vehículo y penetraron en el interior.

III

La sala era de buen tamaño. Unos veinte metros de ancho por treinta de largo. No tenía ventanas. Estaba construida con aquella rara aleación de acero con "zillio", extraño metal que tenía la propiedad de ser y hacer transparentes, según la cantidad del mismo que se usaba, a los metales con los que se mezclaba, además de comunicarles una dureza superior a la del diamante. El lado derecho de la sala era casi íntegramente de "zillio” y por lo tanto servía de ventana para la iluminación diurna, bien que, debido a las condiciones excepcionales de dicho metal, visto desde fuera, no pareciera sino ser un muro liso, sin la menor señal de vida en su interior, sin poderse ver lo que pasaba dentro. Por otra parte, desde la parte inferior del edificio hubiera sido difícil ver, aun siendo transparente desde fuera: el lugar en que iban a ser juzgados Henry y la doctora Dorker estaba casi en la cúpula del edificio donde residía el Dueño del Mundo.

Entraron allí, escoltados por sus captores. Tres hombres se veían en una especie de estrado, reclinados indolentemente sobre sus cómodos sillones. Dos vigilantes mas estaban colocados a ambos lados de un hombre, que estaba siendo juzgado, y de algo grave, según denotaba la palidez de sus facciones y lo descompuesto que tenía el rostro, por el que, corrían gruesas gotas de sudor. El aterrorizado reo no hacía más que lanzar furtivas y espantosas miradas a una caja cúbica, íntegramente de "zillio", y por lo tanto transparente en su totalidad, situada en un rincón. Dicha caja medía dos metros de altura por otro tanto de lado, y de su parte superior salían dos gruesos cables que se perdían en la pared frontera.

En el momento en que entraban Henry y Julia, el hombre, horrorizado, se arrojó al suelo de rodillas, pidiendo clemencia contra la sentencia que sin duda acababa de serle dictada. Sus gritos de miedo, súplica y de terror atronaron la amplia estancia durante unos segundos, y repentinamente callaron, al deslizarse un trozo de pared en el lado opuesto a aquella caja transparente que parecía de vidrio.

inmediatamente los hombres que estaban sentados se levantaron, retratándose en sus rostros el mas abyecto servilismo al ver a la persona que entraba. Se inclinaron profundamente y Henry pudo ver, así como Julia, por vez primera, en persona, el rostro inhumano de quien a sí mismo se intitulaba Dueño del Mundo. Tras el, y con aspecto de guardaespaldas aparecieron dos humanoides como aquellos que habían conducido a la pareja hasta el Tribunal, pero superiores a ellos en la estatura y en el aspecto físico, pareciendo gigantes de mas de dos metros de estatura.

Un escalofrío recorrió la espalda de Julia al ver la cara inexpresiva, de

aquel hombre que tenía al Planeta en su puño Unos ojos sin luz, de tan claros, un rostro tallado en cuarzo oscuro, una nariz aquilina, de mediana estatura, pareciendo un niño enclenque al lado de sus dos guardianes, la impresión de indefinida edad que daba aquel hombre sólo era superada por la de horror y espanto que sólo sus ojos infundían.

- ¿Que ocurre con este hombre? -preguntó, y la voz pareció salir de una maquina.

El juzgador que estaba en el centro y que parecía presidir el Tribunal, hizo una profunda reverencia:

- Señor, este hombre se permitió dudar de vuestra sabiduría.

Algo parecido a una sonrisa, pero una sonrisa que heló la sangre en las venas del infeliz acusado, flotó un segundo en aquel infrahumano rostro, que adquirió su anterior expresión instantáneamente. Volvió a inquirir:

- ¿Qué pena le habéis aplicado?

- Señor, estábamos a punto de condenarle a muerte cuando entraste.

- Está condenado -dijo el Dueño del Mundo, agitando desdeñosamente la mano, y los dos vigilantes que estaban a ambos lados del desgraciado lo cogieron en vilo y lo arrastraron, a pesar de sus aullidos, a la caja de "zillio", sin que pareciera importarles gran cosa los desesperados esfuerzos que hacia el hombre por librarse de la horrible suerte que le esperaba. Julia se tapó horrorizada los oídos, por no escuchar las palabras y lamentos del infeliz, pero como fascinada, al igual que Henry, no pudo apartar los ojos de la espantosa escena que tuvo lugar a continuación.

El reo fue arrastrado hasta la cámara de desintegración. Se abrió automáticamente uno de los lados y el infeliz fue arrojado allí de un violento empujón, cerrándose tras el, antes de que pudiese retroceder, la parte de la cámara que había servido de puerta. Luego, el espectáculo aumentó su horror, cuando se vio al reo, enloquecido, ir de un lado a otro en aquella mortífera jaula, golpeando con sus puños, de los que salió la sangre, causada por sus frenéticos y perfectamente inútiles esfuerzos para escapar. Pero de súbito se vieron dos rayos de luz verdosa salir de los puntos en que terminaba la conexión de los cables y súbitamente toda la cámara se inundó de una nube del mismo color. Después, un potente aspirador absorbió los gases, y cuando el "ziliio” recobró su aspecto peculiar, normal, se vio la cámara limpia,

vacía, como si cinco segundos antes no hubiera habido allí un hombre gesticulante.

Julia volvió el rostro, y débil repentinamente, sintió que le flaqueaban las piernas, apoyándose en el pecho de Henry para no caerse al suelo. El profesor la sujetó por los hombros y miró sereno, desafiante, al nombre que los iba a condenar a aquella espantosa muerte por desintegración y que, indiferente a la espantosa escena que acababa de desarrollarse, se sentó en uno de aquellos sillones, en tanto sus esbirros, tanto los humanoides, como los que en su nombre condenaban a muerte, se colocaban a sus espaldas.

- Habéis visto cual es la suerte que corren los que se permiten observaciones ofensivas a mi persona. Al parecer, se os acusa a vosotros de algo parecido. ¿Qué tenéis que alegar?

Henry desprendió su mano de los hombros de la doctora y avanzó un paso. Habló con la tranquilidad del hombre que lo tiene ya todo perdido.

- Es cierto todo lo que te han dicho, pero yo he sido el único que he hablado. La doctora Dorker se limitó a escuchar.

- Cierto. La doctora se limitó a escuchar, pero omitió el cumplimiento de su obligación: denunciarte, profesor. Por eso debe correr tu misma suerte.

- No tuvo tiempo para ello. Además, yo mismo rompí su televisor de control, sin que ella pudiera hacer nada. Recabo para mí toda la responsabilidad -dijo Henry.

- Muy galante por tu parte, profesor Blakely, pero nada práctico. Los dos debéis morir de la misma manera que ha muerto el reo anterior - fueron las palabras de aquel hombre, sin que variara su inexpresivo rostro en lo más mínimo.

Henry perdió ya los estribos y grito:

- ¡Eres un intrahombre, Dueño del Mundo! Pretendes ser más sabio, mas justo y mas recto que todos y no eres más que un ser ávido de poder y de gloria. Crees que todo el mundo te obedece porque tus leyes son justas. ¡Mentira! -volvió a gritar, perdido ya el dominio de si mismo Henry-. Nadie te quiere. Todos te odiamos y deseamos tu muerte. Moriremos, si, pero llegará un día...

- ¡Basta! -se incorporó ya aquel hombre-: Has hablado demasiado.

¡Desintegradle!

Pero Henry estaba decidido a no morir sin oponer resistencia. En lo más íntimo de su corazón había decidido luchar por su vida en tanto conservara un hálito de ésta y súbitamente, antes de que nadie se diera cuenta de sus intenciones, antes de que los humanoides pudieran enfocar hacia él sus circuitos electrónicos, previniendo sus intenciones, saltó hacia el más próximo, que reaccionó tardíamente.

La mano del humanoide estaba sacando ya su pistola desintegrante cuando le alcanzó el puñetazo del joven profesor. Cayó el superrrobot al suelo, pero ya estaba desprovisto de su arma, la cual había pasado a la mano de Henry que, encarándola hacia el humanoide que estaba a sus espaldas, oprimió el gatillo.

Se oyó un latigazo que hizo crujir el aire de la estancia y una nubecilla de color verdoso substituyó al vigilante, que se evaporó sin dejar otro rastro que un pequeño montoncito de grises cenizas en el suelo. Luego, el arma tableteó siniestramente, enviando disparo tras disparo sobre los fieles al Dueño del Mundo, que se había erguido en su sillón, sin comprender que uno de sus esclavos se rebelara contra su voluntad que él había creído omnímoda hasta el presente.

Tres humanoides mas desaparecieron en tres nubes de humo de color verde: los dos que habían conducido al anterior reo a la cámara de desintegración y el otro que quedaba de los que vigilaran a la pareja de científicos. Henry pensó que aquel era el momento oportuno para librar a la Tierra de su opresor y le encañonó con el arma.

Pero en aquel momento, uno de los jueces se puso delante y desapareció en un segundo, volatilizado por el formidable poder de aquella arma atómica. Un nauseabundo olor de carne asada se expandió por la estancia y los otros dos jueces, lanzando aullidos aterradores, echaron a correr alocados, tratando de huir de aquel joven que parecía iba a conseguir sus propósitos.

Henry volvió a apuntar hacia el malvado, y de nuevo volvió a disparar, pero uno de los gigantes se colocó delante de él, y el disparo se estrelló inofensivamente contra el cuerpo del humanoide, que comenzó a avanzar hacia Henry, el que, sin comprender del todo lo que pasaba, disparó repetidamente su arma.

Al cerebro del profesor llegó el convencimiento de que aquellos humanoides tenían alguna protección contra los proyectiles desintegrantes, y al mismo tiempo pensó en lo extraño que era el que

no hubieran disparado contra él, pero no se detuvo a analizar los motivos. Gritó:

- ¡Sois humanoides, construidos por vosotros mismos, pero vamos a ver si sabéis reaccionar como hombres!

Al mismo tiempo, cuando el robot estaba a cuatro o cinco pasos de él, la mano de Henry se echó hacia atrás Y luego se disparó hacia adelante. Luego, el arma, inútil para la lucha contra aquellos esbirros automáticos, se estrelló contra el rostro de aquél, derribándolo en el suelo.

El hombre que estaba sentado en el sillón hizo un gesto con la mano y el otro superrobot avanzó hacia Henry, que se dispuso a la defensa. Éste comprendió repentinamente que lo querían combatir con las armas mas primitivas del hombre: las manos, y se alegró de ello, y de que los frecuentes entrenamientos a que se sometía en el gimnasio periódicamente, para conservar la forma física, en los ratos a que se dedicaba a ello para descansar de sus tareas de laboratorio, le hubieran conservado en perfecto estado su fortaleza física, sin dejar que se le ablandaran los músculos.

A pesar de la situación apuradísima en que se hallaba, pues comprendía perfectamente que en cualquier momento los esbirros del Dueño de la Tierra podían hacer uso de sus armas atómicas, no pudo evitar el lanzar una mirada y sonreír a Julia, que dándose cuenta de lo que iba a ocurrir, mordiéndose los labios para no gritar, se había echado a un lado, y la dijo:

- Vamos a ver qué pueden mas, si unas células fotoeléctricas o unas de substancia gris, Julia. Vuelvo al hombre de las cavernas contra el del año 2175.

Dicho esto se lanzó en plongeón contra el humanoide que, no esperándose esta reacción inesperada del profesor. recibió el formidable impacto en los ochenta y cinco kilos de peso de éste en el pecho. El robot cayó al suelo, pero como si estuviera dirigido por una superior inteligencia, se levantó al momento y extendió sus larguísimos brazos, intentando atrapar con ellos a Henry.

Pero éste alargó el suyo derecho, cogiendo la muñeca del humanoide y volviéndose repentinamente, inclinándose, lo volteó en el aire, despidiéndole violentisimamente contra el suelo. Luego, antes de que el vigilante se incorporara, y desechando toda consideración, Henry alargó su pie derecho, y aun exponiéndose a destrozárselo, lo estampó

con terrorífico golpe contra la cabeza del robot, de la cual salió un ruido de metales entrechocados. El esbirro infrahumano se quedó inmóvil y Henry sonrió satisfecho a Julia y luego al Dueño del Mundo que contemplaba, al parecer, interesadísimo, la escena de lucha.

- ¿Lo ves, Julia? ¿Lo ves tú, a quien te llamas dueño nuestro? Todavía son mas útiles nuestras armas primitivas, las que nos ha dado Dios, que las que tú trajiste de tu desconocido planeta. Mira los resultados.

Pareció como si sonriera el hombre, que dijo sencillamente:

- Todavía te queda otra demostración que hacer, profesor. Mira a tus espaldas.

Henry se supuso el peligro y se volvió con la agilidad de un gato montes, pero no pudo evitar el que el otro humanoide le cogiera entre sus brazos, apretándole con ellos hasta que el aire comenzó a salir de los oprimidos pulmones del joven, que intentó oponerse a aquella maniobra de estrangulamiento total, pero no consiguió nada, y hubo de recurrir a una vieja treta que le dictó su inteligencia.

El pensamiento de que aquellos humanoides eran superiores a los corrientes que había visto hasta entonces le hizo dirigir su pensamiento en el sentido de que tenía que continuar haciendo esfuerzos para desasirse del mortífero abrazo. Y como había supuesto acertadamente Henry, el robot era infinitamente superior a todos los construidos hasta entonces, pero al fin y al cabo una máquina construida por un hombre.

En consecuencia el humanoide conectó uno de sus circuitos con la mente de Henry y no percibió nada alarmante en ella, nada que no fuera el frenético deseo de huir de el. haciendo fuerzas opuestas a las del robot. Pero súbitamente, Henry aflojó su resistencia, cogiendo desprevenido al humanoide.

Éste intentó asir al hombre que se le escapaba, pero sus brazos encontraron solamente el vacío. El profesor había escapado y antes de que el vigilante tuviera tiempo de reaccionar, un fulminante derechazo lo echó hacia atrás.

Si el puñetazo lo hubiera recibido un hombre normal, o aun un "superrobot” del tipo corriente, es indudable que allí hubiera acabado la pelea: en el primer caso por fallecimiento instantáneo y en el segundo porque se hubieran destrozado las lámparas electrónicas a pesar de ir fuertemente protegidas contra toda clase de golpes. Pero aquel esbirro del Dueño del Mundo era de una, clase excepcional y

retrocediendo un par de pasos, resistió perfectamente el golpe.

Henry no se durmió en los laureles. Su puño no había recibido mas daño que el que hubiera podido sufrir en una pelea corriente, merced a la construcción del exterior del robot, tan parecida físicamente a la de un hombre, así que su golpe siguiente fue un gancho de izquierda que hizo vacilar de nuevo al humanoide.

Antes de que pudiera recuperarse, una lluvia de golpes cayó sobre éste, Henry atacó con decisión, pensando en un punto para atacar, pero martilleando en otro distinto, con lo que desoriento por completo el cerebro mecánico, haciendo que los brazos de su oponente parecieran aspas de molino protegiéndose lugares que no eran atacados.

Pero el profesor se dio cuenta de que la lucha no podía seguir indefinidamente. El humanoide era excepcionalmente resistente y podía soportar una, dos, tres horas de lucha sin mostrar ningún signo de cansancio. En realidad, mientras no se le agotase la carga de energía nuclear, que era prácticamente inacabable, podía seguir peleando, en tanto que Henry. inexorablemente, llegaría a fatigarse, momento que aprovecharía su enemigo para deshacerse de él.

En la lucha habían llegado hasta los escalones del estrado y súbitamente, Henry echó a correr. El humanoide dedicó un circuito a sus intenciones y percibió que su contrincante pensaba ya únicamente en la huida, de modo que se lanzó hacia adelante, con la idea de cogerle en sus brazos y estrangularle, tal como le habían ordenado.

Pero Henry no tenia, aunque las pensara, esas intenciones. El Dueño del Mundo, creyendo que iba a por él, se levantó de un salto, poniéndose fuera del alcance de las manos del enfurecido profesor, quien notando ya que el guardián le iba a los alcances, se detuvo y obró rápidamente.

Las fuertes manos de este cayeron sobre uno de los sillones, que se elevó en el aire, en tanto que Henry giraba rapidísimamente sobre los talones, y luego el pesado mueble se abatió sobre la cabeza del robot.

Hubo un ruido de vidrios rotos, de metales astillados y aquel ser infrahumano se derrumbó, incapaz de sostenerse sobre sí mismo, al serle destrozado su cerebro y corazón mecánicos. El sillón cayó a un lado y del abierto cráneo del humanoide salió, junto con algunos tornillos y resortes, una delgada columna de humo obscuro.

Sin embargo, Henry no dio por concluida la tarea. Ahora se

encontraba mano a mano, con el hombre que había aterrorizado al planeta y agarrando otro sillón, antes de que aquel tiránico ser pudiera escapar, sin hacer caso de sus chillidos, el profesor, de la misma manera que lo había hecho con su enemigo, le hundió la cabeza.

Un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho y Henry, mirando hacia el lugar donde Julia había contemplado la espantosa lucha, como única espectadora, ya que los dos jueces habían huido aterrados por una puertecita lateral, dijo:

- ¡Ya se ha acabado la opresión, Julia! ¡Volvemos a encontrarnos como hace doscientos años!

Pero no vio en el semblante de la muchacha la expresión que esperaba. No vio en ella unos ojos llenos de júbilo, de fe, de esperanza en una nueva vida. En lugar de ello, ante su infinita sorpresa, la muchacha, aun más espantada de lo que estaba, alargó su índice hacia el lugar en el que yacía el cuerpo del hombre que había sojuzgado a la Tierra y exclamó:

- ¡Allí! ¡Allí, profesor! ¡Mire!

Henry volvió sus ojos hacia el lugar que le señalaba la doctora. Se escapó una involuntaria exclamación de asombro al ver que, de la misma manera que cuando destruyera el mecánico ser, del cráneo del Dueño del Mundo se escapaba una columnita de negro humo, en tanto que por el destrozado cráneo salían fragmentos de piezas metálicas y de vidrio que habían constituido su cerebro electrónico.

Antes de que pudiera Henry recuperarse de su sorpresa, una estridente carcajada, una risa sardónica de tonos nunca escuchados, llenó con sus sonidos la anchurosa sala, pareciendo brotar de todos los rincones. Y Julia, aterrada, no pudo evitar el correr hacia Henry, refugiándose en sus brazos.

Cuando la risa cesó de estremecer todos los rincones de la estancia fue substituida por una voz que heló los corazones de la pareja:

- ¡Creías que me habías destruido!, ¿verdad, profesor? No sería el Dueño de este planeta si no fuera el más listo de todos. Tú eres un hombre notable y había previsto todas tus reacciones. No fui tan tonto como para ponerme al alcance de tus manos. ¡Qué más hubieras deseado tú, pobre iluso! Por cierto que me has deparado una magnífica lucha, como hacia tiempo que no la veía. Me has destrozado dos de mis mejores servidores, pero he quedado sobradamente

recompensado con tu exhibición de fuerza y habilidad.

Henry dio dos pasos, plantándose en medio de la sala.

- ¿Por qué no bajas a luchar conmigo? Si tan listo eres, ¿por qué me temes?

- No te temo, profesor, y la prueba es que te voy a dejar con vida -continuó la voz brotando de todos los rincones-. Si te temiera, ya estaríais desintegrados. Pero antes de comunicarte cuál ha de ser tu castigo, verás como castigo a dos desagradecidos traidores que no supieron defender a su amo y señor que tantos beneficios les ha proporcionado. ¡Mira!

Una puerta lateral se abrió y cuatro humanoides entraron, arrastrando sin consideración alguna a los dos jueces que huyeron al comienzo de la pelea. En medio de sus alaridos de pánico, fueron arrojados al interior de la transparente cámara de desintegración, y apenas quedó esta cerrada, una nube de color verdosa substituyó a los dos desgraciados, de los que, al disiparse la mortífera humareda, no quedó el menor rastro.

- ¡Esa ha sido la suerte de los traidores! Ahora sabrás la tuya. La tuya y la de la hermosa doctora Dorker.

La voz hizo una pausa, destinada a aumentar el efecto dramático de sus palabras, y al fin exclamó:

- Los dos sois destinados a la extracción del “zillio" en nuestro satélite. Partiréis mañana al amanecer.

Aquello era demasiado para la pobre Julia que, sin poder evitarlo, perdió el conocimiento y cayó en los brazos del aturdido Henry, incapaz de reaccionar ante la terrible sentencia.

* * *

Cesó la opresión en el pecho de Henry, que se incorporó un tanto en la litera anti-choque destinada a amortiguar los efectos de la aceleración de la nave interespacial que los llevaba a la Luna. Miró a su derecha, donde estaba Julia, y le preguntó:

- ¿Todo va bien?

- Sí, profesor -replicó ella-. Pero los primeros momentos fueron horribles. No creí que los efectos de la falta de gravedad fueran tan espantosos.

- Le falta a usted costumbre, Julia -sonrió el profesor-. Y a mi también, pero este es mi segundo viaje; el primero fue de recreo, y no me ha cogido la cosa tan de sorpresa.

- ¿Seguiremos así hasta la Luna? -preguntó Julia, al ver al humanoide que se desceñía las correas que le habían sujetado y se levantaba de su litera amortiguadora.

- Esas son las órdenes que tengo -contestó la opaca voz del "super-robot".

- ¿Por que necesitas tú acostarte en la litera? Tú no eres ningún hombre.

- Pero mis mecanismos pudieran sufrir algún daño cuando acelera la nave. Simple medida de precaución.

- ¿Cómo te llamas? -preguntó Julia.

- No me llamo. Tengo un número: H. 944-721.

- Te llamaré H. 9. Es más corto. ¿No le parece, profesor?

- Excelente idea -aprobó éste, de buen humor, viendo como el humanoide iba y venia por la pequeña cabina de la astronave de tres plazas, comprobando los controles-. ¿Cuanto tardaremos, H. 9?

- Un par de horas, aproximadamente. Vamos a unos ciento ochenta mil kilómetros a la hora.

- ¿Eres tu un humanoide del nuevo tipo? Me pareces mas alto que los que teníamos por costumbre tratar.

- Sí -y Henry hasta juraría que en la característica voz del robot había una nota de orgullo-. Yo soy un humanoide del Segundo Orden. Así se nos llama a los nuevos, para distinguirnos de los antiguos, los que existen desde que el Dueño del Mundo vino a gobernar la tierra y su satélite.

- Por consiguiente, tú puedes adivinar nuestras intenciones, ¿no es eso? -dijo Henry, en tanto que Julia lo miraba sin saber dónde iba a

parar el profesor.

- Tengo un circuito enlazado con cada uno de vuestros cerebros y conoceré de antemano cualquier acción que vayáis a realizar -respondió el humanoide fríamente, dando la espalda a la pareja, todavía semiacostada en sus respectivas literas, a ambos lados de las paredes del espaciocohete.

- Si, claro No nos queda la menor duda de ello, H. 9 -asintió Henry-. Si dijera que eres una estúpida máquina, no te ofenderías, ¿verdad?

- No, porque tus palabras no reflejan la verdad de tus pensamientos. Estas pensando que a pesar de ser el Dueño del Mundo un tirano, es un sabio maravilloso que nos ha construido a nosotros, los humanoides, infinitamente superiores a vosotros, los hombres.

- También sabrás que estamos pensando el modo de evadirnos, ¿verdad?

- He realizado muchas conducciones de condenados a las minas de "“zillio" de la Luna, y ningún preso se me ha escapado -se ufanó el humanoide.

- ¿Cómo es que ha tenido el Dueño del Planeta tan en secreto vuestra construcción? -quiso saber Julia.

- No lo ha tenido en secreto. Simplemente se ha limitado a no decirlo. Somos iguales en aspecto a los del Primer Orden.

"Sí -pensó Henry-. Iguales en su despiadado aspecto. Semejando hombres de glaucos ojos, pero con aquella extraña substancia, secreto del hombre que gobernaba la Tierra, tan parecida a la carne, que podía confundirse con ella. De tan suaves y fáciles movimientos como los de un felino. De tanta agilidad como la de una gacela. Pero en dos cosas había fracasado el amo de la Tierra: una era que no les había podido infundir una temperatura exterior semejante a la humana, y otra que los cráneos de los "super-robots” estaban pelados, mondos. También sus intentos por cubrirles de vello fracasaron. Y así aquellas máquinas ofrecían un espantoso aspecto con su cráneo pelado y sus arcos superciliares desprovistos así mismo de pelo.

H.9 habló, sin volver la espalda, atento únicamente a la conducción del aparato:

- No intentes desasirte, profesor. Tus esfuerzos serán inútiles.

Éste se echó hacia atrás, riendo:

- H. 9, parece como si tuvieras ojos en la nuca.

- Ya te dije que tenía un circuito enfocado a tu cerebro.

- Pues no deja de ser una contrariedad -dijo, simulando enfado, Henry-. Oye, ¿por qué no me das un poco de agua? Tu dueño sera todo lo poderoso que quieras, pero descortés lo es un rato largo. Nos tiene sin comer ni beber desde ayer al mediodía.

- Está bien -dijo H. 9 abandonando un momento su tablero de mandos y levantándose. Caminó hacía la parte posterior de la astronave, pero en el momento en que iba a pasar por entre las dos literas en que estaban semiacostados Henry y Julia, el primero alargó repentinamente el pie.

H. 9 tropezó súbitamente, alargó las manos como si quisiera mantener el equilibrio, pero no halló ningún asidero. Cayó hacia adelante y su frente golpeó duramente contra el borde de la litera de Julia, resonando inmediatamente chasquidos de vidrios rotos y resortes fuera de su sitio. Un pequeño orificio se abrió en la cabeza de H 9 y de él salió una minúscula columnita de humo. Y eso fue todo.

Ante el asombro de Julia, Henry se desasió fácilmente de las correas de sujeción y saltó de su litera. Soltó en un momento a la joven y se echó a reír de buen humor.

- Ese presuntuoso que pretende ser el amo de millones de seres humanos, tiene también sus fallos de vez en cuando. Si hubiera recordado mi pelea con sus humanoides allá abajo, me hubiera liquidado inmediatamente.

- ¿Cómo logró usted ocultar sus intenciones a H. 9? -inquirió la muchacha, saltando de su lecho y mirando al inmóvil robot en el suelo.

- De la misma manera que conseguí vencerlos. Pensando en una cosa y haciendo otra. Sencillo. Quise beber agua y alargué el pie.

- ¿Qué haremos ahora?

- Refugiarnos en Korah.

- ¿Escondernos en Korah? ¿Cómo viviremos allí, Henry?

- Eso esta muy bien, Julia.

- ¿Qué es lo que está muy bien, Henry? -preguntó ella asombrada.

- Que me llame usted por mi nombre, Julia. Ha hecho bien en dejar los tratamientos a un lado. Ahora no somos mas que un hombre y una mujer que tratan de evadirse a su destino y luchar contra el malvado que oprime a la Humanidad.

- Estoy de acuerdo con usted. Ir a las minas de “zllio" no es más que una muerte lenta. Pero, ¿cómo nos las arreglaremos para vivir en Korah?

- Olvida usted, Julia, que somos químicos, y yo por lo menos, de renombre -sonrió él-. O por lo menos eso decían allá abajo -indicó Henry señalando a la Tierra que se veía como una enorme esfera de color verde-plata, a cien mil kilómetros de distancia, girando lentamente en el espacio constelado por miríadas de lucecitas.

- Tiene razón, Henry. Ahora tropezaremos con un inconveniente.

- Si. Ya sé a lo que se refiere usted, Julia. Este H. 9 estaba conectado a la sala de registros, ¿no es eso?

- Exacto. Y en la Tierra ya saben que ha sido destrozado. Antes de una hora tendremos aquí una escuadrilla de vigilancia sideral ya nos destruirán con sus rayos telegamma.

- Para lograrlo, lo primero que tiene que hacer es localizarnos y Korah esta demasiado cerca para no llegar nosotros allí antes que ellos.

- Nos localizarán con el radar -objeto la muchacha.

- Veremos de evitarlo. Si usamos el dispositivo antirradar de esta espacionave... -dijo Henry pensativo, y sin nada premeditado, comenzó a buscar por todos los rincones, lanzando repentinamente un grito de alegría-. ¡Ya esta!

- ¿Qué es esto? -dijo Julia curiosa.

- Ropas. Sencillamente ropas de lana. Alguien se las ha dejado aquí olvidadas y nos van a venir a nosotros a las mil maravillas,

- No comprendo -exclamó Julio intrigada.

- Muy sencillo -dijo él-. La vestimenta que llevamos ahora es de lana y "zillio" para darle una duración indefinida la los trajes. Éstos rechazan

las ondas de radar, reflejándose en las pantallas. Si fueran de lana solamente, como estos trajes, no ocurriría nada de eso. En consecuencia podremos pasar desapercibidos en la superficie de Korah.

- ¿En un asteroide de cien metros de diámetro?

- Si. Podremos vivir indefinidamente. Claro es que tendremos que sacar de este aparato algunos objetos que nos pueden servir de mucho, pero ya encontraremos la manera de ocultarlos a las emisiones detectoras.

- Pero ¿y la atmósfera respirable de ese asteroide? -volvió a objetar Julia, lo que hizo que Henry se impacientase.

- Seguro que usted tuvo malísimas notas en Geografía Sideral, doctora. ¿No sabe nada acerca de nuestro segundo satélite?

- Confieso que no, excepto que gira alrededor de nuestro planeta -admitió, avergonzada la muchacha.

- Está bien -suspiró Henry-. Korah es un asteroide de unos cien metros de diámetro, de una substancia en la que entra en gran parte el "zillio" y por lo tanto de una densidad superior cincuenta veces a la del agua, Por lo tanto pesa, aproximadamente, unos doce millones y medio de toneladas, en lugar de las casi novecientas mil que debiera pesar si fuera de una composición similar a la de nuestro Globo. Quizá esa misma superdensidad hizo que al rozar la Tierra, se apoderase de un fragmento de atmósfera, atrayéndola y llevándosela consigo. Hay el mismo aire respirable que en una cumbre terrestre de unos tres mil quinientos metros. Por lo tanto, puede comprender que la vida humana es practicable allí.

- ¿Qué haremos, pues? -interrogó Julia.

- Lo primero, encaminarnos en su persecución -dijo Henry, acercándose a una pantalla visora y mirando al cielo-. Estoy seguro de que a estas horas ya están emprendiendo nuestra búsqueda por los espacios siderales.

- ¿No nos alcanzaran? -dijo ella.

- De eso se trata: de que no nos capturen de nuevo. No espero que ese sinvergüenza nos perdone la vida por segunda vez.

Como si tales palabras hubieran sido una evocación, la voz del Dueño

de la Tierra se dejo escuchar en la cabina de la astronave:

- Profesor, doctora, ya sé que ustedes han destruido el humanoide que les conducía a la Luna, pero debo advertirles que he enviado una escuadrilla de cazas espaciales interceptores, con orden de cogerlos... ¡Vivos o muertos!

Henry se sentó ante el tablero de mandos y conectó el televisor, en el que apareció el frío e inhumano rostro de aquel maligno ser:

- Será esto último, bestia sin alma -dijo-. Lucharemos hasta morir.

- ¡Heroicas palabras, a fe! -le respondieron-. Pero perfectamente inútiles.

- ¡Lo veremos! ¡Todavía estamos vivos! -dijo Henry y cerró la comunicación. Luego su mano fue recorriendo botones y cortando todos los controles que les unían a la Tierra. Movió una palanquita y se volvió hacia Julia, que lo contemplaba pálida, pero serena y decidida-: He puesto en marcha las ondas antirradar, pero me parece que con ese tipo no nos servirá de nada -se explicó el profesor.

Ella le puso la mano en el hombro.

- Estoy con usted, Henry, Debemos hacer todo lo que podamos para salvar nuestras vidas -dijo-. ¿Quien sabe si de nosotros saldrá la revolución que haga morir al qué oprime a la Humanidad?

- Dice usted muy bien, Julia. Y ahora vamos a ver dónde se encuentra Korah.

Henry comprobó los controles y examinó el indicador de distancias:

- Estamos ahora a mitad de camino: es decir, a unos ciento noventa mil kilómetros de la Tierra. Mientras que yo busco el asteroide, cámbiese usted de ropas, Julia. Elija usted las que mejor le acomoden.

- Esta bien, Henry -respondió la muchacha, yéndose hacia el montoncito de ropas y comenzando a revolverlas en busca de las que creyó mas apropiadas.

- Ya está -dijo al cabo de unos momentos-. ¿Qué le parezco, Henry?

El profesor se volvió, girando en el asiento, y no pudo contener una exclamación de sorpresa. La muchacha parecía otra, desprovista de los ropajes de tejido sintético y uniforme, que eran peculiares a todas las

mujeres en la tierra. Simplemente con un vestido corto hasta las rodillas, de color rojo claro, parecía otra. Incluso había encontrado una cinta del mismo tono que se había anudado con coquetería en los cortos cabellos, que llevaba de acuerdo con la moda dictada en el Planeta.

- No parece usted la misma -elogió Henry, y luego añadió, tartamudeando-: Parece... bueno... no sé... qué decirle, Julia.

Se echó a reír ésta, íntimamente halagada por la admiración del hombre, olvidándose del amargo trance por que estaban pasando. Pero de repente su mirada se fijó en el televisor y exclamó:

- ¡Mire, Henry! ¿No es ese puntito brillante Korah?

Se volvió el profesor y tras unos momentos de examen atento confirmó:

- Si, es el mismo. ¡Vamos allá, Julia!

* * *

- ¡Cuidado, Julia! -exclamó Henry-. ¡Venga aquí conmigo! Pueden descubrirla.

- ¿No dice usted que las ondas de radar no se reflejan en nuestros trajes de lana? -preguntó la muchacha, encaminándose hacia el lugar donde estaba el profesor.

- Si, pero como o mucho me engaño o pronto vamos a tener encima de nosotros una cámara de televisión mandada a distancia por ondas de radio, contra esto si que no hay otra defensa posible que una buena ocultación. Y esta gruta es la mas adecuada.

La pareja estaba en la superficie del asteroide Korah. Habían desembarcado de la astronave, que dejaran en la parte opuesta, y habían caminado hasta encontrar en la arrugada superficie del satélite un refugio provisional, dándose cuenta de que no podían estar muy lejos sus perseguidores.

Henry fue colocando a un lado los objetos que había traído consigo del pequeño navío sideral y que le podían ser de utilidad. Un par de

pistolas atómicas, una cámara de televisión accionada por una diminuta batería nuclear, una pantalla de radar también del mismo sistema y algunos objetos mas. Cogió unas cuantas rocas, colocándolas con cuidado encima de aquellas cosas, explicándose seguidamente:

- De esta forma no nos localizarán. Verán únicamente la espacionave. Estos aparatos no podrán hallarlos usando el radar, porque las rocas de este asteroide aparecen en las pantallas, ocultando lo que hay debajo. debido a su peculiar estructura metálica.

- ¿Qué haremos ahora, Henry? ¿Esperar?

- Usted lo ha dicho, Julia. No tenemos otra solución, hasta que se hayan alejado de esta zona del espacio los aparatos que han salido de la Tierra en nuestra busca. Luego, ya veremos lo que se debe hacer.

Un leve estremecimiento sacudió aquel minúsculo asteroide, pedrusco perdido en el espacio, y Henry exclamó:

- Mucho me temo que hayan dado con nuestra astronave. A estas horas esta convertida en un montoncito de cenizas.

- ¿Cree usted?

- Si no fuera por... ¡Mire, Julia! ¡Mire allá arriba!

La muchacha siguió con la vista la dirección que le señalaba el índice del profesor y pudo ver dos astronaves que patrullaban lentamente por el cielo de Korah, a un par de miles de metros de distancia, reluciendo sus metálicos caparazones al ser heridos por los rayos del sol. Luego, aumentando de tamaño al acercarse, varios extraños objetos de forma cúbica, redondeados por las aristas, comenzaron a aproximarse al satélite.

- Lo que yo me temía, Julia. Están dirigiendo cámaras de visión telecomandadas y mucho me temo que no dejen un solo rincón de Korah sin explorar.

- ¿Llegarán hasta aquí? -preguntó ella, con leve tono de angustia en la voz.

- Es lo mas probable, aunque... ¡Aguarde un momento, Julia! ¡Ayúdeme!

- ¿Qué va usted a hacer, Henry?

- Coja todas las rocas sueltas que pueda, y amontónelas en la entrada. Colocaremos al pie de la barricada los aparatos que hemos traído de nuestra espacionave y va usted a ver el disgusto que les damos a esos tipos de la H.

Comenzaron los dos a trabajar frenéticamente, hasta que sólo dejaron una estrecha abertura en la cueva. Después colocaron todos los objetos en la forma que había dicho el profesor y éste exclamó:

- Asómese con precaución y dígame lo que ve, Julia.

En tanto el profesor manipulaba con uno de los aparatos, la muchacha observó precautoriamente el cielo del asteroide y dijo:

- Cuatro cámaras de televisión se acercan hacia aquí, Henry.

Éste continuó maniobrando en uno de aquellos objetos y luego dijo solamente:

- ¿Y ahora?

La muchacha contestó con infinito asombro:

- ¡Se retiran, Henry! ¡Se retiran!

- Todavía no ha visto lo principal, Julia, Mire con atención.

Eran dos los cohetes que estaban casi inmóviles a dos mil metros de distancia de Norah. Cada uno de ellos había enviado una pareja de cámaras de observación que, ante la sorpresa de la muchacha, comenzaron a retroceder cada vez más velozmente, aumentando su marcha. hasta desaparecer, empequeñecidas por la distancia. Y luego, una tras otra, dos súbitos relámpagos verdosos iluminaron con siniestros fulgores aquella parte del asteroide. Julia cerró un momento los ojos, deslumbrada por los fogonazos, y cuando los abrió, pudo ver que los cazas siderales habían desaparecido, desintegrados por el choque contra ellos de sus propias cámaras de televisión, al estallar las baterías de carga nuclear que las alimentaban y propagarse la explosión a los motores de las espacionaves. Luego, ella miro con asombrados ojos a Henry, que continuaba todavía de rodillas, manipulando en los aparatos.

Rióse éste, visiblemente complacido:

- De algo me han de servir mis estudios complementarios de electrónica, Julia. Sin ser un genio en la materia, me ha bastado

invertir un par de circuitos para imponerme a la energía de nuestros perseguidores y hacer que sus propias cámaras se estrellasen contra ellos, destruyéndolos. ¿Qué le parece mi invento?

- Ha tenido usted una idea felicísima -aprobó la muchacha, sonriéndole satisfecha.

- Si. Y ahora tengo otra, Julia. Vamos a ver qué es lo que ha sido de nuestro vehículo. De todas formas, como no sabemos lo que nos puede ocurrir, tome esta pistola. Yo llevaré la otra.

Echaron a andar. En pocos minutos recorrieron la corta distancia que les separaba de la parte interior de Korah, que ahora era, en la posición en que se encontraban, la parte superior, y Henry exclamó:

- Lo que yo me temía. Lo primero que hicieron fue destruir nuestro aparato. Vamos a pasar unos días difíciles, Julia.

Ella iba a contestarle, pero en aquel momento oyeron una voz a sus espaldas:

- Eso mismo creo yo, doctora. No se muevan. Los tenemos encañonados. Suelten sus pistolas y vuélvanse con precaución.

Obedecieron Henry y Julia. Cuando hubieron acabado el movimiento pudieron advertir medía docena de humanoides que los contemplaban sin ninguna expresión. ¡Y en cada mano había una pistola desintegrante que los encañonaba amenazadoramente!

Henry y Julia obedeciendo, alzaron las manos.

IV

Los seis humanoides empuñaban decididamente sus armas y Henry comprendió que no tenían escapatoria posible. Renunció a averiguar el modo con que aquellos tipos hablan logrado engañarles, pero el que parecía mandar el grupo habló, comprendiendo lo que pensaba el profesor:

- Ha sido sencillo. Usted esta pidiéndonos una aclaración acerca de la manera en que hemos llegado hasta el asteroide. Si no hubiéramos

sabido que usted tiene una inteligencia privilegiada, hubiéramos llegado hasta aquí del modo normal: en nuestras naves del espacio. Pero viendo que dos de ellas han sido destruidas, pensamos que lo mejor era alejarnos prudentemente y luego dirigirnos hacia aquí con nuestros reactores individuales. Con nuestros televisores de pulsera supimos de sus pasos, uno por uno, y hemos logrado sorprenderles al fin.

- ¿Qué van a hacer con nosotros ahora? -dijo Henry, atrayendo hacia sí, en instintivo ademán protector a Julia, que se refugió en sus brazos.

- Se ha de cumplir la sentencia dictada, profesor. Debéis ir a la Luna -y al decir esto, señaló al satélite principal de la Tierra, flotando en el espacio, a ciento ochenta mil kilómetros de distancia- a trabajar en las minas de "zillio".

- Está bien -suspiró Henry-. Supongo que tal será la única solución que nos queda.

Aquello tranquilizó a los humanoides. Guardaron, a imitación del jefe de su patrulla, las pistolas desintegrantes y ese fue el momento elegido por Henry para entrar una vez mas en acción.

Su pistola y la de Julia habían sido arrojadas a un par de pasos de distancia. Pero el profesor no pensó en cogerlas. No hubiera llegado con tiempo. En lugar de ello cogió un pesado fragmento de roca, a pesar de ser muy grande, y con fulmínea rapidez lo arrojó contra el grupo de sicarios que estaban a una docena escasa de metros de la pareja.

A tan corta distancia no podía fallar el golpe. Por otra parte, siendo aquel asteroide de tan extraordinaria densidad, necesariamente un fragmento de roca de aquella índole, a pesar de que no era mayor que un guijarro de río, era algo que pesaba doce o quince quilos y, en consecuencia, el pedrusco voló zumbando en la atmósfera de Korah hacia el cráneo de un humanoide, que desapareció, dejando un cuerpo sin cabeza, con seco estallido.

Entre tanto, Julia, contrariamente a lo ocurrido en anteriores ocasiones, no se estuvo quieta. Se abalanzó sobre las pistolas desintegrantes de que habían sido desprovistos y tomando una de ellas, mientras que Henry cogía otro pedrusco, comenzó a utilizarla.

Tableteó el arma, haciendo restallar la atmósfera con sus secas detonaciones, tan semejantes a un latigazo, y dos "super-robots"

desaparecieron fulminados, en medio de dos nubecillas verdosas, sin dejar otro rastro que unas pocas cenizas obscuras, aventadas inmediatamente en el fragor de la lucha que se entabló, cuando Henry, despreciando todo peligro, se abalanzo sobre los tres humanoides que quedaban.

En la confusión que se había producido, los seres-máquinas dudaron en sacar sus armas, para no causarse devastadores efectos entre sí, de lo que se aprovechó Henry para mezclarse entre ellos y comenzar a repartir golpes a diestro y siniestro, procurando desarmar a los humanoides, que le replicaban de la misma forma, impotentes en aquella lucha cuerpo a cuerpo para usar sus fatídicas pistolas.

Henry usó su táctica de costumbre con aquellos humanoides y con la única que se podía luchar con ventaja con ellos: pensar en uno y golpear inesperadamente a otro. Uno de los robots salió despedido a un lado, dando traspiés, al recibir un magnífico derechazo en el artificial mentón, y Julia no desaprovechó la ocasión: disparó y la maquina seminumana desapareció desintegrada.

Ya sólo quedaban dos de aquellos servidores del Dueño de la Tierra y otro de ellos también cayó al suelo. Antes de que pudiera ponerse en pie un furioso puntapié de Henry le destrozó la cabeza, dejándolo inmóvil en medio de un montón de resortes y lamparas rotas.

El último superviviente se arrojó, felizmente, sobre la espalda del profesor, que se inclinó, volteando al humanoide, pero este, ágil como un gato, respondió con un uno-dos que dobló, con un gesto de agonía, en las facciones al profesor. Retrocedió éste, buscando el aire que le faltaba, cubriéndose el rostro, como podía, ante la lluvia de puñetazos que le soltaba su rival y tropezando con una piedra, cayó de espaldas.

Julia lanzó un grito de angustia al ver el pie del humanoide alzarse sobre la cabeza del profesor, no atreviéndose a usar su pistola por temor a que sus mortíferos efectos le alcanzaran al estar tan próximos el uno del otro. Pero Henry, dándose cuenta del peligro que corría si aquella pesada extremidad caía sobre su cara, se ladeo desesperadamente, al mismo tiempo que, asiendo el tobillo de su contrincante, se lo retorció. haciéndole perder el equilibrio y derribándolo al suelo.

Sin embargo, si Henry se levantó rapidísimamente, su rival le fue a la zaga y, se arrojó contra el profesor, volteando terrorificamente sus cerrados puños. Este esquivó y lanzó su mano derecha hacia adelante alcanzando en el vientre al humanoide, haciéndolo doblarse y luego,

levantándolo en vilo al darle en la mandíbula.

El "super-robot" cayó hacia atrás, pesadamente, tardando en reaccionar, haciendo que Julia pensara si le habría destrozado alguna lámpara, pero decidido a terminar con el, se inclinó cogiendo un guijarro y alzándolo sobre su cabeza, dispuesto a estrellarlo contra la del robot.

Pero apenas había realizado este movimiento, apenas su brazo hacia llegado al máximo de su longitud, cuando algo detuvo a Henry, paralizándolo por el asombro, haciendo que los ojos de Julia se dilataran por la sorpresa recibida, sorpresa mayúscula que los dejo estupefactos, inmóviles.

- ¡Por el amor de Dios, profesor! ¡No me mate! ¡Tenga compasión de mi!

- El trozo de roca se le cayó de la mano a Henry al oír estas palabras. Decidido a terminar con su antagonista, sabiendo que sólo destruyéndolo podría acabar con su ilimitada resistencia, nunca espero oír de unos labios infrahumanos aquellas palabras que sólo un ser dotado de alma podía decir.

Julia se acercó a Henry, sin dejar de empuñar la pistola atómica con la que encañonó al caído, que continuaba pidiendo gracia, y murmuro;

- ¡Es increíble, Henry! ¡Es la primera vez que oigo a un humanoide hablar de esta forma!

El profesor reaccionó rápidamente, cogiendo de nuevo la piedra que había dejado caer.

- Es una añagaza mas del usurpador. Esta máquina esta conectada directamente con el, y por eso nos pide que le perdonemos: para traicionarnos a la primera ocasión que tengamos. ¡Pero no me dejaré seducir por estas palabras! ¡Lo destruiré y...!

De nuevo volvió a oírse la voz del caído, aumentando todavía mas, si aquello era posible, el estupor infinito de la pareja:

- ¡Profesor, le suplico me perdone la vida!

- ¿Qué vida? ¡Tú no tienes vida! Eres una máquina, un conjunto de lámparas, palancas, tornillos y resortes, y voy la acabar contigo ahora mismo.

- ¡No! ¡No! -gritó aterrorizado el ser aquél, y en su voz había trémolos de angustia que nunca oyeran Henry nl Julia en labios de un ser construido por la mano del amo de la Tierra-, ¡Soy un hombre! ¡No soy un robot!

Henry y Julia se miraron, incrédulos. No era posible aquello. ¿Cómo iba a ser un hombre aquella cosa, de peladas cejas, de cráneo mondo, de helada mirada? Sus manos sin vello en el dorso, su antebrazo también absolutamente liso, denotaban al humanoide típico.

- ¡No te creo! ¡Tú eres de un orden superior! Sabe Dios qué nueva invención habrá hecho ese que aterroriza nuestro Planeta con sus despiadadas órdenes.

- Soy un hombre. No soy un humanoide -repitió tozudamente el otro, todavía en el suelo.

- Demuéstranos que eres un hombre y no una máquina- dijo Henry, dispuesto a conceder una oportunidad a su enemigo.

- ¿Me dejáis levantar?-preguntó el caído.

- Déme la pistola, Julia -pidió Henry, y luego se dirigió al otro:- Hombre o robot, ten en cuenta que al menor movimiento sospechoso, te desintegro.

- Está bien -accedió el caído, incorporándose-. ¿Qué prueba quieres de que no soy una máquina, sino un ser como tú, de carne y hueso, con alma?

Meditó unos instantes Henry y al fin su rostro se iluminó, creyendo haber hallado la solución. Dijo:

- Julia, busque en el suelo una piedra afilada.

Hizo la muchacha lo que le pedían, en tanto que Henry y su enemigo se miraban fijamente, sin dejar el primero de apuntar con su pistola, decidido a oprimir el gatillo a la menor señal de alarma. Julia volvió por fin, tras una corta búsqueda, y dijo:

- Creo que ésta servirá, Henry. ¿Qué se propone hacer?

- Ahora lo verá. Lo primero que hay que hacer es quitarle el televisor de control individual. Dámelo. -ordenó al ser que estaba allí expectante y que obedeció sin decir palabra. Luego Henry dijo:- Julia, hágale una incisión en el antebrazo. Así veremos si tiene sangre o

tornillos.

El otro, comprendiendo lo que de él se pedía, alargó el brazo sin vacilar y Julia, en un rápido movimiento hirió la carne con la arista afilada de la roca. Una línea rojiza apareció en el antebrazo del hombre, de la que brotaron luego, cayendo al suelo, algunas gotas de sangre.

- ¡Es verdad! -dijo la muchacha, estupefacta-. ¡Es un hombre!

- Sí. Soy un hombre —dijo el otro con orgullo.

Henry lo miro con expresión entre compasiva y despreciativa, diciéndole:

- Y siendo un hombre, ¿te has prestado a esa indigna comedia? ¿Cómo has podido caer tan bajo?

El otro inclinó la frente, apesadumbrado, sin contestar por el momento. Luego, enderezándose en un brusco movimiento que hizo que Henry oprimiera con fuerza la culata de su arma, dispuesto a cualquier evento, se desprendió de aquella máscara de substancia plástica que tanto parecía piel humana y ante los asombradísimos ojos de Henry y Julia apareció el rostro de un hombre de mediana edad, apenas rebasada la cuarentena, pero de agradables facciones, en las que se reflejaba el horror que sentía por verse obligado a aquel fingimiento.

- Espero que ahora creeréis mis palabras -dijo sencillamente.

- ¿Cómo es que llevas ese disfraz que te da aspecto de humanoide? -Inquirió Henry, sin salir todavía de su asombro- ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

- Esas preguntas merecen una explicación, profesor -repuso el interrogado-. Me llamo Andrew Bedell y soy, o era, porque me costará la vida cuando el Dueño del Planeta se entere de mi defección, capitán de los aparatos de la vigilancia sideral. Pero han de saber que no soy yo sólo el único que anda por nuestra Tierra con aspecto de "super-robot": hay miles, confundiéndose con los verdaderos humanoides.

- ¿Cómo puede ser eso, Bedell? -quiso saber Henry, dudando todavía de la espantosa afirmación de su oponente-. ¿Cómo es que hay miserables que se prestan a colaborar voluntariamente con el Traidor?

- Hay muchos en mi caso: obligados a la fuerza -respondió Bedell-.

Otros impulsados por su codicia y falta de escrúpulos. Éstos son los peores y los que mejor defenderían al tirano en caso de una sublevación. Perderían todas las ventajas de que ahora disfrutan, además de la vida y son los que más enconadamente lucharían. Los otros... como yo, sólo estamos esperando la ocasión. Pero desesperamos de ello. Hace ya más de doscientos años que un solo hombre domina el globo tiránicamente y todavía no se ha hallado la forma de derrocarlo.

- Eso es cierto -admitió Henry-. Pero, ciñéndonos a su caso particular, ¿qué motivos tuvo usted para unirse a las fuerzas del opresor?

- Mi esposa -contestó Bedell simplemente, y una sombra de amargura cruzó por los ojos del ex humanoide, lo que le hizo ganar en simpatía la los de Julia, que sintió al momento una gran compasión por él-. Yo era un oficial de las fuerzas siderales y no he de decir que odiaba al Dueño del Planeta, pero tampoco simpatizaba con él. En una palabra, me era indiferente, Me sentía feliz con mi esposa, Inma, y ésta conmigo. Inma trabajaba en los laboratorios alimenticios y un día se le escapó una frase ofensiva, lo que motivó que la juzgaran y la condenaran a las minas de "zillio". Tuve que rogar por ella de rodillas, y al fin, mis súplicas llegaron a oídos del que dice que nos gobierna, el cual, después de llamarme a su presencia, me dijo que la vida de Inma dependía de mi complacencia para con él. Hube, pues, de entrar a su servicio, y disfrazarme de humanoide, en tanto que Inma esta prisionera allá abajo, en la Ciudad, en el edificio del Dueño.

- ¿Qué hace allí? -preguntó Julia curiosa.

- No lo sé, ésa es la verdad. Una vez al mes se me permite que la hable durante cinco minutos por un televisor. Inma me dice que esta siempre bien, que no le pasa nada, y que tenga ánimos para esperar los diez años de separación que se nos impuso como castigo.

- ¡Oh! -exclamó horrorizada Julia-. ¿Hace mucho tiempo que empezó la sanción?

- Estamos terminando el tercer año. Nos quedan siete. No sé si podré resistirlo -dijo Bedell, mostrando claramente en sus facciones el desaliento y la desesperanza-. Ojalá muriera ese Syrr.

- ¿Syrr? ¿Quién es ese Syrr? -preguntaron Henry y Julia al unísono, extrañadisimos.- Es el que se llama, a si mismo Dueño del Planeta. Ése es el nombre con que le conocemos nosotros, nombre que no llega a los dema. Principalmente es el nombre que sirve de clave a las

transmisiones.

- Bien, Bedell -dijo Henry-. Ahora ya es usted, como nosotros dos, un proscrito. Su televisor está destrozado y en los registros se habrá registrado su defección. ¿Qué es lo que harán con usted en cuanto le echen la zarpa encima?

- ¿Qué opina usted, profesor? -sonrió el interpelado-. ¿Olvida, acaso, que hay unos artefactos llamados cámaras de desintegración?

- No -sonrió Henry-. No lo he olvidado. Ni quiero que usted lo olvide. Precisamente porque ese sera su fin y el nuestro, quiero que luche a, nuestro lado, Bedell. Debemos empezar inmediatamente la acción contra Syrr. ¿Que le parece?

- Siempre será mejor morir que vivir en estas condiciones. Personalmente no se si resistiría una semana mas sin poder estar junto a mi esposa.

Henry alargo su mano, que Bedell estrechó efusivamente. Dijo el primero:

-Sólo somos tres, pero constituiremos la vanguardia de la sublevación. Tenemos que elaborar un pian. ¿Tiene usted una idea, Bedell?

Miró este en su torno, pensativamente, y al fin creyó hallar la solución.

- Ustedes dos pueden tomar la envoltura de dos de estos destrozados humanoides. Podemos hacernos pasar por ellos y en el momento oportuno hacer prisionero a Syrr ¿Qué le parece, profesor Blakely?

- En principio me parece bien. ¿No nos pondrán obstáculos al entrar en el edificio? -objetó Henry, ante la ansiosa atención de Julia.

- No lo creo. Los robots solo “disparan” sus circuitos electrónicos cuando se trata de personas humanas, y esto lo hacen los del Segundo Orden, que son los mas perfeccionados. Afortunadamente, todavía están en construcción, y no abundan, ni muchísimo menos, como los del Primer Orden, Creo que pasaremos entre ellos sin ninguna novedad -dijo Bedell.

- Esto me parece de perlas -asintió Henry-. Pero yo no he estado mas que una vez en el edificio en que vive Syrr y no conozco bien su topografía. ¿Es accesible su cámara?

- Siempre esta guardada por humanoides del Segundo Orden. Incluso creo que esta tratando de poner en marcha el Tercer Orden, humanoides todavía más perfeccionados, que substituirían a los anteriores.

- Eso sería una catástrofe horrorosa para la Humanidad -dijo Henry, pensativo-. ¿No podríamos llegar nosotros a tiempo antes de que soltase a esas fieras sobre la superficie del globo? Porque supongo que si consigue fabricar robots del Tercer Orden, ya no habrá quien le ponga la mano encima.

Veremos a ver si podemos nosotros hacerlo, aun no teniendo por delante mas que dos tipos de máquinas semihumanas -sonrió Bedell-. Pero en lo que a mi respecta, estoy absolutamente decidido ha hacerlo.

- Creo que un ataque por sorpresa sería una manera fácil, relativamente se entiende, de deshacernos de Syrr -dijo Henry-. De todas formas no estaría de más que nos ayudase alguien. Pero ese alguien tiene que ser persona de absoluta confianza.

- Aguarde un momento -meditó Bedell, y durante un minuto se sumió en sus pensamientos, exclamando al iluminársele el rostro-. ¡Sí., ya lo tengo! ¿Como no habré pensado antes en el hermano de mi mujer?

- ¿Qué hace el hermano de su esposa? -preguntó Henry.

- Es técnico nuclear y esta en la sección que fabrica los motorcitos atómicos para los humanoides. Esta sección es secreta y esta en el mismo edificio.

- ¡Espléndido! -aprobó entusiasmado Henry-. ¿Qué le parece, Julia?

- Por mi parte, encantada. Parece que todo lo hacen ustedes sin contar conmigo, pero es que ya dan por supuesta mi aprobación, ¿no es así? -sonrió la muchacha.

Por toda respuesta, Henry le rodeo los hombros con su brazo, atrayéndola hacía sí y, olvidándose de que tenían un testigo delante, mirándola intensamente al fondo de las azuladas pupilas, le dijo en tono tal que la hizo sonrojarse deliciosamente:

- Un día de estos le voy a pedir una cosa, Julia. Escasamente la conozco hace veinticuatro horas y ya me parece que esta en mi vida desde hace mucho tiempo.

- ¿Si, Henry? -inquirió ella con coquetería, pero un carraspeo súbito interrumpió la escena, y la pareja, en su interior, comenzó a pensar cosas muy poco agradables de aquel inoportuno testigo.

Henry volvió al terreno de las realidades y preguntó:

- Bien, ¿y qué hacemos ahora, amigo Bedell? ¿Cómo nos las apañamos para regresar a la Tierra?

- En el Polo sur de Korah, es decir, en la parte opuesta, porque siempre, estemos donde estemos, el Polo sur ha de ser el sitio contrario a aquel en que nos encontremos actualmente, están las escafandras y los propulsores individuales. Con ellos podremos alcanzar velocidades de cincuenta mil kilómetros a la hora, de modo que antes de cuatro, podemos estar en la Ciudad.

- Antes tendremos que colocamos esos disfraces, ¿no es así, Bedell? -dijo Henry.

- Si. Tenemos que trabajar antes un buen rato. Nos llevara tiempo el hacerlo.

- Aquí nos sobra -sonrío Henry-. Es una cosa barata.

- Interrumpiendo la conversación -dijo Julia-, me gustaría saber si nuestro amigo Bedell lleva alguna tableta de alimento concentrado. No es una cosa que me agrade mucho, pero en las actuales circunstancias creo que no tengo otra solución. Y aun a riesgo de parecer terriblemente prosaica, he de confesar que estoy muerta de hambre.

- ¡Pues es verdad! -dijo Henry, sonriendo-. Igual me pasa a mí. Lo que ocurre es que con todos estos líos nos habíamos olvidado de una cosa tan importante como es el alimentarnos.

- Aquí tienen ustedes -dijo Bedell, extrayendo de un disimulado bolsillo una pequeña cajita y alargándosela-. Un comprimido equivale la un kilo de pollo.

- Lo que yo daría por medio pollo auténtico -suspiró Henry, haciendo que sus compañeros se echaran a reír e imitándoles él también. Luego de haberse tragado las tabletas, dijo:- Manos a la obra, Bedell. ¡No hay tiempo de hacer la sobremesa!

V

Bedell fue de Henry a Julia y de ésta al profesor, repasando sus escafandras y propulsores individuales. Se aseguró de que todo estaba en orden y luego se colocó su cúpula transparente, cerréndola herméticamente y abriendo el paso de oxígeno. Conectó su transmisor de radio y les preguntó:

- ¿Todo bien?

Asintieron Henry y Julia y ésta no pudo contenerse al ver la estrafalaria facha que ofrecían, sobre todo en la lisa cabeza, cubierta por el material plástico semejante a la carne de que estaba construida la envoltura externa de los humanoides. También rió Henry al ver a Julia, o mejor dicho, una cara inexpresiva en su lugar, en la que el azul de los ojos estaban substituidos por las placas transparentes incoloras que reemplazaban a las pupilas humanas en los robots y que servían de "ojos" de sus diminutas cámaras televisoras.

- Ahora usaremos la onda de corta distancia -dijo Bedell, manipulando en una especie de cuadro de mandos que llevaba en el cinturón del traje de presión que les serviría para desafiar los fríos espaciales-: No conviene que nos separemos mas de cinco metros cada uno, porque el alcance de la onda es de quince o veinte todo lo mas, y usar la otra podría sernos perjudicial ¿Entendido?

Asintió la pareja y continuó Bedell:

- Espero que recuerden mis instrucciones para el manejo del propulsor individual. Obedezcan en todo momento mis órdenes y recuerden que si nos cruzamos con alguna patrulla sideral, o bien allá abajo en la Tierra con algún vigilante, debo ser yo quien hable.

Julia se llevó la enguantada mano derecha a la escafandra, saludando:

- ¡A la orden, jefe! ¿Vamos?

- En marcha -dijo Bedell, y los tres, suavemente al principio, acelerando después, comenzaron a elevarse de aquel minúsculo pedazo de roca perdido en las inmensidades siderales, a ciento noventa mil kilómetros de la Tierra. En unos minutos salieron de la atmósfera de Korah y pronto lo perdieron de vista, encaminándose

hacia el Planeta, que brillaba en el firmamento, dando la sensación a los tres viajeros del espacio de estar cayendo hacia él, a la espantosa velocidad de cincuenta mil kilómetros a la hora, adquirida gradualmente, para evitar desastrosos efectos en sus organismos.

No sentían nada. De no ser porque, mirando al globo terráqueo de vez en cuando, notaban un ligero aumento de su circunferencia, hubieran dicho que estaban inmóviles en el espacio, negro absolutamente, tachonado por millones y millones de puntitos luminosos, suspendidos en la bóveda celeste por la Divina Mecánica. pareciendo como si aquel infinito silencio que los rodeaba fuera una cosa tangible, "oyéndose", por decir así, sus notas de maravillosa armonía, notas que existían desde el principio de los siglos.

Pasó una hora, durante cuyo tiempo la Tierra aumentó notablemente su tamaño. Todavía era un disco verdeplata. que brillaba intensamente, reflejando la luz del Sol que estaba casi a las espaldas de los tres viajeros siderales. Aún habría de pasar algo más de tiempo para que se distinguieran con mayor claridad los continentes de los océanos, puesto que aquella enorme distancia, casi ciento cincuenta mil kilómetros apenas era perceptible la diferencia entre la tierra y el agua.

Treinta minutos mas pasaron, y repentinamente, en el pequeño tablero de mandos de los cinturones de las escafandras, parpadearon sendas lucecitas verdosas, encendiéndose y apagándose intermitente y rápidamente.

Bedell se llevó el índice al lugar en que en la esfera de plástico transparente ocuparían sus labios, en señal de que se callaran sus compañeros y éstos, mudamente, asintieron, viendo que la luz verde respectiva aumentaba sus parpadeos, como si el que llamara estuviera irritado.

Por los auriculares del traje de presión, escucharon Henry y Julia las frases que se cruzaron a través del espacio entre Bedell y su invisible interlocutor.

- ¿Quiénes sois? -dijo la voz-. Identificaos.

- Supervivientes de la patrulla sideral WW-30-41. Fuimos a capturar a dos rebeldes en el asteroide Korah.

- ¿Quiénes eran esos dos rebeldes?

Henry y Julia oyeron la voz de Bedell transmitiendo en corta

distancia:

- ¡Sus número de identificación! ¡Pronto!

Se los dieron Henry y Julia, y Bedell contestó rápidamente:

- Número 365 H D. B.-4450 y número 1.867 J . D.-9950.

- ¿Nombres? -preguntó la voz secamente.

- Profesor Henry D. Blakely y doctora Julia Dorker. Están eliminados. Prefirieron morir antes de rendirse.

- ¿Cómo es que vuelan con trajes de presión a través del espacio? ¿Y sus astrocohetes?

- Fueron destruidos por los rebeldes. Invirtieron los circuitos de nuestras cámaras visoras telecomandadas y las estrellaron contra nuestras naves. Pero antes, nosotros tres habíamos logrado desembarcar en Korah y pudimos matarlos.

- Está bien -replicó aquel interlocutor de Bedell-. Voy a recogerles. Viren 60º de la dirección que llevan. Dentro de diez minutos nos encontraremos en el espacio y les conduciré a la Tierra.

Henry y Julia se miraron y luego miraron a Bedell, como interrogándole sobre lo que debían hacer. Éste les dijo por onda de corto alcance:

- Sigamos caminando en la dirección que los indican. Resistirnos ahora sería peligroso. Los cogeremos por sorpresa y los destruiremos. De no hacer caso a esa orden, seríamos nosotros quienes caeríamos fulminados por un rayo telegamma.

- ¿Habrá muchos en la nave? -preguntó Henry.

- No mas de tres, con toda probabilidad. Si obramos rápidamente y tenemos a nuestro favor la sorpresa y el que ninguno de los humanoides conectará con nuestros cerebros ninguno de sus circuitos, antes de que puedan resistir ya estarán vencidos -replicó Bedell.

- Me parece muy bien, pero ¿no notaran en los registros de la Tierra la destrucción de sus televisores de control? -objetó Henry.

- Diremos que ha sido a causa de un accidente -contestó el otro-. A veces estalla misteriosamente, sin saberse las causas, un motorcito de los que mueven un humanoide. Si hay alguno cerca, lo destruye

también. No es frecuente: a veces pasan años sin que ocurra un accidente de esta índole, pero tampoco es extraño.

- Una última pregunta -dijo Henry-. ¿Por qué, si los robots no sienten el trío ni la necesidad de aire respirable, cuando viajan por los espacios siderales, llevan como nosotros, trajes de presión?

- Demasiado sabe usted la baja temperatura que reina en estos parajes, profesor. Se congelarían instantáneamente y su maquinaria perfeccionada se detendría. En cierto modo, necesitan como nosotros de una temperatura normal. Aun menos: usted puede soportar impunemente temperaturas de quince o veinte bajo cero, con relativo poco abrigo. Para ellos es la paralización absoluta por congelación. Pero ahí está el cohete. Cuidado y déjenme obrar a mi.

- Entendido. Yo le seguiré -dijo Henry y notó que algo le tocaba. Se volvió y advirtió a Julia a su lado, cogiéndole una mano a través de los guantes impermeables, mirándole con ternura. El correspondió, oprimiendo la mano de ella y sonriéndole, como para darle ánimos, sin pronunciar palabra, guardando todas sus energías para la lucha que dentro de pocos momentos emprenderían.

La nave del espacio fue agrandándose al acercarse. Brillaba el metal herido por los rayos del sol, y en su popa se veían las cinco llamitas de las cinco toberas de escape, situadas en cruz, de las cuales la central servía para la impulsión principal y las cuatro restantes, instaladas en lo que parecían ser unas gruesas aletas, servían para la dirección de la nave en cualquier sentido. Fabricada principalmente a base de "zillio", sobre todo en la proa, no se veía ninguna cosa de su interior, pero los tres intrépidos navegantes sabían que unas diminutas cámaras de televisión, en forma de ojos humanos, espiaban todos y cada uno de sus movimientos. Afortunadamente, y como había dicho muy bien Bedell, los humanoides que la tripulaban estaban convencidos de que eran unos seres similares a ellos los que se acercaban. De haber conectado un solo circuito electrónico con el cerebro de uno de los tres viajeros, el resultado hubiera sido una descarga de rayos telegamma que los hubiera aniquilado en una fracción de segundo.

La nave era pequeña, del modelo para seis plazas, pero aún así resultaba enorme, a causa del espacio que ocupaba la maquinaria propulsora. Con naves como aquella se alcanzaban velocidades del orden de los trescientos mil kilómetros a la hora, varias veces más que con los propulsores individuales. Henry, Julia y Bedell se aproximaron a uno de los costados de la astronave patrullera y una puerta se abrió.

La puerta se cerró inmediatamente que los tres amigos entraron en la cámara de presión, y automáticamente el aire respirable llenó el vacío. Se despojaron de la cáscara transparente de las escafandras y aguardaron a que la otra puerta se abriera, dando paso al interior de la astronave.

Henry fue el primero en entrar y el primero en arrojarse a la lucha. Los robots que pilotaban la nave patrullera del espacio fueron sorprendidos de momento, puesto que sus circuitos no les habían dicho que se trataba de hombres y no seres idénticos a ellos los que les estaban asaltando. De un soberbio puñetazo, el profesor arrojó contra un mamparo al humanoide que le había tocado en suerte, volviéndose a echar sobre él en el preciso momento en que el inhumano ser cogía su pistola desintegradora.

El brusco tirón que diera Henry a la muñeca de su oponente, retorciéndosela al mismo tiempo, hizo que este quedara desarmado y luego, antes de que reaccionara, asiendo el arma por el larguísimo cañón, descargó la pesada culata sobre su cabeza, destrozándosela, con lo que la máquina con aspecto de hombre cayó como un saco lleno de tornillos y resortes desvencijados.

Seguro ya de que nada tenía que temer por aquel lado, Henry volvió la vista y vio dos luchas empeñadas, con distintos signos: una, de equilibrio, la que sostenía Bedell y otro "super-robot", y la segunda, la de Julia con el tercer humanoide, en la que la muchacha se asía con sus dos manos, y con todas sus fuerzas a la muñeca de su contrincante, tratando de impedir que desenfundara su arma, con la que le decían sus electrónicos circuitos debía matar a aquellos asaltantes enemigos de Syrr.

El primer golpe que asestara Henry contra el rival de Julia, resultó fallido, porque fue ejecutado en el preciso momento en que el humanoide realizaba un imprevisto movimiento, por lo que la culata de la desintegradora resbaló sobre el cráneo, golpeándole inofensivamente el hombro. El humanoide, al sentirse atacado por otro enemigo, sin apenas volverse, lanzó de revés y hacia atrás su mano izquierda en violentísimo ademán, alcanzando a Henry en pleno estómago y curvado sobre si mismo, lo arrojó hacia atrás, haciendo que el profesor perdiera casi el conocimiento de lo que le rodeaba.

El robot con otro golpe de su terrible mano izquierda y que gracias a que Julia esquivó instintivamente no le causó graves daños, se desasió de esta y despreciando el peligro que podía ofrecerle la doctora, informándole sus circuitos que el profesor era mucho más enemigo,

dejó a la muchacha caída en el suelo y se volvió hacia Henry, que luchaba por recuperar el conocimiento, que se le había ido a medias.

De no intervenir Julia tan oportunamente, otro hubiera sido el destino de Henry, sentado en el suelo, aspirando aire penosamente, tratando de incorporarse a la lucha, pero sin que sus músculos lograran obedecer las órdenes que les dictaba su cerebro. Y en cuanto al humanoide, con fallo propio de máquina, desdeñando a la muchacha, se arrojó sobre Henry, desenfundando su pistola desintegradora.

Pero sufrió un inesperado revés: Julia, caída en el suelo, alargó inopinadamente su pie y el robot, como ya le ocurriera anteriormente a un compañero suyo, perdió el equilibrio, escapándosele el arma de la mano, que resbaló hasta el lugar en que se encontraba Henry, el cual, todavía sin darse mucha cuenta de lo que hacia, asió el arma y en el momento en que el humanoide caía a medio metro de él, estiró su brazo, descargando un par de golpes sobre aquel artificial cráneo, cuya cubierta se hundió en medio de un estrépito de vidrios rotos de las lamparas destrozadas.

Sólo quedaba un humanoide, y la lucha que sostenía con Bedell comenzaba a serle favorable. Una de las manos del mecánico ser tocó con el cuello del capitán y éste sin poderlo evitar pensó lo que seria de él si aquellas manos se le ceñían a la garganta. En consecuencia, tal pensamiento impresionó los circuitos del humanoide, indicándole lo mas ventajoso para el y comenzó a apretar, haciendo que los ojos de Bedell comenzaran a salirse de sus órbitas.

Quiso gritar, pero no le fue posible. Aquellas manos le aterraban como una argolla acerada, sin posibilidad alguna de librarse de su mortífero lazo, y el capitán comenzó a sentir la falta de aire en sus pulmones, al mismo tiempo que una niebla rojiza invadía sus pupilas.

Pero súbitamente, en el momento en que Bedell, pataleando espantosamente, tratando inútilmente, solo con el instinto de supervivencia, desasirse de aquella fatídica presión, Bedell sintió que cesaba, las manos se soltaban y luego un enorme peso cayó sobre él, sofocándole, en tanto que a sus tímpanos llegaba el característico ruido de un cráneo humanoide al ser triturado por la culata de una desintegradora. Y, a continuación, el ya inanimado ser mecánico fue arrojado a un lado y Bedell sintió que unos brazos le ayudaban a ponerle en pie, conduciéndole a una de las literas anti-choque.

- ¡Santo Dios! -exclamó todavía con vivos dolores en la garganta-. ¡Creí que esa bestia me mataba! ¡Si no llega a ser por ustedes, no lo

cuento!

- Llegamos oportunamente, esa es la verdad -le sonrió Henry, inclinado sobre él-. Pero ahora descanse. Luego veremos lo que tenemos que hacer.

Seguido de Julia, Henry se fue a la parte delantera de la cabina, en donde estaban los cuadros de mando. Se sentó ante ellos, teniendo a la muchacha a su derecha, y tras oprimirle suavemente la mano, conectó el televisor directo, provisto de telescopio.

En la pantalla apareció la Tierra a ciento cincuenta mil kilómetros de distancia, girando lentísimamente, pero en perceptible movimiento a aquella distancia, en medio de la inmensidad del espacio, brillando con casi cegadora claridad, reflejando la luz solar. Henry sonrió melancólicamente, contemplando el Planeta y exclamó:

- ¿Cuánto podremos vivir allá abajo felices? No sabemos nada de otros mundos habitados. Ni siquiera sabemos que los haya. Pero de estar seguro de su existencia, le juro a usted, Julia, que pondría rumbo hacia allá y no volvería jamás a nuestro Globo.

- Olvida usted que estamos empeñados en una lucha contra Syrr -dijo ella-. Olvida usted los millones y millones, cientos de millones de seres que malviven oprimidos por ese Syrr, que se dice a si mismo benefactor de la Humanidad y que no es mas que un megalómano ávido de poder.

- Tiene usted razón, Julia -exclamó el profesor, pasándose la mano por los ojos, como tratando de alejar aquella visión de dicha de los mismos-. Nos hemos confiado a nosotros mismos una misión y...

- ¿Qué es esto? -señaló inopinadamente la muchacha, indicando un puntito luminoso en la pantalla, interrumpiendo las palabras de Henry,

- ¡A ver! -exclamó éste, inclinándose sobre el deslustrado cristal-. No es un punto, sino dos... tres... seis. ¡Bedell! ¿Está usted en condiciones de incorporarse? ¡Venga si puede, por favor!

Obedeció el aludido y tras contemplar reflexivamente los puntitos luminosos, dijo:

- Mueva el botón de aproximación telescópica. profesor. Así sabremos con certeza qué clase de objetos son, aunque ya me supongo lo que pueden ser.

Los puntitos luminosos estaban a un lado a la izquierda de la pantalla, teniendo al lado opuesto al globo terráqueo, pareciendo inmóviles. Pero al ser aproximados en el visor, pudieron ser identificados fácilmente y las palabras de Bedell cayeron dramáticas en el pesado silencio que, con la expectación había invadido el interior de la espacionave.

- ¡Una patrulla sideral enviada en nuestra busca!

- ¿Usted cree...? -preguntó a medias Henry.

- No puede ser otra cosa, profesor. Una patrulla corriente constaría de dos, tres astronaves a lo sumo, nunca media docena. En las raras ocasiones que se emplean han sido en expediciones de índole semejante a la de ahora.

- Bien -dijo calmosamente Henry-. Convendría disponemos para la defensa. Pero en primer lugar, Bedell, conecte el radar y averigüe la distancia que nos separa de nuestros enemigos.

Así lo hizo el capitán, exclamando al momento:

- Todavía están a ochenta mil kilómetros, profesor.

- Poco más o menos la circunferencia de la Tierra -dijo este pensativamente- ¿Qué velocidad alcanzan tales aparatos?

- Trescientos mil a la hora, profesor.

- Es decir que si ahora nosotros les volvemos la espalda y nos lanzamos a los espacios siderales, ellos nos seguirán, pero como las velocidades son las mismas y estos aparatos son dificilísimos, por no decir imposibles, de estropear, resultaría que estaríamos siendo perseguidos hasta el fin de nuestros días, ¿no es así, Bedell?

- Usted lo ha dicho, profesor -asintió el interpelado.

- Consecuentemente, tendremos que hacer bueno el refrán de que la mejor defensa es un buen ataque. ¿Con qué armas esta dotada la astronave? -preguntó Henry.

- Tenemos el cañón que dispara los proyectiles teledirigidos atómicos, y luego el lanzarrayos telegamma.

- ¿Están ellos provistos de igual armamento?

- Mucho me temo que si, profesor -suspiró Bedell, confirmando las

palabras de Henry, seguidas con expectante ansiedad por Julia.

El profesor calló unos momentos pensativo, contemplando silenciosamente la pantalla de radar, alternando con la telescópica. Rumió sus propias elucubraciones, buscando un medio de salir de aquel atolladero, y al fin soltó una exclamación de alegría y de júbilo que hizo dilatarse los pechos de Julia y de Bedell.

- ¡Ya está! ¡Ya lo tengo! ¡Pero qué idiota he sido! Parece mentira que lo haya tenido delante de las narices tanto tiempo y no haya sido capaz de dar con ello.

- ¿Qué es, Henry? -preguntó la muchacha, esperanzada, poniéndole la mano sobre el hombro.

- Muy sencillo: usar un procedimiento que ya he empleado con éxito destruyendo un par de naves del espacio de Syrr. ¿No recuerda usted Julia, hace unas pocas horas en Korah?

Se ilumino el rostro de la joven al comprender y sonrió.

- ¡Es cierto! -dijo-. También se me podía haber ocurrido a mi. Pero queda una cosa: ¿cómo nos defenderemos de sus rayos telegamma?

Henry miro a Bedell, como pidiéndole una solución y este se encogió de hombros:

- No lo sé, profesor. Es un problema de física superior que no es para ser resuelto en estos momentos.

- Si la nave responde bien a los mandos -dijo Henry-, yo me encargo de esquivar sus rayos.

- ¡Ojalá que así sea, profesor! De lo contrario, no llegaremos a enterarnos de que hemos muerto.

Pero en aquel momento y antes de que Henry tuviera tiempo de contestar, una lucecita verde parpadeó en el tablero de mandos insistentemente, como si el que llamara sintiera una viva impaciencia. Henry conecto el transmisor de televisión y apareció en él un rostro demasiado conocido ya, cuyos labios apenas se movieron al hablar:

- He enviado seis naves del espacio de patrulla para deteneros. O destruiros, a vuestra elección. Sé también que tenéis ahí un traidor, el capitán Andrew Bedell.

Hubo una pausa en la sibilante voz que continuó ominosamente:

- Entregadme al traidor, Henry.D. Blakely y Julia Dorker, y os prometo que vuestras vidas serán respetadas.

- Ven tú por él -respondió furioso Henry.

VI

- A trescientos mil kilómetros de velocidad a la hora, un viraje puede tener consecuencias si el cuerpo humano no está sólidamente sujeto al sillón de la cabina. El viraje debe hacerse en un radio de varios miles de kilómetros, equivaliendo al de un combate aéreo con aquellos anticuados aparatos atmosféricos de 1975, que apenas llegaban a los 5000 a la hora y que debían girar en una curva de cincuenta o sesenta kilómetros de radio. Éstas son las instrucciones que usted debe tener en cuenta, Julia -dijo Bedell, que luego alargó su mano a Henry, diciéndole-: Gracias por sus palabras, profesor. Nunca olvidaré su gesto.

- No tiene la menor importancia, Bedell. Usted se ha puesto de nuestra parte y es obligación y deber nuestro seguir adelante con usted, ocurra lo que ocurra.

- Gracias otra vez -dijo el capitán, mostrándose conmovido. Luego miró a Julia y le dijo:- Lo que debe tener en cuenta es que el proyector de rayos telegamma va instalado en la proa de las espacionaves. Por lo tanto debe evitar que se nos coloquen de frente, ¿me ha comprendido?

- Si, capitán, Es la primera vez que piloto una nave interplanetaria, pero no es mucho más difícil su manejo que uno de los automóviles que usamos allá abajo.

- Exacto -dijo Bedell, sonriendo-. Sólo que estos artefactos son muchísimo mas potentes e infinitamente mas veloces. Teniéndolo en cuenta, creo que saldremos con bien de la aventura.

- Bien -dijo Henry, echando una vez mas una mirada a las pantallas-. Creo que debemos irnos a las torretas de los cañones atómicos, ¿No le parece? El enemigo esta apenas ya a veinte mil kilómetros de distancia

y antes de cinco minutos lo tendremos encima.

Henry trepó por una escalerilla, sentándose en un sillón acolchado, y sujetándose con las correas. Luego hizo girar una pequeña manivela y la cúpula transparente en la que iba instalada la pieza proyectora de balas atómicas teledirigidas, apareció en la parte superior del fuselaje de la astronave. Movió la palanca de carga y un proyectil que luego sería dirigido por ondas de radio se introdujo en la recámara. Conectó la comunicación interior y pregunto:

- ¿Esta listo, capitán?

- Sólo falta que las naves de Syrr estén a tiro.

- ¿Julia? -inquirió simplemente Henry.

- Perfectamente -respondió la muchacha.

- No olvide que de usted dependen nuestras vidas -dijo Henry-. Tanto Bedell como yo le daremos instrucciones sobre los virajes para esquivar al enemigo. ¿Entendido?

- De acuerdo, Henry -dijo la joven decididamente.

El profesor conectó sus visores y en ellos aparecieron los seis aparatos enemigos, todavía en correcta formación, en hilera. El radar le dio la distancia: doce mil kilómetros. Antes de dos minutos estarían a punto de chocar si seguían la misma trayectoria. Llamó por el intercomunicador a la muchacha:

- Julia, remóntese verticalmente. Déle todo el gas a los motores.

- Esta bien, profesor.

El aparato navegaba velocísimamente y suavemente, en imperceptible movimiento, comenzó a ascender, sin que se notasen los efectos del viraje gracias a la amplitud del radio de la curva, magistralmente trazada por la mano de la muchacha. Y Henry encuadró una de las naves enemigas en el visor de puntería aguardando expectante unos segundos.

El aparato enemigo aumentó rápidamente de tamaño y, de repente, un rayo luminoso salió de la boca del cañón que manejaba Henry. Un proyectil átomodirigido que, a doble velocidad que la que llevaban las espacionaves, se encaminó como un rayo destructor hacia el blanco.

El enemigo se dio cuenta de la maniobra y trató desesperadamente de esquivarlo, realizando una curva en descenso, solamente posible tratándose de humanoides, puesto que de haber un hombre en su interior hubiera perecido aplastado por la terrible fuerza centrífuga, pero todo fue inútilmente. El proyectil teledirigido, visible en la pantalla que tenía Henry ante sus ojos, siguió a su presa inexorablemente y el profesor vio en el verdoso cristal deslustrado cómo los dos puntitos avanzaban el uno al encuentro del otro, chocando al fin.

Hubo un relámpago deslumbrador, de tonos amarillos y verdes que, sin necesidad de pantallas telescópicas, llenó durante una fracción de segundo aquel trozo del espacio sideral. Luego se apagó la gigantesca llama y por contraste, el cielo pareció negrísimo, en ausencia absoluta de todo color, sin que en él brillasen las estrellas. Después, los ojos de Henry recobraron la visión de las cosas, después de la momentánea ceguera que habían sufrido y alguien le llamó por el intercomunicador:

- ¡Buen golpe, Henry! -era Julia.

- Gracias. Ya tenemos un poco menos de trabajo -contestó el profesor bienhumorado, y casi instantáneamente otro fogonazo llenó con sus resplandores el espacio, pero Henry no se sintió tan deslumbrado como la vez anterior, puesto que la explosión había ocurrido en la parte inferior de la astronave.

- ¡Ya sólo quedan cuatro, profesor! -dijo la alegre voz de Bedell.

Pero en aquel momento aquél vio en su pantalla una nave enemiga que se dirigía en derechura hacia ellos, a menos de diez kilómetros de distancia, y llamó desesperadamente:

- ¡Julia, Julia! ¡Cuidado! ¡A la izquierda! ¡Se nos echa encima un aparato enemigo!

La doctora Dorker manipuló en los mandos y Henry se sintió instantáneamente aplastado por las correas de sujeción contra el sillín acolchado de la torreta de tiro. Perdió la respiración y un velo turbio se le colocó ante sus ojos, en tanto que la espacionave enemiga, antes de que pudiera hacer uso de su proyector de rayos telegamma, desaparecía de la pantalla. Luego, al cabo de unos momentos, el profesor recobró el aliento, al mismo tiempo que el aparato volvía a la posición normal, después de trazar en el espacio una inmensa curva de unos cuantos miles de kilómetros.

Pero apenas había ocurrido esto, cuando, sin necesidad de pantalla, a simple vista, Henry observó con espanto que una línea luminosa, la estela de ruego de un proyectil teledirigido, se encaminaba hacia ellos a una espantosa velocidad. No tardaría ni medio minuto en impactar contra la astronave rebelde y hacer explosión con devastadores efectos por lo que el profesor manipuló en el mando de inversión de los circuitos de radio.

Un relámpago se produjo, iluminando el interior de la torreta con su fogonazo, al pasar el proyectil a menos de doscientos metros en la curva que describió, desviado de su dirección oportunamente por Henry. Y luego, marchó fulgurantemente contra la nave que lo habla disparado, en tanto que, desde su puesto, el profesor dirigía, ya por la pantalla visora, con ambas manos en los botones de dirección, la marcha del mortífero proyectil.

La nave del espacio se desvió desesperadamente, tratando de huir de aquella Némesis vengadora que se les echaba encima, pero sus esfuerzos fueron baldíos. Se confundieron los dos cuerpos que navegaban por el firmamento a espantosas velocidades, y una bola de luz de inmenso tamaño sustituyó a los dos objetos en el lugar que ocupaban una centésima de segundo antes.

Henry pensó no sin ironía, que era un maravilloso espectáculo el que estaba presenciando en primera fila, y del que no había miedo que le destrozara los tímpanos, gracias a la ausencia de capas atmosféricas que pudieran ser conmovidas. De lo contrario se hubieran oído espantosas explosiones, aterradores truenos e indiscutiblemente la nave se hubiera visto zarandeada y arrojada de un lado a otro por la potencia de la onda explosiva.

Pero no ocurría así y los fogonazos eran completamente silenciosos. lo que aumentaba su terrorífica espectacularidad. Y luego, al cabo de un minuto, Henry, observando por las pantallas, advirtió que las tres naves supervivientes se reunían, agrupándose, como para intentar un ataque conjunto.

- Parece como si quisieran dar el asalto final -dijo Henry- ¿Las ven ustedes?

- Sí -le contestó Bedell-. Sin duda deben estar recibiendo órdenes de la Tierra para nuestra definitiva destrucción.

- Deben estar sorprendidos por nuestras respuestas -comentó Julia.

- Sin duda alguna. No se esperaban que sus propios proyectiles se

volvieran contra ellos -dijo Henry.

- En realidad ha tenido usted una magnífica idea, profesor -habló el capitán-. Creo que a nadie se le hubiera ocurrido invertir el mando de los circuitos. La lástima es que no se puede hacer lo mismo contra estas naves y lanzarlas contra el edificio en que vive Syrr.

- Sí. Sería la solución de todos nuestros problemas -dijo Henry, y a continuación exclamó-: ¡Atención! Vienen ya hacia nosotros. Se esparcen en tres direcciones para cogernos en el centro. ¡Julia!

- ¿Qué hay, Henry? -contestó la muchacha, sin el menor tono de nerviosismo en la voz.

- Ahora hay que poner mucha atención -dijo Henry-: No nos será fácil cogerles tan desprevenidos como a los anteriores. Están ya alerta y además desde el puesto de mando de Syrr les estarán guiando con toda seguridad. Ojo sobre todo con los rayos telegamma.

- Esté tranquilo, Henry -. respondió Julia-. Pondré de mi parte todos los esfuerzos posibles.

- Gracias mil. Es usted una colaboradora encantadora. Lástima que ahora no pueda proseguir la conversación que inicié con usted en Korah -dijo Henry.

Una agradable risa, una risa de tonos cantarinos resonó en los oídos de Henry y éste se sintió invadido por dulces sentimientos. Desechó los impulsos que sentía de dejar todo y correr a abrazar a la muchacha, dedicando su atención a resolver el problema que tenía enfrente.

- ¡Bedell! -llamó.

- Diga, profesor -le contestó la voz del capitán, sin la menor entonación.

- A lo que parece -habló aquél, en tanto observaba las pantallas- un aparato se dirige hacia nosotros por debajo; otro por encima y el tercero quiere situarse sobre nuestra cola, para no ponerse al alcance de nuestros rayos telegamma. ¿Me escucha usted también, Julia?

- Sí, Henry.

- Está bien. Cuando yo se lo diga, describa un círculo completo en vertical. Quiero cazar primero al que intenta colocarse a la zaga de la

nave.

- Está bien, Henry. Espero sus órdenes.

- Usted, Bedell, esté asimismo atento. No debemos dejar escapar la oportunidad. Si obramos al unísono, podemos deshacernos de los tres aparatos casi al mismo tiempo.

- Lo procuraremos -replicó el capitán y en su voz se advertía un tono de decisión.

- ¡Ahora, Julia! -dijo el profesor al cabo de unos momentos de observación-: ¡Arriba, arriba!

Apenas hubo dicho Henry estas palabras, tomó instintivamente aire en los pulmones. Sabía, como en efecto ocurrió, que se quedaría sin aire en ellos, y las correas comenzaron la oprimirle el pecho, por la acción del la fuerza centrífuga, en tanto que la sangre le huía del cerebro, agolpándosele en las extremidades inferiores. Hizo desesperados esfuerzos para no perder el conocimiento y logró, merced a su voluntad, permanecer con los ojos bien abiertos, sin dejar de mirar por el visor.

Pero la nave del espacio enemiga, adivinando las intenciones de los ocupantes de la rebelde, ascendió también, lanzándose con espantosa velocidad a su encuentro. Henry pensó que estando ocupada por seres sin alma, máquinas maravillosas, uno de los dones de que carecían era el de la reflexión y corrían hacia ellos, sin pensar en las posibles consecuencias que podría acarrearles a los humanoides su destrucción. En consecuencia y anticipándose a ellos, disparó un proyectil de carga atómica.

El disparo fue hecho con oportunidad, en el momento exacto. Apenas había recorrido unos centenares de kilómetros, cuando Henry vio brillar en la proa del cohete enemigo una luz deslumbradora y no le cupo la menor duda de que acababan de emplear el proyector de rayos telegamma. Pero le habían hecho una décima de segundo tarde con respecto al disparo del profesor.

La granada estalló a distancia del aparato enemigo, sin que produjera efectos apreciables en él, al no reventar contactando. Pero sí consiguió una cosa completamente inesperada para el profesor: desapareció la luz que brillaba cegadoramente en la proa del aparato de Syrr.

- ¡He destruido su proyector de rayos! -anunció Henry-. ¿Cómo ha podido ocurrir? - preguntó a continuación.

La respuesta le llegó por boca del capitán Bedell:

- Sin duda las radiaciones emitidas por la explosión del proyectil nuestro han obrado en sentido contrario y, cabalgando por decirlo así, sobre los rayos telegamma, han llegado al proyector, inutilizándolo.

- Eso es lo más probable -murmuró Henry, pensativo, pero volviendo inmediatamente a la acción al ver que aquel aparato insistía en sus ataques, disparando una granada teledirigida.

Sin cesar de observar por los visores, Henry tocó alternativamente los botones de los controles, suspirando aliviado al ver que el proyectil enemigo, trazando una curva ígnea en la negrura del cielo, se volvía al mismo sitio de donde habla sido lanzado. Caminó con la velocidad de una exhalación y confundiéndose con la nave del espacio de Syrr, la desintegró con deslumbrante llamarada, en un instante.

Apenas se apagaron los resplandores de la explosión, cuando otra muchísimo más intensa la sucedió. Tal fue su intensidad que Henry se sintió al momento cegado, sin visión, pensando que debía haber ocurrido el estallido a cortísima distancia del lugar en que se encontraba, Llamó:

- ¡Bedell, Bedell! ¿Qué ha ocurrido? ¡No veo en absoluto! ¡Estoy cegado!

- No he sido yo. También tengo ciegos los ojos -respondió el capitán.

- Fui yo -llegó la voz de Julia hasta los oídos de Henry-. Se me puso a tiro una nave contraria y la solté una descarga de rayos telegamma.

- ¡Bravo! -elogió Henry-: ¡Buena y valiente muchacha!

Desde el lugar en que estaba, Julia se sintió sonrojar ante los elogios del profesor, y sus pensamientos se encaminaron al feliz momento en que, junto con Henry, pudieran reanudar, sin temor a ningún peligro, aquella conversación que habla comenzado de un modo tan agradable en el asteroide. Pero sus sueños fueron interrumpidos por la voz del profesor:

- Si mal no recuerdo, había seis naves de Syrr. Hemos destruido cinco, ¿dónde esta la sexta?

- Habrá huido -respondió ella, y Bedell abundó en la misma opinión.

- Se habrán sentido atemorizados- dijo.

- ¿Atemorizados? -rió Henry-. No lo creo.

- Pudieran ser hombres y no humanoides los que la ocupaban -objetó Bedell.

- Si sólo eran hombres, estoy de acuerdo con su opinión, pero como solamente hubiera un "super-robot" a bordo, no habrá tolerado la infracción de las órdenes recibidas.

Y en aquel momento, como una confirmación a las palabras que acababa de pronunciar el profesor, se sintió un violento choque en la nave y Henry fue lanzado hacia un lado de su sillón, conteniéndole no obstante, las correas de seguridad.

- ¿Qué pasa, Julia? ¿Qué ha ocurrido? -gritó alarmado.

- No lo sé, Henry. No tengo la menor idea.

El profesor se soltó de su asiento y descendió rápidamente a la cabina. Apareció en ella en el momento exacto que la puerta de acceso al aparato se abría y, uno tras otro, tres esbirros del malvado Syrr se arrojaban sobre él.

- ¡Cuidado, Julia! -gritó, y no pudo decir mas, pues hubo de emplearse a fondo para rechazar el primer asaltante.

Se agachó, esquivando al humanoide que se arrojaba encima. Pero al pasar éste lo cogió por la cintura y elevándolo sobre su cabeza lo arrojó al suelo, notando con satisfacción ruido de cacharros rotos, lo que le indicó que el robot había dejado de constituir una amenaza para él.

Con el rabillo del ojo vio cómo Julia forcejaba con sus correas, tratando de soltarse para intervenir en la lucha, pero no pudo entretenerse más. Dándose cuenta subconscientemente de la ausencia de Bedell, sin explicarse los motivos de tal inacción, alargó la mano izquierda y trato de asir la derecha del enemigo que ahora le había correspondido en suerte.

Se maldijo a si mismo por haberse olvidado de que estaba luchando con una máquina que, con sus circuitos electrónicos le adivinaba sus pensamientos y que escogió el brazo amenazado, alargando el otro en mortífero ademán. Reaccionando como el rayo, agachó la cabeza y se dispuso a largar a su contrincante un rodillazo en el estómago.

Automáticamente, el humanoide, con las dos manos se protegió la

zona que iba a ser golpeada, en la que tenía instalado el delicado motorcito atómico. Precisamente hizo lo que Henry esperaba que hiciera, dejando la cabeza al descubierto.

Uno tras otro, en velocísima y fulminante sucesión, los dos puños del profesor volaron hacia el rostro de su antagonista, echándosela hacia atrás y luego, antes de que pudiera recuperarse, alzó la pierna en violentísimo empuje, dirigida hacia el primer lugar en que antes pensara Henry.

De nuevo sus oídos captaron el ruido de metales destrozados, sonando como deliciosa música en su oído. Seguro de que había concluido con su enemigo, se lanzó hacia el que forcejeaba con Julia.

Lo tomo del hombro y lo hizo retroceder, volteando, en pérdida del equilibrio. Luego, antes de que el humanoide estuviera en condiciones de arrojarse de nuevo a la lucha, cogió la pistola atómica que se hallaba sobre el tablero de mandos de la nave y golpeó furiosamente la cabeza del "super-robot", que cayó al suelo fulminado.

Julia se levantó entonces, arrojándose en los brazos de Henry, en tanto que sus hombros se agitaban espasmódicamente a impulsos de los sollozos que la conmovían:

- ¡Oh, Henry, Henry! ¡Creía que aquí se acababa todo para nosotros!

Henry la miró a los ojos, húmedos por las lágrimas y sin poder contenerse, inclinó la cabeza. Ella la alzó, correspondiéndole, y durante diez segundos los dos enamorados se olvidaron de que estaban a cien mil kilómetros de la Tierra, en una astronave sobre la cual pesaba una mortal amenaza de destrucción. Pero una inoportuna voz les sacó de su éxtasis y la pareja se separó, sonrojándose.

- ¡Eso esta muy bien! Creo que hace más de doscientos años era el momento culminante de una cosa que llamaban película y que ahora ya está en desuso -dijo Bedell festivamente, añadiendo la continuación, al ver los cuerpos tendidos de los tres humanoides-: ¡Caramba! ¡Vaya destrozo! ¿Qué ha ocurrido?

- Asaltaron la nave. Sin duda, en tanto que nosotros combatíamos con las dos restantes, la tercera se nos colocó a nuestro costado, y abriendo la puerta exterior se nos colaron dentro. Pero, ¿qué le pasó a usted, Bedell?

- El choque me dejó sin conocimiento -contestó el capitán-: A pesar de las correas fuí lanzado contra una esquina de la recamara del cañón y

me golpeé la cabeza. ¡Uf! ¡Cómo me duele! -y se tocó la parte afectada en la que comenzaba a aparecer una inflamación de color cárdeno.

- Bien -dijo Henry-: Creo que esto favorece nuestros planes.

- ¿Usted cree? -inquirió Bedell, en tanto se ocupaba de su lesión.

- Sí. Diremos que hemos destruido la nave del espacio rebelde y nos dirigiremos al la Tierra. Antes de nada es preciso que nos coloquemos los televisores individuales de estos humanoides y nos aprendamos de memoria sus números. Así podremos entrar por sorpresa en el edificio y sorprender a Syrr. ¿No tendremos que ir a informarle en persona de lo ocurrido? -sonrió Henry, rodeando con los brazos a Julia, que lo miraba apasionadamente. Se echó a reír el capitán Bedell:

- Es usted un hombre de una imaginación inagotable, profesor. Es la mejor idea que se le ha podido ocurrir. ¡Manos a la obra!

VII

La nave del espacio penetró en la atmósfera terrestre y el capitán Bedell maniobró, haciendo funcionar el dispositivo que servía para hacer salir al exterior las aletas con las que planearía el aparato.

A pesar de haber reducido la marcha, tuvo que poner en funcionamiento el aparato refrigerador, puesto que el roce con la capa de aire de la Tierra hizo que la temperatura se elevara peligrosamente, dada la enorme velocidad con que cohete había descendido.

Todavía a doscientos kilómetros de altura, divisándose perfectamente a simple vista los continentes y los mares, como en un gigantesco mapa en relieve, el aparato continuó su marcha a velocidades elevadísimas, dando una vuelta completa sobre la superficie del globo terráqueo, en tanto que iba disminuyendo la velocidad antes de aterrizar en el astropuerto de la Ciudad.

Cuando estuvo en la vertical del mismo, el capitán Bedell redujo gases al mínimo, y descendieron varias decenas de kilómetros como una piedra, hasta que el piloto, haciendo funcionar de nuevo los motores, restableció el equilibrio y la nave del espacio comenzó a bajar

suavemente, de popa, soltando chorros de fuego simultáneamente por sus cinco toberas. Envuelta en una nube de llamas y de gases en ignición, la nave fue cayendo cada vez más lentamente, hasta tocar el suelo de la pista con una suavidad que hizo que el choque no fuera perceptible.

- ¡Uf! ¡Ya hemos llegado! -dijo Henry, comenzando a desatarse los cinturones de seguridad, saltando de los sillones antichoque.

- Sí. Y ahora comienza la parte más difícil -dijo Bedell.

- ¿Cree usted que no nos sorprenderán esos humanoides? -preguntó Julia, con una leve nota de inseguridad en la voz.

- No -sonrió el capitán-. No conectan sus circuitos electrónicos con seres semejantes a ellos que tienen una misión definida. Y si alguno que no es humanoide y que, como nosotros, viste idénticamente, nos detiene, yo contestaré. Sobre todo usted, Julia, procure no hablar ni una sola palabra. El tono de su voz la delataría y sería nuestra ruina.

- Está. bien, capitán -dijo la muchacha-. ¿Comenzamos a descender?

Bedell fue hacia la puerta y oprimió el botón de apertura automática. En tanto la primera hoja, la que daba acceso a la cámara de presión, que servía, en los espacios siderales en los que reinaba el vacío absoluto, para entrar y salir, llenándola o vaciándola de aire, según conviniera, Henry exclamó:

- Parece mentira. Este espacio tan reducido, la cabina, y, sin embargo, la astronave, aun siendo de las más pequeñas, mide cincuenta metros de altura por quince o veinte de grueso.

- Es que la mayor parte del espacio disponible la ocupa la central de energía atómica -sonrió el capitán Bedell- y las toberas de escape de los gases. Y a pesar de todo, gracias al descubrimiento del "zillio", es muchísimo menor el tamaño del aparato.

- ¿Cómo es eso, capitán? -inquirió Julia curiosa.

- Antiguamente, hace más de doscientos años, se usaba el plomo como metal aislante contra las radiaciones emitidas por el uranio. Sin embargo, no se necesitaban menos de varios metros del metal para conseguir un aislamiento eficaz, con el consiguiente aumento de peso y espacio. La aparición del "zillio" vino a solucionar el problema, pero aun así y todo, el sitio que ocupa una central nuclear capaz de impulsar un aparato de estos a trescientos mil kilómetros de velocidad

a través del espacio, es enorme. Claro es que buena parte lo ocupan las cinco toberas de escape de gases, cuya longitud es de casi veinte metros.

Así hablando, el capitán Bedell llegó hasta la puerta exterior y haciendo funcionar su mecanismo, la pesada hoja comenzó a girar sobre sus goznes. Una oleada de aire puro y fresco entró en el aparato y Henry, y Julia lo aspiraron con delicia, a pleno pulmón, pareciéndoles, a pesar de venir de un lugar lleno de construcciones, infinitamente mas delicioso que el que producían los instrumentos generadores de a bordo.

Moviendo otra palanqueta, Bedell hizo que unos escalones disimulados en el plateado costado de la nave aparecieran en ella y comenzó el descenso, no sin recomendar:

- No olviden que, en todo caso, he de ser yo el que finge ser el jefe de la patrulla y el único que debe hablar.

Henry y Julia hicieron signos de asentimiento y comenzaron el descenso. La muchacha fue la última en llegar al suelo y se extraño de que el profesor no usara con ella la galantería de alargarle la mano para ayudarla a saltar los últimos escalones, pero recordando el papel que estaban desempeñando, comprendió que lo lógico era, entre humanoides, usar de cualquier cosa, excepto de galantería. De modo que se puso, imitando a Henry, a un costado de Bedell, y comenzaron los tres a caminar con el característico paso tranquilo, pero de ininterrumpido ritmo de los humanoides.

En tanto que atravesaban el aeropuerto, en el cual se veía muy poca actividad, apenas una docena de naves estaban con las proas apuntando al cielo, en tanto que grupos de personas, no distinguibles desde aquella distancia sus características humanas o mecánicas, pululaban a su alrededor, repasándolas. Henry no cesaba de echar frecuentes vistazos a todo lo que les rodeaba. Frecuentemente se cruzaron con obreros y técnicos humanos, pero tales encuentros no le infundieron ningún sentimiento. Los hombres no se preocupaban de tres humanoides mas o menos. Estaban hartos de verlos. Sí en cambio, el profesor sentía angustias mortales cada vez que en su camino se encontraban con algún ser infrahumano inventado por la diabólica mente de Syrr, pero los "super-robots" pasaban por su lado, con la vista al frente, sin prestarles otra atención que les prestaría a cualquiera de sus congéneres mecánicos. No teniendo ninguna orden que cumplir con respecto a ellos grabada en sus circuitos electrónicos, Bedell había supuesto bien. Nadie les diría una palabra.

Llegaron al edificio de control del aeropuerto. Los corazones de Henry y Julia aumentaron instintivamente el número de sus palpitaciones y el primero estuvo tentado de echarse mano a la desintegradora, para comprobar sí aún seguía en la funda. Pero se contuvo a tiempo: tal movimiento no hubiera sido propicio a un robot y los hubiera delatado. Sobre todo si entre los humanoides que iban y venían por la sala de controles había algún hombre infiltrado entre ellos al servicio de Syrr.

- Patrulla E. N. 802 de regreso de misión especial -dijo Bedell, sin ninguna entonación en la voz, y Henry se preguntó si llevaría el capitán debajo de su disfraz algún aparato hablador como los que llevaban instalados los seres mecánicos, tal era la exactitud con que imitó la característica voz de los humanoides.

Había uno sentado ante una mesa de “zillio” purísimo y por lo tanto transparente, Una serie de botones tenía al alcance de su mano y tocó uno de ellos. Al momento salió de una caja adosada a la pared una tarjeta, también de "zillio", pero con un porcentaje de acero que la hacia opaca. La tomó el ser aquel y levantándose se acercó a un artefacto junto en el muro mismo, comprobador de vuelos, y la metió en una ranura. Oprimió un botón y al cabo de un par de minutos la tarjeta fue devuelta por otra alargada abertura situada unos centímetros más abajo de la anterior. El robot miro los signos grabados a presión en el metal y exclamó:

- Aprobado. Continúen viaje.

Lo normal entre personas hubiera sido decir "gracias". Entre humanoides no eran necesarias ciertas cortesías, de modo que Bedell, sin decir ni media palabra mas; giró sobre sus talones y, sin mirar a sus compañeros, se encaminó hacia la salida del aeropuerto. Un extraño automóvil de aquellos les esperaba ya y los tres compañeros en la arriesgadísima aventura que iban a emprender, se introdujeron en el coche atómico, que emprendió velocísima marcha acto seguido.

Las primeras edificaciones de la Ciudad, frías, desprovistas de todo aspecto humano, comenzaron a aparecer y a quedarse detrás del vehículo, que alcanzó prontamente una marcha de trescientos kilómetros a la hora, facilitada, en primer lugar, por la enorme anchura de aquel sector del Cuarto Nivel, destinado únicamente a los coches al servicio de Syrr, y en segundo, por la escasa circulación, que era mayor a medida que se descendía de nivel, puesto que el Tercero estaba destinado a los militares del Ejército que no estaban, como en el caso de los humanoides, a las órdenes directas del Dueño del

Mundo; el Segundo Nivel era el de los sabios y técnicos y, en fin, el Primero estaba destinado a todos los habitantes del planeta en general, sin ninguna clase de distinciones, siendo por lo tanto el mas intenso en tráfico, así como en los restantes Niveles se circulaba muchísimo mas cómodamente.

La Ciudad era inmensa. Ocupaba una extensión interminable de kilómetros cuadrados, de modo que era preciso recorrer una grandísima distancia antes de ver su fin y el campo abierto a continuación. Pero -pensó Henry- mas valía no ver la tierra árida, desnuda, sin una sombra de vegetación, como en los antiguos desiertos de California y del Sahara, dos siglos antes. Siquiera en éstos, los cactus en unos y algún grupo de palmeras en otro, ponían de vez en cuando una nota. verdosa que aliviaba la monotonía del paisaje. Ahora no, nada turbaba; si no eran las ondulaciones y accidentes del terreno, la espantosa aridez que lo caracterizaba, obra de Syrr, para hacer que sus oprimidos súbditos no pudieran disfrutar de otros descansos que los que el prescribía a su manera.

En la lejanía se divisó el Edificio, sobresaliendo sobre todos los demás, oculto frecuentemente por las nubes. Ahora no, ahora resplandecía como una inmensa construcción cúbica, lisa, sin otro accidente que sus cuatro interminables aristas verticales y las cuatro horizontales de la terminación superior. A pesar de alcanzar los vecinos rascacielos, sede de los guerreros, sabios y técnicos de la confianza de Syrr, elevaciones superiores a los quinientos y aun a los seiscientos metros, aparecían empequeñecidos por aquel gigante metálico que dominaba al mundo, encerrando un ser desprovisto de escrúpulos.

La mancha grisácea y brillante de las edificaciones se fue interrumpiendo poco a poco al disminuir el automóvil su enorme velocidad. Las calles laterales, atestadas de trafico en su Primer Nivel, fueron apareciendo mas distintamente, y repentinamente, como si una amenaza cayera sobre los tres audaces ocupantes del coche, la sombra del Edificio se proyectó sobre ellos, oscureciendo aquel trozo de Nivel. El coche se detuvo ante la enorme puerta y Henry, Julia Y el capitán Bedell se dispusieron a descender. Había sonado la hora de emprender la aventura, que no podría tener mas que dos fines: la victoria o la muerte, una espantosa muerte, no por instantánea, menos terrible. Henry sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral al pensar que la cámara de desintegración podría muy bien ser el final de aquel viaje, pero respirando hondo, hizo acopio de decisión y energía y conteniendo una vez mas los vivísimos deseos que sentía de estrechar entre sus brazos a Julia. como si presintiera la suerte que los aguardaba, se colocó a la izquierda de Bedell y comenzó la marcha.

Entraron en el ascensor automático que comenzó una velocísima subida hacia los pisos superiores del edificio. Los tres, tirantes los nervios como cuerdas de violín, se mordieron los labios debajo de la máscara que los hacia semejar humanoides, para no gritar, aliviando la tensión del momento. Y súbitamente el ascensor, frenando su marcha para no proyectar contra el techo en una brusca parada, a sus tres ocupantes, se detuvo, abriéndose sus puertas.

Salieron al corredor, anchísimo, brillantemente iluminado. Seres imperturbables iban y venían en sus ocupaciones, sin prestar atención al hecho de que por aquella puerta salieran tres robots, hecho frecuentísimo, por otra parte. Bedell, dirigiendo siempre la expedición, pero apenas habían dado unos pasos cuando ocurrió el desastre.

Julia trató de alcanzarlo y aceleró el paso. Pisó en falso y resbaló, lanzando una exclamación que no pudo contener al caerse, prorrumpiendo en un gemido típicamente femenino, que hizo volver la cabeza a un par de humanoides que pasaban en aquel momento por el lado de los aventureros.

Bedell juró por lo bajo. Henry, no pudiéndose contener, se precipitó en auxilio de la muchacha, exclamando:

- ¡Julia, Julia! ¿Se ha hecho usted daño?

Pero apenas había pronunciado estas palabras, cuando se dio cuenta del tremendo error que había cometido. No pensó en que ya estaban descubiertos por el grito de la doctora, sólo pensó en que su acción no había sido todo lo correcta que debiera haber sido la de un "super-robot” que, de no tener encomendada la misión de ayudar a su compañero caído, hubiera pasado indiferentemente a su lado, y se dirigió a si mismo toda clase de inventivas por la que él creyó estúpida tontería que los conducía a la ruina.

- Estoy bien, gracias, Henry -murmuró la muchacha, incorporándose con la ayuda del profesor, tomando la mano que le tendía éste. Y en aquel momento los humanoides que acababan de cruzarse con el grupo, conectaron sus circuitos electrónicos con los de dos supuestos compañeros, descubriendo las intenciones de que estaban animados los asaltantes del Edificio.

Instantáneamente, construidos para salvaguardar a toda costa la vida de Syrr, echaron mano a las fundas de sus pistolas desintegrantes, pero Bedell, comprendiendo lo que iba a ocurrir, ya se les había anticipado y tenía la suya en la mano, firmemente empuñada.

Dos latigazos tabletearon, conmoviendo las capas atmosféricas. Dos nubes verdosas aparecieron en el lugar en que los dos humanoides habían ocupado una fracción de segundo antes. y a las pituitarias de los tres llegó un nauseabundo olor de carne quemada.

- ¡Había un hombre entre ellos! -exclamó Julia aterrada.

- Si, pero este hombre no hubiera tenido compasión de nosotros -replicó duramente Bedell-. Nos hubiera matado sin la menor vacilación.

- Ahora esta dada ya la alarma. Las explosiones atómicas habrán sido detectadas. ¿Qué hacemos?- inquirió nerviosamente Henry, con su pistola en la mano, mirando la todos los lados del corredor.

- Vengan por aquí -dljo Bedell echando a correr-: La cámara de Syrr no esta muy lejos y quizá logremos sorprenderle antes de que nos localicen.

Corrieron Henry y Julia tras el capitán, y en el momento en que llegaban al final del pasillo, vieron que Bedell retrocedía violentamente, en tanto que en la pared frontera aparecía un chispazo amarillo-verdoso, indicando que alguien había visto al capitán y había disparado su desintegradora contra él.

El impacto no hizo otra cosa que una leve abolladura semiesférica en la durísima pared de "zillio" y de acero aleados. De haber dado en un muro corriente, aun de cemento y "zillio", hubiera abierto un enorme boquete. Pero aquel metal comunicaba una dureza excepcional a las paredes y resistió perfectamente la pequeña explosión atómica.

El humanoide que había disparado apareció de repente. Como para conectar sus circuitos con una persona necesitaba estar viéndola directamente por las minúsculas cámaras que eran sus ojos, no se dio cuenta de las intenciones del capitán hasta que dobló el ángulo del corredor, y entonces ya fue tarde. El puntapíé que recibiera la máquina la arrojó resbalando por el liso pavimento metálico, varios metros más allá, y antes de que tuviera tiempo de empuñar su atomizadora, un certero disparo de Henry, que se anticipó a la acción del capitán, ocupado aún en recobrar el equilibrio perdido a medias, volatilizó en una nubecilla del color clásico de las explosiones nucleares a aquel conjunto de lámparas y resortes, que apenas dejo en el suelo otra huella que una leve mancha oscura.

Corriendo por aquel pasillo lateral, una puerta se abrió a unos treinta o cuarenta metros de los tres personajes y varios seres salieron de ella,

para caer fulminados ante los disparos atomizantes de Henry y Bedell. El olor de la carne quemada llegó de nuevo hasta sus olfatos, convenciéndolos de que Syrr no sólo tenía "super-robots" a su servicio, sino también hombres mercenarios, sin más alma que la que tenían aquellas máquinas superiores.

- ¡Por aquí! -exclamó Bedell, metiéndose en la estancia de donde habían salido aquellos seres desintegrados, atravesando las nubes radioactivas y cerrando la puerta tras si.

- ¿A dónde conduce esto, capitán?- preguntó Henry, echando una ojeada a la estancia, desprovista apenas de muebles, sin otros objetos que unas sillas junto a unas mesas que había al pie de unos aparatos de control, entre los cuales había varias cámaras gigantescas de televisión, de varios metros de lado.

- Este es lo que pudiéramos llamar el primer cuerpo de guardia de Syrr. Hasta ahora hemos franqueado todos los obstáculos, pero eran sin importancia. Veremos en adelante lo que nos ocurre.

- Escuche, Bedell. Una pregunta -dijo Henry.

- Hágala -contestó el otro simplemente.

- ¿Cómo es que hemos atravesado las nubes radiactivas, procedentes de las explosiones atómicas anteriores, sin que sus efectos nos hayan alcanzado? No digo que los sintamos ahora, porque tarda bastante en notarse algún síntoma de malestar, pero veo que usted las atravesó decididamente y cuando lo hizo supongo que lo hizo sin el menor temor.

Sonrió el capitán Bedell, contestando:

- Tiene usted razón, profesor. Pero estos disfraces de humanoides nos protegen contra las radiaciones atómicas. De no ser así no podríamos utilizar las pistolas desintegrantes, a una distancia menor de treinta o cuarenta metros y luego huir como locos del lugar de las explosiones.

- Aceptada la explicación -sonrió complacido Henry, inquiriendo a continuación-: ¿Cual es nuestra ruta?

- Aquella -respondió Bedell, indicando un lienzo en la pared, lo que hizo que tanto Henry como Julia lo miraran asombrados.

- Yo no veo nada -dijo el profesor, estupefacto.

- Yo si -replicó el capitán-. Vengan conmigo.

Le siguió la pareja, preguntándose que es lo que iba a hacer Bedell, pero antes de que tuvieran tiempo de hacer nada, un latigazo sonó sobre sus cabezas, a poquísima distancia y el fogonazo amarillento verdoso los deslumbró. Luego, los tres se sintieron arrojados al suelo por la violencia de la onda explosiva.

Aquello les salvó de la mas espantosa de las muertes. El segundo disparo dio en el lugar en que habían ocupado un instante antes, restallando sonoramente, pero ya Henry, revolviéndose sobre si mismo apuntó e hizo fuego.

Sólo habla un humanoide, que desapareció al instante, pero el olor de quemado, maltratándole la pituitaria, llevó al convencimiento de Henry que había hecho desaparecer un esbirro humano de Syrr, y oyó la voz de Bedell que le decía, en tanto se levantaba del suelo:

- Ha sido para nosotros una suerte que fuera un hombre, profesor.

- ¿Por qué dice usted eso? -preguntó Julia, haciendo un inconsciente ademán que si no estuvieran solos la hubiera traicionado al momento: sacudirse del traje de tejido metálico un inexistente polvo que no podía haber recogido del brillante suelo.

Bedell se echó a reír observando la acción de la muchacha, la cual se dio cuenta de lo que ocurría y se sonrojó, alegrándose de que bajo la máscara que la cubría el rostro no se pudiera ver el rubor que la invadió. Luego, el capitán dijo:

- Ha sido para nosotros una suerte, porque si hubiera sido una supermáquina, hubiera rectificado instantánea y automáticamente la puntería. Los reflejos nerviosos del hombre son a veces muy lentos y los de nuestro atacante le costaron la vida. Un humanoide hubiera calculado al momento que, de no acertarnos, la onda nos arrojaría al suelo, rectificando, entretanto caíamos, la dirección de sus disparos. No hubiéramos llegados vivos al suelo.

Calló Bedell y oprimió con la mano un punto de la pared. Ante los asombrados ojos de Henry y Julia, el muro se hizo transparente en un buen trozo, apareciendo un espléndido jardín, lleno todo él de flores multicolores, mullido y fresco césped, frondosos árboles y hasta un pequeño arroyuelo cruzaba aquel pequeño Edén, que tendría unos cien metros de diámetro. Otro movimiento del capitán hizo que el muro transparente se corriera a un lado, dejándoles el paso libre y una oleada de aromáticos efluvios llego hasta Henry y Julia, que los

aspiraron con supremo deleite.

- Este es el jardín donde Syrr descansa. Su cámara está al otro lado. No creo que nos suponga tan avanzados- dijo Bedell en voz baja, caminando y siendo seguido por la pareja.

Anduvieron unos cuantos metros en silencio, que únicamente era turbado por los cantos de los pájaros que revoloteaban entre los árboles del maravilloso jardín. Éste estaba desierto y los rumores de las avecillas y del agua del arroyo eran los únicos sonidos que se percibían en aquel espléndido lugar.

Incluso tenía accidentes y elevaciones, como si fuera un trozo auténtico del terreno y no algo artificialmente montado a ochocientos metros sobre la superficie de aquella zona terrestre. Pensó Henry que sería maravilloso descansar allí de vez en cuando, después de agotadoras jornadas, pero ese placer les estaba vedado. Sólo a los habitantes de las selvas ecuatoriales, cada vez más escasos, les era permitido gozar sin restricción alguna del perfume de una flor o del canto de un pájaro. Los demás, ni siquiera sabían qué era eso.

Pero repentinamente, una voz, una voz harto conocida ya de Henry, le sacó de sus abstracciones. Una voz fría, inhumana, que sonó a sus espaldas, y más que el tono de la voz, las palabras que pronunciara:

- Gracias, capitán Bedell. Veo que has cumplido a las mil maravillas la misión que te encomendé. Eres ya coronel.

- Gracias, señor -oyeron los estupefactos Henry y Julia, en tanto se volvían hacia el lugar de donde procedía la voz de Syrr, pero no vieron más que al traidor Bedell que continuaba diciendo-: Me ordenaste que te los trajera y te he obedecido.

Rugió de ira Henry, comprendiendo súbitamente la añagaza de que hablan sido objeto, las facilidades de que habían gozado hasta llegar a la mansión de Syrr y soltando una retahíla de maldiciones por su boca, se abalanzó sobre Bedell, extendiendo sus manos, olvidándose de que tenía una atomizadora en la funda, ansiando destrozarle antes de morir, sin reparar en la irónica expresión de su antagonista.

Pero de repente un fortísimo golpe le derribó hacia adelante. Antes de perder el conocimiento notó la frialdad de las aguas del arroyo a través del plástico de su traje de humanoide. Luego, la noche se hizo sobre su conciencia.

* * *

El hombre, exhausto, cayó sin fuerzas hacia adelante, hundiendo la cara en el pedregoso suelo, moviendo apenas en su jadeo el pecho espasmódicamente. Restalló en la atmósfera el chasquido de un latigazo y el infeliz se estremeció convulsivamente, en tanto que, en su desnuda espalda, aparecía una línea sangrienta. Una línea de siniestro color que al momento fue cruzada por otras similares, en tanto el guardián descargaba sobre el infeliz una serie de latigazos propinados con furia demoníaca.

Pero de repente, una mano vigorosa arrebató el látigo de las manos del vigilante, que fue derribado por un fulminante derechazo que le soltara Henry, encolerizado por el bárbaro trato que estaba recibiendo el desgraciado esclavo.

- ¡Bestia! ¡Mil veces peor que las mismas bestias! ¡Por unas míseras ventajas sacrificas a tus semejantes! -exclamó, airado, el profesor, desnudo de cintura para arriba como los demás condenados a las minas de "zillio", a causa del sofocante calor que reinaba a quince mil metros bajo la superficie de la Luna, en tanto el resto de los esclavos lo contemplaba atónitamente, no creyendo que un hombre fuera capaz de rebelarse contra sus verdugos.

El golpeado vigilante se acarició la dolorida mandíbula y miro con maligna sonrisa a Henry:

- ¡Ahora vas a saber tú lo que es bueno! -dijo, levantándose y alejándose en dirección a la cabina principal de vigilancia, a un centenar de metros del lugar en que había ocurrido la escena.

Pero Henry no le hizo el menor caso. Cogió una vasija que tenía un poco de agua y refrescó la maltratada espalda del desgraciado que había caído al suelo, incapaz de resistir los durísimos trabajos a que estaban sometidos. El hombre sonrió débilmente, murmurando:

- Gracias, profesor, pero me temo que su gesto no haya servicio de nada. Si acaso para que los dos hagamos una visita a los hornos de fusión del "zillio".

- ¿Podrá levantarse? -preguntó Henry.

- Creo... creo que sí -se quejó el otro, incorporándose con ayuda del profesor-. Me llamo Steyn Hammersmith. Usted no me conoce a mí...

¡uf! ¡cómo duele esto!..., pero yo sí había oído hablar de usted, profesor. Me extraño muchísimo verlo por aquí. ¿Qué le ocurrió?

Henry se sentó al lado de Steyn y le contó en breves palabras lo ocurrido. Luego, pensando que ya le quedaba poco tiempo de reposo y que en breve tendría que colocarse la coraza protectora de las mortíferas radiaciones de los hornos de fusión, se recostó hacia atrás y se sumió en sus recuerdos.

Lo primero que le vino a las mientes fue la inconcecible traición del capitán Bedell. ¡Qué astutamente les había engañado! En verdad que había sido un comediante magnífico. De ahí todas las facilidades que tuvieron para entrar en el edificio. Nadie le opuso la menor resistencia y si únicamente en los últimos pisos les habían salido algunos humanoides e incluso hombres disfrazados de "super-robots", había sido por indicación de Bedell a Syrr para así hacer más verosímil su historia. Debía haberlo sospechado cuando tardó tanto a bordo de la aeronave en soltarse de su cinturón de seguridad. Pero la explicación había sido convincente en sumo grado y no sospechó en lo más mínimo de él. Si, dejando de lado sus súplicas, le hubiera aplastado la cabeza cuando lo tenía derribado a sus pies en Korah... Aquello hubiera sido el termino de sus penalidades.

¿Y Julia? ¿Qué habría sido de Julia? Una levísima sonrisa vago por los labios de Henry al recordar a la muchacha. La recordaba en el momento en que él recobrara el sentido, después de haber sido golpeado por un humanoide que se había situado a su espalda sin hacer el menor ruido. La recordaba, despojada como él, de su cáscara de plástico que los hacía semejar robots, revuelto el rubio cabello, en tanto hablaba Syrr.

- Te he dejado con vida, profesor -decía-, porque para ti va a ser peor que la misma muerte tu estancia definitiva en las minas de "zillio". Tu estancia allí y la separación de la doctora. Ésta se quedara aquí en la Tierra. Para ella sera más que suficiente castigo el estar separada de tí -había concluido sonriendo sardónicamente Syrr, en tanto que a su lado se hallaba el nuevo coronel Bedell, ascendido merced a la traición.

Él no había contestado nada. Apenas había oído al malvado Dueño del Mundo. Sólo había tenido ojos para Julia, mirándola intensamente como sí quisiera llenarse sus retinas con la luz de los ojos de la muchacha que le correspondían apasionadamente. Y cuando ya se lo llevaban, la muchacha había echado a correr repentinamente hacia él, abrazándolo con fuerza.

- ¡Se te llevan, Henry! ¡Te esperaré siempre! -afirmó ardientemente-. ¡Siempre! Sé que hallarás un medio para salir de aquel infierno y volverás a mi, castigando antes a este malvado.

Se habían besado apasionadamente, en tanto exclamaba Syrr irónicamente:

- Espero que no os quejaréis de mi bondad. Os he permitido una emocionante y efusiva despedida. Un motivo mas de agradecimiento que debéis tenerme, en lugar de odiarme.

Él hizo acción de arrojarse sobre el malvado, pero los humanoides que lo sujetaban se lo impidieron. Y mirando a Julia, que sollozaba amargamente, en tanto Syrr y Bedell sonreían triunfalmente, desapareció de la vista de ella.

El viaje a la Luna había sido normal. En esta ocasión, recordando los medios que había empleado anteriormente para su evasión, fue muchísimo más vigilado y no pudo hacer nada. Rápidamente fue trasladado, pasando por enormes edificios estancos, dada la absoluta falta de atmósfera del satélite, fábricas en donde se transformaba el "zillio" de modo que resultara aprovechable para usos industriales, a la mina a la que había sido destinada, situada a enorme profundidad, utilizando poderosos ascensores. Había recorrido enormes galerías de grandes proporciones hasta llegar a los hornos de fusión del "zillio", donde se verificaba la primera fase de la transformación, quemando en potentes hornos nucleares el mineral, dejando únicamente el metal, que luego era convertido en la superficie en lingotes que se enviaban periódicamente a la Tierra.

Pero el trabajo de la superficie lo hacían humanoides, sin intervención alguna de la mano del hombre. Para éste estaban destinadas las tareas mas duras: la extracción del mineral con perforadoras movidas por energía atómica y el trabajo de mantener los hornos constantemente cargados, y al que sólo eran destinados los hombres más fuertes, o a quienes como el profesor se les imponía un castigo más duro, reservándoles una muerte lenta pero segura, a pesar de la protección que ofrecían las corazas antirradiantes, que poco a poco eran traspasadas por los rayos emitidos por el mineral líquido en fusión, cada vez que se abría el horno para recibir una nueva carga. Y esto ocurría cada diez minutos, durante los dos que duraba el momento en que la enorme bocaza blanca por la elevadísima temperatura estaba abierta para recibir su provisión. De modo que en una hora eran diez minutos los que se estaba expuesto a las mortíferas radiaciones, y al cabo de las doce inacabables horas, resultaban dos de recepción de

rayos que atravesaban la espesa y pesada coraza antirradiante. Era raro el que sobrevivía mas de dos años en tales condiciones. Henry ya estaba acostumbrado al espectáculo de algún condenado que, súbitamente, se ponía rígido e inmediatamente su cuerpo comenzaba a adquirir rojizas tonalidades, cada vez mas intensas, llegando al blanco fulgurante y luego, repentinamente, se disolvía en una nubecilla de humo gris, dejando tras sí, como único rastro, un nauseabundo olor de carne desintegrada. Tres meses llevaba él ya y no le cabía la menor duda que antes de seis más estaría ya irremisiblemente condenado a aquella atroz suerte. Ya nada ni nadie, ni el mejor tratamiento, podría salvarle, aunque le perdonaran y lo devolvieran a la Tierra. Quizá esto, si ocurría, podría ser una solución como retraso de su inevitable fin, pero inexorablemente, más tarde o mas temprano, él también sentiría un día en su cuerpo un horror ardiente y se desvanecería en un soplo de humo repugnante al olfato.

Un grupo de hombres, con los distintivos de los guardianes de las minas, rodeando al jefe de los vigilantes, avanzó hacia el lugar en que se encontraban Henry y Steyn. El guardián jefe se cuadro en jarras delante de la pareja, sonriéndoles mordazmente:

- ¿De modo que éste es el prisionero que se opone a los justos castigos que emplean mis hombres y no contento con eso todavía se permite el lujo de golpearlos? Está bien, profesor. Le voy a enseñar algo que le va a gustar. ¡Cogedlos!

Antes de que tuvieran tiempo de pensar en lo que les iba a ocurrir, los vigilantes se abalanzaron sobre ellos y se los llevaron a pesar de sus desesperados esfuerzos. Doscientos metros mas allá se abría una gran plaza en la que se veía un espesísimo muro de un par de metros de altura, por cinco o seis de grueso, y enfrente de él, una docena de aberturas de los hornos de fusión del "zillio" abriéndose y cerrándose alternativamente, según llegaban las enormes vagonetas procedentes de las galerías que convergían en aquel lugar, bordeando la curva de la plaza a causa del obstáculo que era el muro protector, tras el cual descansaban, agotados, un cierto número de condenados, protegidos de esta manera de las radiaciones del "zillio” incandescente.

E1 jefe de los crueles vigilantes, hombres escogidos en la Tierra por Syrr a causa de su total falta de escrúpulos, dijo a Henry:

- ¡Mira, profesor, mira! ¡Mira y verás la suerte que te reserva el Dueño del Mundo si persistes en tus rebeldes intentonas!

Dos guardianes tomaron en sus brazos al infeliz Steyn, que

comprendiendo la horrible suerte que le estaba reservada, chilló, pataleó y se debatió frenéticamente entre los fuertes brazos de quienes le sujetaban; que avanzaron hacia él, en medio de las espantadas miradas de los trabajadores, hacia la cerrada boca de un horno de fusión, que a una señal del jefe se fue abriendo lentamente, cegando con sus resplandores a quienes contemplaban la terrorífica escena.

El desdichado Steyn voló hacia la candente boca del horno, hacia aquel rugiente mar de llamas, provocadas por el metal al rojo blanco, desapareciendo instantáneamente en aquel infierno. Pero no lo hizo sin compañía, bien que involuntariamente, por parte del guardián que, arrastrando al condenado, se había aproximado demasiado a la abertura del horno y que perdiendo el equilibrio a causa de los fuertes movimientos de Steyn trató en vano de recobrarlo, agitando desesperadamente los brazos en inútiles aleteos.

El alarido sobrehumano del desgraciado guardián se elevó sobre el rugir de los hornos, dominándolos durante una fracción de segundo y luego se cortó bruscamente al desaparecer el vigilante en el fragor del huracán de llamas. Unas risotadas de sus compañeros fueron todo el comentario que mereció el aterrador espectáculo.

El jefe de los guardianes se volvió mirando a Henry, sonriéndole ferozmente:

- Nada me gustaría tanto como verte a ti volar de la misma manera. Pero Syrr, nuestro Dueño, es clemente contigo por ahora, y me ha ordenado se te respete la vida. No me ha dicho en cambio que no te amarguemos la existencia y eso es lo que vamos a hacer inmediatamente. ¡Colocadle argollas eléctricas en los tobillos! -ordenó, regodeándose el jefe de los vigilantes, concluyendo-: Así no sentirás veleidades levantiscas.

Dos guardianes obedecieron prestamente y pusieron en torno a sus tobillos sendas esposas conectadas con unos cables eléctricos que iban a la cabina de vigilancia. No le impedirían ningún movimiento ni le embarazarían para trabajar, pero en cualquier momento, según dijo el jefe, podrían enviarle una descarga que lo haría desistir de su empeño, si éste consistía en rebelarse.

* * *

- Creo que he hallado la manera de evadirnos de aquí -dijo Henry en voz baja a uno de sus compañeros de cautiverio.

Brilló en los ojos de éste, también condenado por su odio a Syrr a las minas de "zillio", una llamita de esperanza, y dijo:

- ¿Sí? Cualquier cosa, profesor, antes que seguir viviendo en tales condiciones. No sé lo que pensará hacer, pero por pocas probabilidades de éxito que tenga, estoy seguro de que todos le seguirán. Tiene usted demasiado prestigio entre nosotros para que no sea el profesor Blakely quien nos mande.

- Escuche, Lorimer -que así se llamaba el compañero de cautiverio de Henry, el cual, inclinándose hacia su oído, le dio detalladas instrucciones, y a medida que el otro condenado iba comprendiendo, se le fueron iluminando los ojos.

- ¿Cuándo lo hacemos? -preguntó, temblándole la barbilla de excitación, agitándose el numeroso vello que la cubría.

- Al relevo siguiente -cuchicheó Henry-. Ahora ya es tarde para otra cosa que no sea pasar las ordenes al resto de prisioneros.

- Entendido -dijo Lorimer, y disimulando, sin apenas mover los labios, continuando en su indiferente posición de descanso, tras el muro protector, habló al siguiente el que una vez enterado de lo que se tramaba, con los ojos brillantes de alegría, lo comunicó al otro, y así sucesivamente, hasta que todo aquel equipo estuvo enterado del plan de la sublevación.

- ¡Arriba, gandules! -gritó un guardián, haciendo chasquear su látigo sobre los hombros de Henry, el cual le dirigió una mirada preñada de amenazas, que hizo prorrumpir al vigilante en una estentórea carcajada —. ¡Mira, mira todo lo que quieras, rebelde, pero ponte la coraza protectora o te enviaré a la boca del horno sin ella!

Pero cuando al cabo de dos horas de incesante trabajo fueron relevados, en el guante protector llevaba Henry un pequeño fragmento de "zillio” al rojo vivo, soportando el dolor que le producía el ardiente metal. Lo dejó a un lado, en tanto se despojaba de la metálica protección y sin descalzarse el guante, aprovechando los momentos en que sus vigilantes descuidaban la custodia de los prisioneros que descansaban, fue cortando las argollas que le ceñían los tobillos.

Le costó trabajo. De haber podido mantener el trozo de "zillio" a más elevada temperatura, el acero de las esposas hubiera cedido antes,

pero como perdía temperatura rápidamente, a pesar de ser un metal eminentemente térmico, hubo de perder demasiado tiempo. No obstante, llego el deseado momento, contemplado con interés por los ojos semicerrados de Lorimer, que fingía entregarse al descanso, en tanto que sus demás compañeros observaban con la máxima atención cualquier movimiento sospechoso de los temibles guardianes.

El muro protector corría hasta el pie de la cabina de vigilancia, situada a unos metros de altura sobre la enorme explanada que formaban los hornos de fusión, y Henry, poniéndose en pie súbitamente, desafiando su desnudo torso las radiaciones del "zillio" cuando se abría alguna entrada de horno, corrió sobre él, gritando sobre el estruendo del trabajo incesante:

- ¡Levantaos, condenados! ¡Vamos a morir o a triunfar! ¡Muerte a Syrr!

Le contestó el coro de su equipo, que se había puesto como un solo hombre en pie, mirando la arriesgada maniobra de Henry, que continuaba su veloz carrera con un pesado objeto en las manos, en tanto los demás trabajadores que estaban descargando el mineral y los guardianes que le custodiaban le miraban, unos con interés, prestos a la rebeldía en el momento decisivo, y otros con cierto temor, que no lograban disipar las esposas eléctricas que habían sujetado a los tobillos del profesor.

El guardián que estaba en la cabina mirando indiferentemente el trabajo se vio sorprendido por los gritos de los sublevados y se dio cuenta de que un hombre corría hacia el pie de la pequeña escalera que daba acceso a la plataforma en que estaba situado, en quien reconoció al principal rebelde, al profesor Henry Blakely. Reaccionó el esbirro, pero su reacción fue tardía, porque fue adivinada por Henry, que llevaba en la mano la parte superior de su coraza protectora.

En el momento en que la mano del vigilante se cerraba sobre la palanca del interruptor eléctrico, percibió la trampa que le había sido tendida, pero ya era tarde para rectificar. Su cerebro envió a su mano la orden de retirar la palanca, en el momento en que hacia contacto. Y todo se confundió en una cegadora llamarada al producirse el cortocircuito establecido por los cables eléctricos empalmados a sendos orificios de la coraza que le había arrojado Henry.

En dos saltos subió éste a la plataforma en la que yacía el inanimado guardián, fulminado por la descarga, y se apoderó de un par de pistolas desintegrantes que había allí, una de las cuales arrojó a Lorimer al mismo tiempo que le gritaba:- ¡Deshaceos de los vigilantes!

¡Procurad coger uno que nos sirva de rehén!

Esta última orden llegó oportunamente, porque los feroces guardianes, comprendiendo que la sublevación iba en serio, habían comenzado a usar sus atomizadoras, pero eran demasiados los condenados y aunque algunos de ellos desaparecieron volatilizados, finalmente los guardianes, a la luz únicamente de los hornos que se habían abierto, fueron arrojados uno por uno a las ardientes fauces por los excitados condenados, quienes se vengaban así, de tan atroz manera, de todas las indignidades y malos tratos que habían tenido que sufrir.

Solo uno pudo salvarse, un desdichado que se arrojó a las plantas de Lorimer, comprendiendo instintivamente que era uno de los jefes de la rebeldía y suplicándole la gracia de la vida. En tanto bajaba Henry de la cabina de vigilancia, medio destrozada por la fuerza de la explosión, Lorimer tuvo que proteger, aun a riesgo de su propia vida, al vigilante que les serviría de precioso rehén para poder subir a lo alto y comenzar así la primera etapa de la reconquista de la Tierra.

- ¡Atrás! -gritó Henry-. ¿No comprendéis mis intenciones? ¿Qué importa una vida mas o menos? Mas adelante se le juzgara, pero ahora lo necesitamos vivo. Tiene que ir delante de nosotros en los ascensores. Así sus compañeros se confiarán y los podremos atacar con ventaja para nosotros.

Los condenados fueron comprendiendo las razones de Henry y uno de ellos, no obstante, exclamó, objetando:

- No podremos llegar vivos hasta allá arriba. Antes nos mataran a todos.

- No nos mataran si se obedecen mis órdenes al pie de la letra -dijo Henry fríamente-. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

- Seis meses -contestó de mala gana el objetor.

- Te quedan tres de limite de seguridad. Pasado ese tiempo, y tú lo sabes bien, las radiaciones habrán penetrado en tu cuerpo de tal forma que ya no habrá manera de salvarte. ¿Que prefieres? -le preguntó directamente-. ¿Arriesgarte ahora con grandes posibilidades de regresar a la Tierra y emprender, si salimos victoriosos, un tratamiento antirradiactivo que te cure? ¿O te gustaría mas continuar aquí y cualquier día convertirte en una masa de carne incandescente? - elevó su voz a continuación, dirigiéndose al resto de los amotinados, que lo contemplaban expectantes-: Ése es el dilema, amigos. El que prefiera quedarse, que lo haga. Nadie le dirá una palabra. Yo me voy

para arriba con los que arriesgan su vida en una baza antes de perderla aquí abajo con toda seguridad.

Hubo un momento de silencio que rompió una voz, cuyas palabras arrastraron magnéticamente a todos:

- ¡Yo voy con usted, profesor! Ya llevo aquí más de año y medio y cualquier día de estos moriré, pero me gustara al menos llegar a la Tierra.

El hombre avanzó un paso, alargando su mano, que estrechó Henry, en medio de las aclamaciones de los condenados, y dijo:

- Me llamo Mortimer Benson. Con usted hasta la muerte, profesor.

- ¡Mortimer Benson! ¡El famoso físico electrónico! -exclamó Henry estupefacto-. Pero, ¿es posible que una gloria del Mundo como usted haya podido llegar a este estado?

Sonrió el otro tristemente, diciendo:

- Ya lo ve usted, profesor Blakely. Para ese malvado Syrr no cuentan méritos.

- Una pregunta -dijo Henry, cogiendo al físico por un brazo y llevándoselo aparte de los demás, preguntándole en voz baja-: ¿No andaba usted, creo, buscando un rayo antigamma?

- Es cierto -contestó Benson con orgullo-. Y ya no lo buscaba, porque lo había hallado. Había descubierto un proyector de energía nuclear por ondas de radio que, colocado en una nave del espacio, la hacia inmune a cualquier clase de ataque, lo mismo de las anticuadas armas con pólvora, las cuales hacia estallar inofensivamente, alrededor de su cáscara protectora, que de las armas atómicas o los rayos telegamma que detenía perfectamente. Por eso estoy aquí. Syrr destruyó mi invento. No le convenía en modo alguno.

- ¡Es usted el hombre que necesitábamos, Benson! -exclamó Henry entusiasmado-. ¿Cuánto tiempo le llevaría poner en marcha un dispositivo de esa índole, teniendo en cuenta los medios que hallaremos arriba?

Meditó unos instantes Mortimer Benson y al fin respondió:

- De cinco a seis horas. si en la lucha que se entablara se consigue intacto un proyector de telegamma. Con eso tendré suficiente.

- Tendrá que darse prisa, Benson. Los tendremos aquí mucho antes de ese plazo.

- Será difícil, pero lo intentaré -contestó el otro decididamente.

- Bien. ¡Lorimer! -llamó Henry-. Nosotros, con el vigilante, iremos en cabeza. Éste nos servirá de rehén para que los humanoides de la superficie de la Luna no nos ataquen hasta que los sorprendamos. Confiarán en él. Benson irá a retaguardia. Es un hombre demasiado precioso para que lo arriesguemos en el primer asalto. Si él nos fallara, podríamos decir que nuestro plan se había ido abajo.

- De acuerdo -dijo Lorimer-. ¿Vamos?

Los sublevados se encaminaron a los ascensores. La mayoría de ellos estaban armados con pistolas desintegradoras, pero los que no habían tenido la suerte de hacerse con una, habían cogido las largas palas de "zillio" que les servían para arrojar el mineral a los hornos. Henry pensó que no lo pasarían bien los humanoides con aquellos hombres. Y recordando a Julia, se sintió invadido de cierto optimismo.

Llegó, capitaneando el numeroso grupo, recogiendo otros montones de condenados a medida que iban pasando por las galerías y se iba extendiendo el rumor de la sublevación, a las puertas de los ascensores, enormes en su capacidad. En un par de viajes, los seis ascensores subiendo a velocidades fantásticas, llevarían en cinco minutos a la superficie de la Luna a los que luchaban por su vida contra la maldad de Syrr, Dueño del Mundo. Henry oprimió un botón y la puerta del primer elevador comenzó a descorrerse.

VIII

El ataque había salido bien, pensaba Henry a bordo de la aeronave que los conducía a la Tierra a trescientos mil kilómetros a la hora. Tal como lo había pensado, los humanoides no reaccionaron hasta que no tuvieron encima aquella masa de hombres gesticulantes, vociferantes y que, indiferentes a las verdosas llamaradas de las atomizadoras, avanzaban sobre las humanas máquinas de Syrr, respondiendo al fuego con el fuego, ayudados eficazmente por los demás que sólo tenían palas o fragmentos de perforadoras con los que abatían a los

"super-robots", en confuso montón de chatarra y plástico, de los cuales salía a veces un arroyo de sangre, indicador de que algún hombre se había escondido tras aquel disfraz.

Y después, Benson había trabajado eficazmente, contra el reloj, modificando el dispositivo de los proyectores telegamma de modo que envolviera, por proyección radiada de energía atómica, a modo de una coraza intraspasable por cualquier arma que se usara, a la docena de naves de transporte de mineral a la Tierra, convertidas ahora, tras pulverizar a las enviadas para someter la sublevación, en transporte de las primeras tropas que se organizaban para derrocar a Syrr.

- Esto va bien -dijo, de excelente humor, Henry, en la cabina de mandos de la aeronave, teniendo a su lado al físico y a la izquierda a Lorimer-. Syrr se quedara sorprendido cuando vea que sus proyectores no nos hacen daño alguno.

- Sí, pero convendrá, desembarcar cuanto antes -objetó Benson-. El invento, si bien yo ya lo tenía completamente perfeccionado, ahora en cambio no esta montado a mi gusto por completo. Si hubiera dispuesto de un par de horas mas, el resultado hubiera sido muy diferente. Estamos gastando demasiada energía, proyectándola por radio para defendernos y mucho me temo que nos quede el combustible justo para el aterrizaje.

- ¿Tanto gasta? -se asombró Henry.

- No lo saben bien -dijo Benson sonriendo-. Y todavía consume mas, dado que, como le he dicho anteriormente, lo he desarrollado precipitadamente.

- No lo hubiera creído -dijo Henry, admirado, al igual que Lorimer-. Estas aeronaves llevan carga para un par de años, pero como están dedicadas al transporte de "zllio" gastan muchísimo más que las que sólo llevan medía docena de personas a lo sumo. Pero, por lo que veo, nuestra protección nos está costando cara en combustible.

- Vea usted por sí mismo el indicador -seña1ó Benson-. Apenas para media hora. Y ya llevamos casi tres cuartos fuera de la Luna, de modo que nos vendrá que ni medido con cuentagotas.

Una voz les interrumpió: la de un observador de otra aeronave que les comunicaba por radio:

- Aparatos enemigos se dirigen hacia aquí. Son de la caza espacial interceptora.

- Está bien -replicó Henry, que había tomado el mando de las operaciones-. Cuando estén a nuestro alcance los destruiremos. Veamos... -miró un momento por el televisor y exclamó-: ¡Vaya! ¡Ese sinvergüenza de Syrr nos esta largando toda su flotilla de caza! ¿Qué opinan ustedes, Lorimer, Benson?

Sonrieron los dos, contestando el primero:

- Que ese tipejo se va a llevar el gran chasco cuando vea sus naves arder como si fuera una cerilla del siglo XX.

- Bien. Me parece que ya están a distancia de tiro. ¿Qué le parece, Benson?

- Dejémosles a ellos que sean los primeros. Quizá si ven que sus armas son ineficaces den media vuelta. Supongo que en los cazas irán, aunque con aspecto de robots, muchos seres iguales que yo y aunque algunos de ellos lo hagan a gusto, muchos van obligados sabe Dios por qué misteriosas circunstancias. De no serme absolutamente necesario, no quisiera destruir ninguna nave, por temor a matar a un hombre que quizá. no tenga la menor culpa en lo que ocurre -hablo Benson, haciendo que tanto Henry como Lorimer lo miraran admirados por su nobleza de espíritu.

- ¡Es usted admirable! -dijo el primero estrechándole la mano con fuerza.

- ¡Bah! No hablemos más del asunto. ¡Ahí lo tenemos! ¡Fíjense!

A cincuenta mil kllómetros de distancia, a mitad del camino que todavía les faltaba a la flota rebelde a Syrr para llegar al Planeta, el caza sideral más próximo a la nave en la que navegaba Henry y sus aliados comenzó a soltar rayo tras rayo telegamma. Con la velocidad de la luz llegaban los mortíferos ingenios, que se detenían a unos dos mil metros de la superficie de la aeronave, interceptados por la coraza protectora, contra la que se estrellaban, lanzando chispazos deslumbradores, los destructores rayos que ahora, y gracias al maravilloso descubrimiento del profesor Mortimer Benson, resultaban absolutamente inofensivos.

Alguna nave atacante debió de darse cuenta de lo que ocurría. Incluso probó con los proyectiles atómicos teledirigidos, pero éstos reventaron con impresionantes resplandores que cegaban momentáneamente a los tripulantes de las naves salidas de la Luna, en maravilloso espectáculo lleno de colorido y absolutamente silencioso al no propagarse el sonido en el espacio sideral, vacío de aire. Pero viendo que esto

también resultaba infructuoso, viró dando media vuelta, huyendo hacia la base de partida, en tanto Henry y los suyos seguían adelante, impertérritos, como si aquel ataque no fuera con ellos.

Pero no todas las naves huyeron. Seguramente y como había dicho con todo acierto Benson, aquellas debían ser las que iban tripuladas por hombres y robots, en dotación mixta. Sin embargo, una de ellas, y luego otras mas, dando al máximo toda la energía de sus motores nucleares, se lanzó hacia adelante, dirigiéndose rectamente hacia la nave que pilotaba Henry.

- ¡Quiere estrellarse contra nosotros! -exclamó angustiado Lorimer.

- ¿Pueden hacerlo? ¿No nos protegerá la coraza antigamma desintegrando la aeronave? -inquirió Henry.

- Si -le respondió Benson-, pero mucho me temo que a tan corta distancia nos alcance algún fragmento. Sería fatal para nosotros.

- Ya se lo que ocurre -exclamó repentinamente Henry-. Syrr se ha dado cuenta de que los rayos telegamma son perfectamente inútiles y nos envía sus propias naves en impacto directo. Les ha ordenado a los humanoides que lo hagan y se destrozarán contra nosotros sin tener conciencia de lo que hacen.

- Bien, ¿no hay proyectiles atómicos en este trasto? -preguntó Lorimer-. Si no los usamos, nos tostaremos aquí dentro.

En dos saltos, dejando el gobierno de la aeronave a sus amigos, Henry se encaramó a una de las torres de tiro, encuadrando a la nave que se les echaba encima con fulmínea rapidez, en su visor de tiro. Una tras otra, varias granadas de carga nuclear salieron disparadas alcanzando al aparato enemigo y deshaciéndolo en medio de deslumbradoras llamaradas que superaron durante un segundo la luz solar. Los demás aparatos les imitaron y en pocos momentos todas las naves de Syrr, que no habían emprendido precipitada huida, desaparecieron entre gigantescos chispazos.

* * *

Era inevitable que en la Ciudad se enteraran de que la sublevación contra Syrr estaba teniendo éxito. Era inevitable, pues, que los

habitantes terráqueos comenzaran a sublevarse contra sus dominadores, los robots, quienes, aun matando numerosas personas, comenzaron a caer destrozados por las airadas manos de quienes les habían soportado durante años. Y en la azotea del Edificio, quemando el jardín con sus chorros de fuego frenando la caída del cohete, aterrizó Henry, con un numeroso grupo de hombres decididos a todo.

Avanzaron, teniendo algunas bajas durante el camino, abriéndose paso a fuerza de disparos unas veces y otras a golpe limpio. Y súbitamente, cuando menos lo esperaba Henry, se encontró cara a cara con Bedeli, que intentaba huir.

- ¡Quieto! ¡Quieto o te desintegro! -dijo encañonándole con su atomizadora-. Acompáñanos al lugar donde esta Syrr.

- Has triunfado, ¿verdad, profesor? -dijo Bedell sonriendo irónicamente-. Has tenido demasiada suerte. Si yo hubiera sido Syrr, no te hubiera dejado con vida.

- No me lo jures -le replicó ásperamente Henry-. Hiciste todo lo que pudiste, y no fue tuya la culpa si yo me opuse a tus deseos y salve mi pellejo. ¡Echa a andar y ten en cuenta que no te toleraré la menor traición esta vez! ¡Y no bajes las manos! -le advirtió.

Comenzaron a andar dirigiéndose hacia otra de las puertas del jardín, yendo Bedell en cabeza y tras él Henry, Lorimer y Benson, en tanto que el resto de los sublevados se repartía por el Edificio, eliminando humanoides sin compasión alguna. Sólo respetaban a los que se rendían por expreso deseo de Henry, para averiguar mas adelante los motivos por los que se habían unido a Syrr. Pero el inexorable castigo vendría para ellos de todas formas si se sabía que se habían vendido al Dueño del Mundo.

Entraron en una inmensa habitación, partida en dos por una gran mampara de "zillio" transparente. La estancia estaba absolutamente vacía y Henry dijo a Bedell:

- ¿Cómo se abre esto?

- Si me dejas bajar una mano, lo conseguiré -respondió el traidor.

- Te advierto que a la menor sospecha, dispararé sin vacilar -le hizo notar Henry.

- Eres monótono en tu conversación -sonrió irónicamente Bedell, oprimiendo un lugar invisible en la cristalina pared que comenzó a

deslizarse sin el menor ruido, dejando una abertura por la que penetraron los cuatro hombres. Sus pasos resonaron opacamente al cruzar la otra mitad de la habitación y Bedell, encabezando la comitiva, se dirigió hacia uno de los rincones, en el que se divisaba una puerta, que asimismo se abrió de la misma manera que la anterior. Y cuando Henry hubo penetrado en ella, se quedó paralizado por el espanto.

Sentado en un sillón, sonriendo desdeñosamente, se hallaba el Dueño del Mundo, absolutamente solo, pero con la mano apoyada en un interruptor, del que salían dos cables que iban a parar a una cámara de desintegración, a cinco metros escasos del cruel Syrr.

¡Y en la cámara, mirando a Henry angustiada, se hallaba Julia, con las palmas de las manos apoyadas en el transparente metal, en actitud del más puro terror, aguardando de un momento a otro desaparecer entre una nube de verdosos vapores!

- Echad las armas al suelo -dijo Syrr, sonriendo sardónicamente. Agregó a continuación:- No querrás que tu adorada se desvanezca en un segundo, ¿verdad, profesor Blakely?

No tenía éste otro remedio que obedecer. Sabía que no podía llegar su proyectil atómico antes de que Syrr no oprimiese el interruptor que abrasaría a Julia; y aun disparando con suerte, no sabía si la misma explosión se comunicaría por los conductores a la cámara de la muerte. Por lo tanto, su pistola, y la de los otros dos compañeros, chocó sordamente contra el suelo.

- ¡Ya está! -dijo Henry-. ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

Se encogió Syrr de hombros indiferentemente:

- ¡Qué se yo! ¡Tal vez os conceda la suerte de morir juntos! Tal vez lo haga uno a uno. ¿Qué opinas tú, coronel Bedell?

- Tú sabes lo que te haces, Dueño de la Tierra -replicó éste servilmente.

- Tienes razón. Yo sólo sé lo que conviene -dijo con incontenible orgullo Syrr, olvidándose en su insania de Julia, y descendiendo un par de pasos de aquella especie de estrado-: Yo soy...

Pero en aquel momento ocurrió algo inesperado. Mortimer Benson comenzó a andar, mirando fijamente a Syrr, que por una vez perdió el control de sus nervios, y gritó:

- ¡Atrás, atrás! ¡Quieto ahí o mataré a la doctora!

Pero Mortimer no se detuvo. Horrorizado, Henry notó que la carne del famoso físico comenzaba a ponerse encarnada y comprendió que Benson se había dado cuenta de que apenas le quedaban unos minutos de vida. Las radiaciones del "zillio" estaban haciendo sus efectos y quería morir junto con el hombre que le había condenado a tan feroz género de muerte.

Antes de que el, por primera vez en su vida, aterrorizado Syrr tuviera tiempo de llegar al interruptor de la cámara de desintegración, Mortimer Benson lo alcanzó y lo cogió entre sus brazos, estrechándolo fuertemente, en tanto que los alaridos del hombre que había atemorizado a la Tierra durante doscientos años se elevaban en atroces tonos por todos los ámbitos de la sala, al sentirse abrazado por aquel terrorífico contacto.

En su horrorosa agonía Syrr, ardiendo en ansias mortales, agitó las manos y en un instintivo ademán de buscar aire fresco se pasó la mano por la cara. Y ante los espantados ojos de Henry, que no daba crédito a sus ojos, apareció la cara del coronel Andrew Bedell, tras aquella máscara de plástico que le daba una exacta semejanza con Syrr.

Luego, casi sin interrupción, los dos hombres se confundieron en un bloque de trágicos resplandores que llegó al máximo de intensidad, cuando las radiaciones mortíferas llegaron a su punto álgido. Y de repente, una nubecilla de humo grisáceo los envolvió, dejando aquel espacio vacío al disiparse lentamente.

Multitud de pensamientos contradictorios asaltaron la imaginación de Henry, hasta que la solución del caso se la dio el propio Bedell, que aprovechando el momento echó a correr en dirección al jardín para apoderarse de la astronave, ganándoles la acción a los sorprendidos Henry y Lorimer que, antes de que pudieran echar mano a sus pistolas, vieron cómo la pared transparente se corría, cerrándoles el paso.

- ¡Se fuga con la astronave! -exclamó Henry, golpeando impotente el metal-. ¡Se irá al planeta de donde vino y algún día regresara de nuevo a la Tierra!

Estos eran los temores que el profesor expresó en voz alta, en tanto que, impotente, veía cómo el odiado Syrr, bajo la capa del coronel Bedell subía uno tras otro los numerosos escalones que le llevarían a

la cabina de la espacionave. Tras unos interminables minutos, desde cien metros de altura, Syrr-Bedell se volvló hacia ellos, en gesto burlón, saludándoles irónicamente con la mano. Luego, la pesada puerta de "zillio" y acero se cerró tras él.

Un momento después, por las cinco enormes toberas del aparato comenzaron a escaparse ríos de gases incandescentes, cegando con sus fulgores a los dos hombres. Se tambaleó ligeramente el gigantesco aparato que, inclinado levemente a un lado, comenzó su ascensión lentamente, apartándose del edificio, subiendo un par de cientos de metros de altura.

- ¡Qué despacio marcha! -observó asombradísimo Henry, pues a esa distancia el cohete ya tenía que haber alcanzado la suficiente velocidad, y sus palabras le iluminaron el cerebro-: ¡No tiene carga! ¡La hemos agotado nosotros en nuestro viaje a la Tierra! -exclamó.

Apenas pronunciada esta frase, la nave comenzó a tambalearse visiblemente. Se sostuvo durante un dramático segundo en el aire y luego bruscamente, cesando de salir los gases por las toberas, se desplomó vertiginosamente a mil metros mas abajo.

Los segundos transcurrieron angustiosamente y de repente el enorme edificio se tambaleó, vibrando en toda su estructura. Luego, una gran detonación se sintió y casi al momento, una gigantesca nube negra, en forma de seta, comenzó su ascensión hacia el cielo, extendiéndose lentamente.

Henry suspiró aliviadísimo. Todo había terminado. Y volviendo sobre sus pasos, se encaminó hacia la vecina habitación. Corrió cuando vio a Julia derrumbada en la transparente cámara, sin sentido. Pero no tardó mucho la joven en recobrarlo.

* * *

Cuando se extendió la noticia de la sublevación, hubo muchos hombres con aspecto de humanoides que se desprendieron voluntariamente de sus televisores de control. Estos salvaron la vida. Los que no lo hicieron, así como el resto de los "super-robots", fueron destruidos instantáneamente al morir Syrr, cesando así la opresión de dos siglos.

Henry y Julia estaban en un lugar frondoso. Un maravilloso lago, bordeado todo él de pinos, en espléndido paisaje, gozando del sol, del aire y del agua, en su feliz viaje de novios. Una simple tienda les servía de vivienda y, dejando a un lado las conservas y las tabletas de vitaminas, vivían de la caza y de la pesca que se procuraban.

- Hay un detalle que todavía no me has dicho -murmuró Julia pensativamente.

- ¿Cuál, querida? -inquirió Henry, ocupadísimo en dar la vuelta sobre las brasas a una apetitosa trucha, pescada minutos antes.

- ¿Cómo es que Bedell resultó ser el Dueño del Mundo y viceversa?

- ¡Oh! Muy sencillo. Syrr mismo fue el que nos trajo desde Korah a la Tierra, bajo el disfraz del capitán ¿No viste qué fácilmente entramos en el edificio? Sacrificó a algunos humanoides para crear una falsa impresión entre nosotros.

- Si -asintió Julia-: pero, ¿cómo vivió tanto tiempo?

- En realidad no vivió tanto tiempo. Ya sabes que ahora la duración de la vida humana es de ciento cuarenta años, por término medio. Pues Bedell había llegado a tal punto que, ansiando ser él quien gobernase la la Tierra, mató al auténtico Syrr, que no era otra cosa que un inventor genial, que se volvió loco. Era terrícola, No vino de otro planeta. Lo que pasa es que, como los hombres somos medio tontos, destruyendo una base aérea y una ciudad de veinticinco mil habitantes, amén de algunas cuantas cosas más, nos tragamos, o por mejor decir, nuestros antepasados se tragaron el cuento y se le entregaron sin condiciones. En realidad, sus rayos telegamma eran formidables y tal fue la base de su primera victoria. Pero, con el tiempo, hubo alguien mas ambicioso que él, y que con un simple disparo, sin que nadie se enterara, se hizo con el dominio de la Tierra: Bedell.

- Pero el hombre que murió carbonizado, desintegrado por Benson, era el mismísimo Bedell -objetó Julia.

- Lo parecía. Era uno de sus más fieles servidores a quien hizo una operación estética dándole su mismo aspecto para engañarnos -replicó Henry.

- Pero... -quiso saber Julia, y su marido la interrumpió.

- ¡Déjate de peros, querida! ¡Esta trucha esta exquisita! -dijo Henry,

relamiéndose y colocándola sobre una fuente-. ¡Me voy a chupar los dedos!

- ¡Un momento! -cortó Julia, entregándole un frasco-: No olvides tu medicina contra las radiaciones.

- ¡Brrr! -gruñó Henry cuando se hubo tragado la píldora-: ¡Cómo se conoce que tú sólo tuviste que soportar media docena de explosiones! Con un frasco quedaste lista. Yo ya llevo media docena y...

- Este es el último. No te quejes, querido -dijo Julia, sonriéndole y comenzando a disponer la rústica mesa-: Anda, pon la televisión a ver que noticias nos da.

- Ya te dije que no quería tales trastos -masculló, semienfadado Henry, moviendo el botón, y haciendo aparecer en la pantalla el locutor de las noticias de última hora.

- ¡Los Estados de la Unión Oriental exigen responsabilidades a los de la Federación Americana por las violaciones de sus fronteras estratosféricas por las naves americanas! ¡Un cohete yanqui ha sido derribado sobre el Tibet y...! -dijo el locutor.

- ¡Bah! -cerró desdeñoso Henry el aparato-. La Tierra ya vuelve a ser la Tierra de nuevo. Ya comienzan las rencillas entre los estados como hace doscientos años que se pasaban el tiempo ladrándose unos a otros.

- Tienes razón, querido -dijo Julia-: ¿Y si pensáramos un poco en nosotros?

Henry tomo en sus brazos a su esposa. La miro al fondo de los azules lagos que eran sus pupilas y la dijo:

- Yo no pienso más que en ti. ¿Y tú?

Por toda contestación, Julia se alzó de puntillas y ofreció los labios a su marido.

FIN